

CRIMEN & CIA.

**Roger L.
Simon**

**TRAPOS
SUCIOS**



Son las cinco de la madrugada, y el periodista Gunter Thomas quiere contratar a Moses Wine para que tome parte en la lucha por exculpar a Jock Hecht, un célebre y lascivo escritor, del asesinato de una bella presentadora de televisión. Wine no tarda en verse envuelto en un complejo caso que le llevará a investigar a un viejo gánster judío, a la mafia cubana, la extraña vida de Hecht, a una organización conocida como Liga para la Liberación Sexual... y a destapar un hirviente escándalo político.



Roger L. Simon

Trapos sucios

Moses Wine - 02

Crimen & Cia. - 46

ePub r1.2

Titivillus 05.08.15

Título original: *Wild Turkey*
Roger L. Simon, 1974
Traducción: Jordi Mustieles
Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Para Gloria Katz y
Willard Huyck*

1

LA PRIMERA VEZ que vi al doctor Gunther Thomas —el célebre doctor en filosofía del periodismo de guerrilla— eran las cinco de la madrugada de un jueves de diciembre. Estaba revolviéndome solo en mi cama cuando un violento ruido de golpes sobre mi cabeza me despertó con un sobresalto.

—¡Wine! ¡Moses Wine! ¡Despierta, cabrón!

Me incorporé y me encontré mirando directamente a un ojo inyectado en sangre, situado junto a un parche negro y debajo de una reluciente y abombada calva. Thomas vestía una chaqueta de motorista cubierta de tachuelas plateadas y se asomaba por la ventana de mi dormitorio, apuntándome justo a la frente con una fusta de montar de cuero.

—¡Wine, crápula! Te has creído que eres Philip Marlowe... Ya sé: un Sam Spade colocado. Estás convirtiéndote en una jodida superestrella, una especie de héroe cultural. *Newsweek*, *Esquire*, la portada de *Rolling Stone*... ¡Me cago en...! Dentro de un par de meses te veremos desnudo en *Playgirl*. ¡Pero conmigo no te quedas! Vamos al grano, Wine. —Desde su amplia y dentada sonrisa me llegó el aroma dulzón del Wild Turkey—. ¡Venga! ¡Despierta de una vez! —me urgió, frotándose la nariz con su extravagante fusta.

Solté un gruñido y sacudí la cabeza. El tipo aquel, ¿era el célebre escritor y héroe cultural o un lunático escapado del hospital estatal de Camarillo? Fuera quien fuese, el ruido había despertado a

mi Simon, de un año y medio, que dormía en la habitación de al lado.

—¿Daaaah? —gritó Simon, más una interrogación que un sollozo.

—¿Niños? —Thomas se irguió bruscamente, golpeándose la cabeza contra el marco de la ventana—. ¡Coño, Wine, debes de tener una grave tara en el cerebro! Será mejor que comencemos inmediatamente: una entrevista exclusiva de Gunther Thomas. Nada de paja. ¿A qué te dedicas? ¿Anfetas, coca, yoga? Dentro de veinte minutos volveré a estar aquí con el fotógrafo.

Y, sin más, desapareció.

Fui a trompicones hacia la cocina, llené el biberón de Simon y se lo dejé en la cuna; a continuación, me senté en la sala de estar a esperar el regreso de Gunther.

Fue una larga espera. Cerca de trece meses. Pero, al menos, cuando finalmente se presentó lo hizo a las once de la mañana, una hora mucho más razonable. Estaba de pie ante el fregadero, lavando los platos, escuchando a Eddie Kendricks en *Boogie Down* y compadeciéndome de mí mismo, cuando Gunther irrumpió en la sala haciendo resonar sus botas Tony Lama.

—Aquí está el fotógrafo del que te hablé. Anthony Streeter-Best. —Gunther se quitó el casco blanco de motorista e hizo un ademán en dirección a un hombre de aspecto consumido, enfundado en una gastada chaqueta militar y con tres Leicas colgadas del cuello—. Ahora, vamos al asunto. Moses Wine en acción. Un día en la vida del sabueso privado más en boga. Cuatro o cinco páginas en el *Stone*, con fotos.

Streeter-Best se dejó caer de rodillas y comenzó a fotografiarme desde un lado.

Eché otro tapón de detergente a los platos.

—Has venido en mal momento. No estoy trabajando en nada. Mi exmujer está de viaje y me ha dejado a los niños. No hay ningún caso.

—No te preocupes por eso. Nos interesa más tu forma de vivir. Música, sexo, emociones baratas... Además, ya te tenemos preparado un caso.

Cerré el grifo y me sequé las manos mientras me dirigía hacia el tocadiscos. Sonó un portazo en la parte de atrás y entró Simon con paso tambaleante y una expresión culpable en el rostro.

—Caca —anunció.

—Conque caca, ¿eh? —Lo tendí sobre el piso de linóleo y le quité el pijama. Iba cargado. Miré a Gunther de soslayo—. Mi principal problema es un niño de un año y medio que no se controla la caca.

—Un caso muy interesante —prosiguió Gunther—. Una morena de veintiocho años apuñalada por la espalda en su *suite* del Beverly Wilshire. Encontraron su cuerpo desnudo tendido en un diván, con una botella volcada de Chateau Haut-Brion 1964 goteando sobre la alfombra.

Doblé el pañal y lo eché a un lado, buscando a tientas el imperdible con la otra mano.

—Y escucha bien esto: el hermoso cadáver resulta ser ni más ni menos que Deborah Frank, princesca hija del rey del cine Maxie Frank y presentadora del noticiario matutino de la ABC...

—¡Mierda! —exclamé. Me había clavado el imperdible en un dedo.

—... con una fortuna personal de tres millones de dólares y sin testamento.

Solté un gruñido, chupándome el dedo.

—¿Listo para visitar la escena del crimen? —preguntó el fotógrafo—. Hay unas manchas horripilantes... maravillosas... horripilantes. —Masculló las palabras con marcado acento británico, acercándose para sacar un primer plano y casi metiéndome el objetivo de la cámara en el ojo.

—No le hagas caso a Anthony —dijo Gunther—. Recibió un pedazo de metralla en el cuello cuando estaba en Camboya, y ha

perdido por completo el sentido de la perspectiva... Bueno, ¿qué me dices?

Sacudí la cabeza.

—¿Qué te pasa?

—Hoy es sábado. Le prometí a mi hijo Jacob que le llevaría al museo.

—¿Qué? —El doctor Thomas quedó como fulminado por un rayo —. ¡Si ni siquiera te he dicho quién es tu cliente!

Me encogí de hombros, subiendo las perneras del pijama de Simon. Me puse de pie, me dirigí a la puerta de atrás y silbé para llamar a Jacob, que estaba tirando balones a la canasta con su amigo Rolando. Gunther vino detrás de mí, acariciando su casco.

—Estás cometiendo un error. Wine. Este artículo te sería útil. Toda publicidad es buena publicidad.

—En otro momento.

—La fecha tope para la entrega es el miércoles.

—Eso habrías tenido que pensarlo hace un año.

—Lo siento, chico. Nixon me tuvo muy ocupado. —Se detuvo a mi lado, esbozando una sonrisa mefistofélica y sujetándome ambos hombros como si fueran el manillar de su moto—. Piénsalo. La portada de *Rolling Stone*. «Muerte y venganza: un caso de Moses Wine...».

No le contesté.

—Es ahora o nunca, Wine. Juega a lo seguro o acepta las consecuencias. Tú decides.

Se retiró unos pasos, sonriendo para sí. Me quedé mirando su ojo bueno, reflexionando. Muy tentador. Lo cierto era que me encantaba la popularidad. Quizás incluso la buscaba. Y Gunther era bueno, especialmente su libro *Los Proscritos de Chicago*. ¿Qué escribiría sobre mí?

Pero negué con la cabeza.

—Esta clase de publicidad es fatal para los detectives —repliqué —. Echa a perder tus defensas.

Gunther me contempló con cara de disgusto.

—Sí, claro. Es demasiado para ti.

—Exacto.

—Tienes que llevar a tu hijo al museo.

—Exacto.

—A la mierda... Vámonos, Tony. —Hizo una seña a su compañero y se volvieron hacia la puerta, tropezando con Jacob, que acababa de entrar haciendo rebotar su balón.

—Pasa una cosa, papá —comenzó Jacob, con su voz de pequeño adulto.

—¿Qué?

—Que no puedo ir al museo.

—¿Por qué no?

—El papi de Rolando quiere que vayamos a pescar con él a Palos Verdes.

Gunther se iluminó como una máquina de jugar al millón con veinte partidas gratis.

—¿Quién es usted? —preguntó Jacob, examinando la fusta de montar y las hebillas cromadas de la chaqueta de cuero negro.

—El doctor Gunther Thomas. He venido para convertir a tu padre en una leyenda viviente.

—¿Una qué?

—En una estrella.

—¿Quiere decir como Bruce Lee?

—Algo por el estilo.

—¡Guau! —exclamó Jacob. ¿Qué sabía él? Luego, me miró cautelosamente—. No te importa que me vaya a pescar, ¿verdad?

—No. Está bien.

Rolando le llamó desde el patio trasero. El chico me propinó un rápido golpe de kárate en las costillas, recogió el balón y salió a todo correr.

—Hasta luego, papá —se despidió, mientras la puerta mosquitera se cerraba a sus espaldas. Le contemplé mientras cruzaba el patio, ágil, delgado y cada día más alto.

—Tal vez cambie de idea.

—¿Cambiar de idea? —Gunther se volvió lentamente y se acercó otra vez a mí—. No vayas a pensar que quiero presionarte, tío.

Gunther comenzó a pasar de un cuarto a otro, explorando mi casa como una pantera psíquica, absorbiendo las vibraciones de las paredes y los muebles. Cada pocos segundos pedía una fotografía de algo que le parecía significativo: mi nuevo *blazer* azul, diseño de Eric Ross; un álbum de Fred Astaire; un libro manoseado — *Ilusiones perdidas*, de Balzac— en la mesita de noche... Se detuvo ante la foto de Alora Vázquez que tenía prendida en el borde del espejo del dormitorio.

—Ah, sí, la guapa chicana —observó, como para sí.

Salimos por la puerta lateral y echamos a andar hacia el camino de acceso a la casa, con Simon siguiendo nuestros pasos. El día era frío y luminoso, un buen día de invierno en Los Ángeles con buena visibilidad. Se alcanzaba a ver hasta la próxima loma, donde los eucaliptos marcaban el borde de Elysian Park.

Gunther se acercó a mi automóvil y pasó los dedos por el borde superior del parabrisas.

—Un Jaguar XKE coupé del 65. ¿Qué pasó con el Buick?

—Tuve un accidente en el desierto.

Abrió la portezuela y examinó el interior. En el asiento de atrás yacía un muñeco GI Joe desnudo.

—¿Dónde está tu exmujer?

—En Europa. Buscándose a sí misma.

—Te ha dejado colgado con los críos, ¿eh?

—En realidad no; somos amigos. Nos gusta estar juntos y disfrutamos de nuestra mutua compañía —contesté, pero ni siquiera me miró. Se instaló en el asiento delantero y dejó el casco sobre la guantera.

—Iremos en tu coche —decidió. El británico subió detrás.

—¿Adónde vamos?

—A ver a tu cliente... Ya te tengo preparada toda la historia, muchacho. Tú ven conmigo.

Al cabo de unos minutos nos detuvimos en casa de la canguro, detrás de la escuela de la calle Logan. Alcé a Simon del regazo de Gunther y me dirigí hacia el fondo del patio estucado, pasando ante un callejón donde un par de jóvenes estaban trasteando con la parte de atrás de un Impala azul turquesa. Tras ellos, los muros amarillos estaban llenos de desconchados y cubiertos de inscripciones recientes de El Ramiro y la banda Maravilla. Subí a trancos la escalera de la izquierda e hice sonar un par de veces el timbre de la canguro. No abrió nadie. La puerta estaba cerrada y las luces apagadas, de modo que nos volvimos al coche.

—Tendremos que llevar a Simon con nosotros —anuncié, dejando el niño en el asiento de atrás, al lado de Anthony—. Vigila que no se dé un golpe —añadí, mientras arrancaba por Echo Park Avenue. Gunther empezó a liar un porro.

—No me has preguntado el nombre de tu cliente —comentó.

—¿Cómo se llama?

—Jock Hecht.

Me ofreció el canuto. Le di la calada de cortesía y se lo pasé a Anthony.

—¿No estás impresionado?

—Claro. Le vi la semana pasada en el programa de Carson. Está escribiendo un libro nuevo sobre sexualidad.

—Exacto.

—¿Y qué tiene él que ver con el asesinato de Deborah Frank?

—La policía cree que la mató él.

—¿Lo hizo?

—¿Estás de broma? Le han dado el Premio Nacional de Literatura. —Gunther sonrió maliciosamente. Me encogí de hombros e hice un viraje brusco hacia Sunset Boulevard, mientras Anthony se inclinaba sobre el asiento delantero y me fotografiaba con un objetivo de 135 mm. Me imaginé el pie que le pondrían: *Los neumáticos CHIRRIAN cuando el detective, ciego de chocolate, entra derrapando en Sunset.*

2

HECHT SE ALOJABA en el Chateau Marmont, una ostentosa residencia para artistas en el Strip, algo parecido al hotel Chelsea de Nueva York. Sus clientes eran jóvenes del mundo del cine y estrellas del *rock*, atraídos por la atmósfera *funky-chic*. Visto desde fuera, parecía un decadente palacete moruno mal ubicado ante un banco con la fachada de cristal y un par de puestos de recuerdos exageradamente caros. En el interior prevalecía un ambiente de fina decadencia, con un vestíbulo penumbroso y largos corredores con olor a moho que resultaban muy adecuados como punto de contacto para los traficantes de alto precio y demás parásitos que se alimentaban de los huéspedes.

Aparcamos ante el hotel y nos dirigimos directamente hacia los aposentos de Hecht, situados en uno de los *bungalows* más caros de la parte posterior. Junto a la piscina, vacía durante el invierno, había unas cuantas personas almorzando. Pasamos ante ellas y proseguimos junto a una hilera de cipreses hasta la puerta de Hecht. En la entrada del sendero se veía una azalea florida en una maceta mexicana. A cinco metros de distancia, comenzamos a oír unos extraños ruidos procedentes del interior, como gruñidos y jadeos, y una voz clara y potente que daba la impresión de estar hablando ante un micrófono.

—Siete de febrero. Prosiguen las exploraciones. Liberarnos de la hipocresía y la culpa. Un regreso a las raíces de la civilización, a las

razas primitivas aún no corrompidas por la moral patriarcal de Occidente. El cuerpo y las emociones ya no están en guerra.

—*¡Keine Krieg! ¡Keine Krieg!* —chilló una mujer en mal alemán.

—Liberarnos de la vergüenza, liberarnos de la posesividad — prosiguió la voz—. ¡Libertad para buscar el éxtasis! Eso era lo que pretendíamos nosotros tres: una lánguida morena debajo de mí y una delicada rubia encima. Nos movíamos al unísono como una serpiente de tres lomos, ondulando y vibrando. Yo estaba desencadenado, trascendente, nadando como un tribeño maorí hacia los abiertos brazos de nuestro matriarcado primigenio.

Nuevos gruñidos y grititos de placer. Ruido de muebles empujados de un lado a otro. Gunther comenzó a tomar notas. Anthony se movía nerviosamente, cargando su peso sobre un pie y otro. Me volví hacia Simon, que estaba contemplando el *bungalow* con cierta extrañeza.

—¡Ahora! ¡Más! —aulló la voz—. Como dijo Baudelaire: «La Reina de Picas y el gallardo Valet de Corazones hablan oscuramente de los amores muertos, de cómo se perdieron». ¡Cogedme por delante y por detrás que empiezo de nuevo!

—¡Ayyyy! —gritaron ambas mujeres a la vez.

Gunther aporreó la puerta.

—¡Abre de una vez, cerdo libertino!

—¿Quién es?

—Soy yo, Jock. Gunther.

Oí algunos chillidos y el rumor de pies descalzos sobre un suelo de baldosas.

—¿Qué quieres?

—He traído al sabueso.

—Te dije que no quería verle.

—Es Moses Wine.

—Ya sé quién es, y sigo sin querer verle. No necesito ningún detective.

—Hemos venido expresamente desde la otra punta de Los Ángeles.

—¿Y qué?

—Que nos dejes entrar.

Un suspiro de cansancio.

—Está bien. Esperad un momento.

Corrí detrás de Simon, que había echado a andar hacia la piscina. Cuando volví, la puerta estaba abierta. Hecht esperaba de pie en el umbral con una toalla arrollada a la cintura y un micrófono de medallón colgado del cuello. Visto así, parecía más corpulento y menos robusto de lo que aparentaba por televisión, y con más hebras en su rizada cabellera negra. Tenía pronunciadas bolsas bajo los ojos y un aire general de agotamiento. Debía de haber estado trabajando mucho. Las mujeres estaban detrás, en el vestíbulo, de pie ante un armario. Ambas vestían albornoces y eran más jóvenes de lo que había supuesto. Ambas tenían gotas de sudor en la frente.

Hecht terminó de abrir la puerta y Gunther, Simon, yo y el *paparazzo* desfilamos por este orden. El *bungalow* era amplio y aireado, amueblado en un ecléctico estilo de tienda de ocasión, con varios archivadores y un par de supersónicas máquinas de escribir IBM amontonadas bajo la escalera que conducía al dormitorio del piso superior. Ante la pared del fondo se veía un gran escritorio de roble debajo de un tablón de anuncios. Esparcidas por el suelo, junto a una grabadora Sony S124 nueva, había un puñado de ampollas vacías de nitrato de amilo.

—Conque usted es Moses Wine —dijo Hecht, estrechándome la mano—. El detective *hippie*. No parece tan... llamativo como yo lo imaginaba. —Se quedó mirando mi *blazer* y los pantalones New Man blancos.

—Las modas cambian —contesté—. Hay que dar buena imagen. Además, cuando iba con tejanos y camiseta teñida a mano me resultaba muy difícil investigar a directores de banco.

—Sigue fumando hierba, al menos.

—Cuando no estoy a régimen.

Hecht me dedicó una sonrisa aprobadora.

—Sí, yo me he pasado al Wild Turkey... Bueno, hasta la vista. Siento que Gunther le haya hecho perder el tiempo.

—Estás cometiendo un error, Jock —intervino Gunther—. Necesitas un detective. Además, sería buena publicidad. Un artículo en *PW*.

—Ya he tenido bastante de esa mierda.

—Voy a llamar a Harriet. Que te lo diga ella.

—Adelante. Haz lo que quieras. Pero luego déjame en paz. —Siguió a Gunther con la vista mientras este se dirigía al rincón del teléfono, y luego se volvió a mí—. Tengo cincuenta años y muchas cosas que hacer. No puedo perder más tiempo con este asunto de Deborah Frank. —Hizo una pausa y miró de soslayo a las dos jóvenes. La rubia seguía apoyada contra el armario, mientras que la morena se había acomodado junto a Simon en el sofá—. Estas señoritas han tenido la amabilidad de interrumpir temporalmente sus estudios de sociología en la UCLA para colaborar en mis estudios. Estamos investigando las teorías de Bachofen y Otto Gross. Vamos a demostrar que el matrimonio convencional es una forma de esclavitud inventada por los hombres a fin de terminar con el orden matriarcal. Todo se remonta a la tradición judeocristiana. La moral monoteísta robó el placer al mundo... ¿Has leído alguno de mis libros, Wine?

—*Tierra negra*.

—¿Y nada más desde entonces? —Pareció quedar decepcionado.

Negué con la cabeza. *Tierra negra* era la novela sobre la segunda guerra mundial que le había hecho famoso más de veinticinco años antes. Durante el último decenio se había dedicado a escribir periodismo.

—La obra que estoy preparando, *Sexo en América*, hubiera podido ser mi mejor libro.

—¿Hubiera podido ser?

—Lo será... ¿Quién sabe?

Desde el rincón del teléfono nos llegó la voz de Gunther, que hablaba cada vez más alto.

—Sí, sí, Harriet, ya lo sé. Es un ególatra... por encima de la ley... sí, sí... Yo opino lo mismo. —Cubrió el aparato con la mano y se volvió hacia Hecht—. Acaba de salir el *Post* de Nueva York con tu foto en primera plana. Grandes titulares: «Jock Hecht bajo sospecha de asesinato». Sacan a relucir la vieja historia de tu primera mujer. En Random House están cabreadísimos y a punto de cancelar el contrato. ¿Puedes devolverles los 750 000 dólares, Jock?

—¡Dame eso! —Hecht le arrebató el teléfono y se lo llevó a la cocina. Gunther sonrió de oreja a oreja y se acercó al mueble bar para servirse un vaso largo de Wild Turkey.

—¿Quién es Harriet? —quise saber.

—Su editora, de Random House.

Engulló la mitad del *bourbon* de un gran trago. Fui hacia el tablón de anuncios para verlo de cerca. En la parte superior aparecía escrito en rotulador rojo el título del nuevo libro de Hecht: SEXO EN AMÉRICA: EL VIAJE DE UN HOMBRE. Debajo, los capítulos estaban organizados en fichas individuales de diez por quince, con temas que iban desde las relaciones sexuales en grupo hasta el matrimonio abierto. Algunos de los capítulos estaban marcados con códigos de color en forma de estrellas doradas y plateadas, pero el conjunto daba la impresión de haber sido redactado a toda prisa, y apenas se esbozaban unos pocos detalles del contenido. Clavada con una chincheta en el borde del tablón había media hoja de papel arrancada de una libreta: Recordar el prefacio de *Hijos y amantes*: «Pues en la carne de la mujer Dios se supera a Sí mismo».

—¿Qué opinas? —me preguntó Anthony, deteniéndose a mi lado.

—¿De qué?

—¿Será un *bestseller*?

—Yo no lo dudaría.

Anthony asintió y se dispuso a fotografiar el tablón de anuncios.

—Ponte ahí —me indicó, empujándome para que saliera en la foto junto con Gunther, que seguía pimplando sus buenos tragos de *bourbon*.

—El mejor *bourbon* que se fabrica —dictaminó, mientras Anthony tomaba la foto—. Me recuerda cuando fui al sur a cubrir las primarias y salí a cazar pájaros con un par de granujas de los pantanos de Georgia. Los muy crápulas llevaban sus transistores a todo volumen y cantaban a voz en grito mientras iban disparando al azar contra los árboles. «Eh, Daniel Boone —le dije a uno de ellos—. ¿Estás seguro de que esta es la mejor manera de cazar? Vais a asustar a todas las aves antes de echarles siquiera la vista encima». «Coño, yanqui —me contestó—. No te preocupes por eso. Lo único que hay por aquí son pavos silvestres^[1]. ¡Y los muy guarros son tan astutos que la única manera de cazar alguno es tirando a ciegas a más de cuatrocientos metros!».

—¡No me hables de anticipos! —rugió la voz de Hecht en la cocina. Al parecer, estaba sosteniendo una feroz discusión al teléfono—. ¡Al fin y al cabo, todo lo pone el banco! —Colgó el auricular violentamente y regresó de estampida a la sala, pisando casi a mi hijo, que estaba en el suelo, delante de la morena, jugando con un cordel. Simon se levantó de un salto y corrió a mi lado, aferrándose a la pernera de mi pantalón.

—Han tenido una jodida reunión —dijo Hecht, meneando la cabeza con desagrado—. Random House y los peces gordos de la RCA. Insisten en que debo contratar un detective. No quieren verme acusado de asesinato antes de tener acabado el libro... ¡Dios mío! ¡Los medios de comunicación están plagados de cretinos paranoicos!

Se dejó caer en una butaca, enfrente de mí.

—¿Por qué piensa la policía que fue usted el que mató a Deborah Frank?

—¿Y qué le importa eso, detective? Van a pagarle quinientos al día. Tómese el tiempo que quiera. Se hará rico.

—Si voy a trabajar para usted, debería saberlo.

—¿Sí...? —Me dirigió una mirada irónica—. Se supone que estaba con ella cuando la mataron. Y se sabe que estábamos enemistados.

—¿Por qué motivo?

—Oh, rivalidades artísticas... La guerra entre los hombres y las mujeres... Lo de costumbre... —La frase quedó en el aire. Le miré con impaciencia, esperando que fuera más preciso, pero lo cierto era que no parecía muy preocupado.

—¿Qué clase de enemistad? —insistí.

—Ella decía que yo era un farsante, que no había escrito nada digno de mención desde *Tierra negra* y que explotaba la credulidad del público. Yo aparecí en «Sesenta minutos» y la llamé una reaccionaria sexual. Una semana más tarde, hizo un programa en el que me llamó borracho, impotente y presuntuoso. Yo la denigré en la *New York Review of Books*. Ella replicó en la revista *New York*. Yo atacaba, ella devolvía los golpes, y así hasta...

—Hasta que la mató.

—Esa es la teoría.

—¿Hay alguna prueba? ¿Testigos?

—Nada.

—No parece una acusación muy fundada.

—No lo es.

—Entonces, ¿cuál es el problema con Random House?

Se hundió más en la butaca: un hombre de edad mediana cuya energía vital se esfumaba a ritmo acelerado. Sus dedos barrieron la alfombra, empujando las rotas ampollas de amilo debajo de la mesita.

—El problema es mi coartada. —Pronunció estas palabras muy suavemente.

—¿Qué pasa con su coartada?

—Mi coartada es una mujer. La pregunta correcta es: ¿Qué pasa con esa mujer?

—Como usted quiera. ¿Qué pasa con ella?

—Ha desaparecido.

Gunther ahogó una risita, apurando las últimas gotas de su Wild Turkey y encendiendo un porro a continuación. Volví la vista hacia Hecht. Tenía entornados los párpados.

—¿Dónde estaba usted cuando asesinaron a Deborah Frank? —le pregunté.

—En el «Frontisterio Sexual Kama Sutra», en Santa Mónica Boulevard... luchando con una muchacha viva, desnuda.

No pude evitar sonreír.

—¿Le parece que eso tiene algo de malo, Wine?

—No se ofenda.

—Yo puedo hacer lo que me dé la gana. Puedo ir a una orgía con un consolador colgado del cuello. Puedo joder con hermafroditas y lamer los dedos de los pies de señoras de ochenta y cinco años. Si se me antoja, puedo chupar la polla a todos los marinos que hay de aquí a Tahití. No existen leyes para la naturaleza humana. No hay más leyes que las escritas por esos entrometidos hombrecillos grises en nombre del orden; entrometidos hombrecillos grises que reprimen nuestros impulsos naturales para mantener su propio poder. ¡Nuestros gobernantes patriarcales! —Se levantó y se volvió a las dos jóvenes, que habían empezado a subir la escalera que conducía al balcón, detrás de Simon—. En la naturaleza, la monogamia solo se da entre los cuervos, los gansos y las gambas pintadas. ¡Ha llegado la hora de liberarnos! —gritó—. ¡Liberarnos! —Se dejó caer en la butaca de nuevo.

Miré de soslayo a Simon, que se había encaramado a lo alto de la escalera y estaba jugueteando con una maceta de geranios. A pesar de las declaraciones de Hecht, advertí que el autor estaba muy satisfecho de que las mujeres se cuidasen de él. Pero no dije nada. A Simon le gustaban las mujeres.

—Entonces, ¿quiere que encuentre a una muchacha viva, desnuda?

Asintió.

—¿Cómo se llama?

—Meiko.

—Meiko, ¿qué más?

—No lo sé. Era japonesa. No hablaba inglés. Y muy joven, diecisiete o dieciocho años tal vez, como si acabara de bajarse del barco.

—¿No había nadie más en el... Frontisterio?

—La anfitriona, una mujer llamada Rhonda. Pero no estaba visible cuando me fui, y entonces yo ignoraba que Deborah Frank hubiera sido asesinada. Normalmente, no suelo necesitar coartadas.

—Me miró con curiosidad y luego abrió los brazos y sonrió solapadamente—. Entonces, Moses Wine, ¿qué me dice? ¿Le parezco la clase de hombre capaz de matar a puñaladas a una mujer porque me ha insultado en el noticiario matutino de la ABC?

—No me parece muy probable...

—Entonces, ¿aceptará el caso? ¿Limpiaré mi buen nombre? —
Se rio con sarcasmo.

—¿Aceptar el caso? —intervino Gunther—. No lo dejaría por nada del mundo. ¡Echaría a perder un artículo de cinco páginas en *Rolling Stone* acerca de cómo salvó a Jock Hecht de una breve estancia en la celda de los condenados a muerte! ¿No es cierto, Moses?

Estaba a punto de responder con una agudeza cuando se oyó un estrépito y un chillido que venían de lo alto. Simon había levantado la maceta por encima de la barandilla del balcón y la había arrojado al embaldosado suelo del *bungalow*. Nadie hizo ademán de ir a recoger los restos, conque me dirigí hacia las servilletas de papel. Los padres de la clase proletaria están acostumbrados a arreglar estropicios.

3

—¿CÓMO LO VES, de momento?

—¿De momento?

—Sí, ya sabes... —Gunther se recostó en la portezuela del Jaguar mientras yo conducía y conectó su grabadora, una Panasonic de bolsillo que se activaba con el sonido de la voz—. ¿Qué dirías que es lo más excepcional de este caso?

—No diría nada.

—¿Y Hecht? No es precisamente un cliente vulgar, ¿eh? Un hombre de apetitos fáusticos... excesivo... inquieto... siempre insatisfecho...

—Tú eres el escritor.

Gunther me lanzó una mirada de irritación y buscó la botella de Wild Turkey que había cogido del *bungalow*. Se la llevó a los labios un segundo y luego se la ofreció a Anthony, que apartó sus Leicas a un lado y bebió un sorbo.

—¿Adónde vamos ahora, tío? ¿Qué es lo primero de la agenda? ¿El «Frontisterio Sexual Kama Sutra»?

—Lo primero, ocuparnos de Simon.

—¿Otra vez a casa de la canguro?

—No, a casa de mi amiga.

—Ah, la Gran Maquinación.

Gunther y Anthony se miraron con cara de entendidos.

—Una mexicana militante, ¿eh? —prosiguió Gunther—. *Una revolucionaria*... ¿Os lleváis bien?

Anthony desenroscó el objetivo de una de sus cámaras y montó un tele de 500 mm. Yo hice una mueca y aceleré por el túnel de la calle Macy en dirección al *barrio*. Alora Vázquez, directora del Teatro Comunal de Aztlán, había sido mi compañera, con altibajos, durante más de un año. Pero últimamente las cosas no iban demasiado bien entre nosotros y eso no era asunto de Gunther y el fotógrafo.

—Os agradecería que os quedarais en el coche —les dije, dejando Brooklyn para enfilarse Evergreen.

—Como tú quieras, Hombre Delgado. —Gunther rebobinó la cinta e insertó una casete nueva.

Hice otro viraje y me detuve ante el gimnasio que había frente al apartamento de Alora. Un par de perros callejeros de esos que infestan el *barrio* me olisquearon los pies mientras llevaba a Simon de la mano para cruzar la calzada y pulsaba el timbre de la puerta con insistencia.

Alora no abrió de inmediato. A través de la ventana pude ver unas cuantas bolsas de viaje ya preparadas en el suelo del comedor, un talego de lona que pertenecía al Teatro y una mochila. Sobre la mesa había un par de litros de tinto de Almadén junto a un gran paquete de tostaditas aún por empezar. La propia Alora estaba arrodillada en el suelo, metiendo trajes en una caja de cartón. Cuando abrió la puerta y vio a Simon, no pareció precisamente encantada.

—Hoy no puedo, Moses. Nos vamos por la mañana.

—¿La gira? Yo creía que no empezaba hasta la semana que viene.

—Se ha adelantado. Iremos a Texas y a Nuevo México.

—¿Cuándo volveréis?

—Dentro de tres meses.

—¿Tres meses?

Alora asintió.

—Pero yo creía... —Estudié su expresión. Era firme y resuelta. Desprovista de todo compromiso. Me sentó mal. Todavía no me

había hecho a la idea de que la mujer era libre de irse y hacer lo que quisiera cuando ella quisiera. Tan libre como yo.

—¿Sabes cuál es tu problema, Moses? —preguntó, leyendo mis pensamientos—. Quieres una mujer que sea fuerte al principio, pero que cada vez vaya volviéndose más dependiente de ti a medida que la relación avanza. Como domar un caballo... ¿Quiénes son esos?

Señaló hacia el otro lado de la calle, donde Gunther y Anthony habían tomado posiciones delante del Jag. Anthony estaba agazapado junto al parachoques, disparando su máquina contra nosotros como John Wayne en El Álamo.

—Unos tipos del *Rolling Stone*, nada más. Están preparando un artículo sobre «el nuevo detective».

—Vas a convertirte en toda una estrella, Moses. El señor importante. —Sonrió por primera vez.

Me encogí de hombros, un tanto violento. Anthony bajó de la acera y cambió de cámara para fotografiar más de cerca.

—Mira, eh... ¿no podría dejarle aquí mientras haces las maletas? Es una emergencia... un caso importante... Estaré de vuelta a las diez y media.

—Las diez y media —repitió, sin comprometerse a nada. Luego bajó la vista hacia Simon y cruzó los brazos sobre el pecho, justo donde se le marcaban los pezones bajo una camiseta del Sindicato de Peones Agrícolas.

—Es Jock Hecht. Ya sabes, el escritor. La policía cree que ha matado a Deborah Frank, la presentadora del noticiario de la mañana.

—Oh.

Tuve la clara premonición de que aquello era el final, que cuando el Teatro Comunal volviera de su gira todo habría terminado entre nosotros. Pedirle que se ocupara de Simon solo servía para agravar las cosas.

Iba a decírselo cuando vi que Anthony cruzaba la calzada y se nos venía encima enfocando su teleobjetivo hacia la cabeza de Alora. Gunther cruzó tras él, aferrando su grabadora, un micrófono

direcciona! que se extendía hasta el suelo como una especie de contador Geiger.

—No os preocupéis por nosotros —dijo al llegar a nuestro lado—. Seguid con lo que estabais haciendo.

Levantó el micrófono y lo orientó hacia un punto entre Alora y yo.

—¡Largo de aquí! —exclamé.

—Muy bien. Muy bien. Tranquilo. —Hizo un gesto a Anthony para que se alejara unos pasos.

Me volví hacia Alora. Estaba pasándose la mano por los cabellos, observándose.

—No te preocupes —dijo, colocando una mano en el hombro de Simon y atrayéndole hacia sí—. Puedes dejarle conmigo.

—Gracias... Ya hablaremos luego.

—No serviría de nada, Moses... Además, a las diez y media estaré durmiendo. Tengo que levantarme a las cinco de la madrugada. —Me tocó la manga en un ademán de despedida—. Adiós —me dijo, en un tono que tenía algo de definitivo. Me faltó valor para explicarle que me refería a cuando volviera de Texas.

Alora abrió la puerta, que había entornado a su espalda. Le di a Simon un beso de despedida en la sonrosada mejilla y ambos se metieron en la vivienda. Yo volví a trompicones al coche, seguido por Gunther y Anthony, que habían grabado para la posteridad nuestro final personal. Me dejé caer ante el volante. Comenzaba a sentir un agudo dolor de cabeza, y me apreté los párpados con los dedos en un intento de evitarlo.

—¿Y ahora? —preguntó Gunther—. ¿Al Frontisterio?

—¡A la mierda! —le grité, asomándome por la ventanilla y sujetándole por el faldón de su chaqueta de motorista. Habría tenido que darle un puñetazo en la mandíbula, pero, tarde o temprano, aquel embarazoso adiós se habría producido igualmente. Me limité a tomar nota de que nunca más debía revelar nada personal delante del doctor Gunther Thomas—. Sí, al Frontisterio —dije al fin, girando la llave de contacto.

Eran ya las cuatro y media de la tarde cuando llegamos al Santa Mónica Boulevard en West Hollywood —la seudocapital del sexo del Oeste norteamericano— y aparcamos en una calle lateral, entre *El Diablo y la señora Jones* y la sorprendente fachada rosa de un comercio que ostentaba temporalmente el rótulo de «Instituto del Amor Oral». Divisé el «Frontisterio Sexual Kama Sutra» al otro lado de la calle, justo enfrente de una librería porno. Un tipo corpulento, de aspecto mediterráneo pero ataviado como un sij, montaba guardia ante la puerta principal bajo una versión de la Venus de Botticelli en pintura fluorescente.

Pasé ante el establecimiento sin detenerme, mirando de soslayo el cartel del escaparate («Bienvenidos los hombres de negocios - Se aceptan todas las tarjetas de crédito nacionales»), y continué hasta el siguiente umbral, donde me detuve a contemplar mi reflejo en el cristal. Estaba alisándome el pelo cuando Gunther se acercó a mí.

—¿Qué estás haciendo?

—Arreglándome un poco.

A Gunther se le iluminó la cara.

—¿Como Bogart en *El sueño eterno*, antes de entrar en la tienda de libros raros?

—Algo por el estilo.

Asintió y volvió sobre sus pasos en dirección al Frontisterio. Me saqué del bolsillo una corbata de un grupo coral que llevaba conmigo para ocasiones como esta y casi había terminado de anudarla cuando empecé a enfurecerme de nuevo. Reflejado en el cristal vi que Gunther y Anthony se aproximaban al portero del Frontisterio. Gunther sacó la grabadora para hacerle una entrevista. El portero se echó hacia atrás. Gunther protestó. El portero parecía enojado. En cuestión de segundos, se armó una disputa y el portero se puso furioso. Comenzó a hacer gestos amenazadores en dirección a Gunther, agitando la enturbantada cabeza sobre el intrépido periodista. Anthony estaba agazapado detrás de él, tomando fotos de la discusión y no muy discretas instantáneas a través del escaparate del Frontisterio. ¡Los muy idiotas!

Me volví al instante y me alejé hacia la esquina, poniendo entre nosotros tanta distancia como me fue humanamente posible. Después de unas cuantas manzanas, me detuve ante el garaje de alguien para recobrar el aliento. Gunther venía corriendo detrás de mí.

—¿Qué mierda pretendías conseguir con eso? —le grité.

—¡Hay que cubrir todos los aspectos de la historia, chico!

—¿Te das cuenta de que ese tipo habría podido matarnos?

—Quería ponerte en peligro.

—¡Ese cabrón lleva una pistola bajo la capa!

—Una Smith & Wesson del 38 con silenciador. —Gunther me sonrió alegremente.

—Felicidades. Acabas de ganarte una medalla al mérito en identificación balística. ¡Ya veremos si te sirve de algo cuando te arrastre hasta un callejón y te la ponga contra el cuello!

Anthony llegó junto a nosotros, jadeante y con aspecto agotado. Pasé la vista del uno al otro, sintiéndome cada vez más como un pelele. La perspectiva de convertirme en una superestrella estaba empezando a perder todo su atractivo. Me quitaba profesionalidad.

—Mirad —comencé—, tengo una idea mejor.

—¿De qué se trata? —Anthony estaba cargando la cámara con un nuevo carrete de color.

—Tengo un contacto que puede conducirnos a Meiko más deprisa que nadie.

—¿Y quién es ese?

Hice un gesto en dirección al coche y adopté una expresión inescrutable. Tomamos la autopista de Hollywood hacia el centro y luego nos dirigimos hacia la autopista de Harbor. Poco después pasábamos por el *guetto* de L. A. Salí por el desvío de la calle 89 y giré por Manchester, pasando ante una licorería y un Minnie Pearl.

—¿No estamos yendo un poco lejos? —quiso saber Gunther.

—Este hombre es el mejor —le aseguré, reduciendo la velocidad al pasar ante un negro con una túnica de terciopelo verde y gafas de espejo, ociosamente apoyado contra el escaparate de una casa de

empeños—. *¡Uga Buga!* —le grité por la ventanilla, apretando inmediatamente el acelerador. Me volví a Gunther y le susurré—: Es la contraseña.

Treinta segundos después circulábamos a toda velocidad por la 103, pasando ante la cafetería Watts Happening. Cruzamos las vías del tren en el extremo más alejado y giramos bruscamente por un callejón, deteniéndonos ante las Torres de Watts, de Simon Rodia. Gunther y Anthony salieron del automóvil y contemplaron las estructuras gemelas, hechas con latas de refrescos y de cerveza vacías, que se alzaban hacia el firmamento crepuscular.

—Tú te quieres quedar conmigo.

Me llevé un dedo a los labios y les conduje hasta el otro lado de la puerta principal.

—Esperadme aquí —les ordené, haciéndoles sentar sobre una losa de cemento con un anuncio de las Funerarias Clairmont. A continuación, me metí en el coche y regresé a la autopista de Harbor. Considerando el funcionamiento de los transportes públicos en L. A., calculé que pasarían por lo menos seis horas antes de que volviera a verles.

4

CUANDO APARQUÉ por segunda vez en las cercanías del Frontisterio ya era noche cerrada. Anduve lentamente hacia la entrada, dando tiempo suficiente al portero sij para que me relacionara con Gunther y Thomas, pero se limitó a sonreír y me abrió la puerta con una leve inclinación de cabeza. Ya en el interior, me detuve unos segundos junto a la entrada para que mis ojos se adaptaran a la tenue luz negra, respirando el olor a sándalo barato que emanaba de un pebetero. Las paredes estaban decoradas con carteles publicitarios de unas líneas aéreas, que mostraban paisajes de Sudamérica. Sentada tras un escritorio había una mujer regordeta, con pantalones cortos de satén y una especie de corpiño, comiéndose un Bob's Big Boy. Decidí que debía de ser Rhonda y supuse que el lugar había sido antes —muy recientemente, con toda probabilidad— una agencia de viajes.

—¿Qué tal? —la saludé—. Me llamo Harry y soy de St. Louis. La empresa me ha enviado aquí a pasar una semana, y mi amigo Phil me recomendó este sitio. ¿Se acuerda de Phil?

—Sí, claro. —Alzó la vista, sin aparentar mayor interés.

—Phil me dijo que este era el mejor establecimiento de la calle.

—En eso tiene razón. —Lo dijo sin gran convencimiento—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Qué servicios tienen?

—Masajes, francés, griego o inglés... baño de espuma caliente... —Iba leyendo de un programa fijado con cinta adhesiva

sobre el escritorio—. Asesoramiento al desnudo... terapia en cama de agua... y lo más nuevo, lucha libre al desnudo.

—Eso suena estupendo.

—Son treinta y cinco dólares la media hora.

—¿Con la chica que yo elija?

—¿Por qué no? —Pero de nuevo pareció dudosa—. ¿Tiene en mente alguna idea especial?

—Me chiflan las orientales.

Meneó la cabeza y embutió el último fragmento del Big Boy en su ancha boca.

—Creo que se ha equivocado de sitio.

—Pero Phil me dijo que tenían un verdadero bomboncito... Una japonesa.

—Hace tiempo que Phil no viene por aquí.

—Vino la semana pasada.

—En este negocio, eso es mucho tiempo, querido.

—Bueno, ¿dónde está ahora la chica?

Me miró con fijeza y, como sin darse cuenta, su mano cogió una patata frita del plato que tenía en la mesa.

—Me resultas un poco raro, ¿sabes? No vas vestido como un hombre de negocios de St. Louis.

—Estoy en la industria del disco. —Saqué la cartera y le mostré un fajo de crujientes billetes—. Mire, tiene que decirme dónde está la chica. Phil se pasó tres horas cantándome sus alabanzas.

Rhonda se encogió de hombros, con la vista fija en los billetes.

—Tiene que entenderlo. Me chiflan las orientales. Son las únicas que me encienden.

Me incliné sobre el escritorio, intentando poner ojos saltones y cara de pervertido, pero me di cuenta de que Rhonda ya estaba acostumbrada a eso.

—¡Dígame dónde está, por favor!

Le tendí un billete de veinte dólares. La mujer suspiró y agitó negativamente una mano. Tenía los dedos manchados con el condimento del bocadillo.

—Ahórrese el dinero. No lo sé... El único que lleva los archivos aquí es el jefe.

—¿Y quién es el jefe?

—No puedo decírselo, querido. ¿Quiere que me echen a la calle?

—¡Tengo que saberlo!

—¡Bueno, pues no es la Liga! Eso sí puedo asegurárselo. ¿Qué le pasa, querido? ¿Quiere que alguien le haga daño? ¡Estás en el Santa Mónica Boulevard!

—Mire, la chica que estoy buscando... Conozco su nombre... ¡Se llama Meiko!

—¡Meiko!

—Sí. ¿Dónde está?

—¿Meiko? —repitió, empezando a ponerse histérica—. ¿De dónde has sacado ese nombre?

—Bueno, mi amigo...

—¡Ahora lo entiendo! —Se me quedó mirando con picardía—. ¡Es un amigo de Jock Hecht! ¡Él llama Meiko a todas las chicas!

5

—¡VENGA, HECHT! ¡Abra la puerta de una vez, hijo de puta! —
Aporreé más fuerte la puerta de su *bungalow*. Dentro, las luces
estaban encendidas y el televisor retransmitía un partido de
baloncesto entre los Lakers y los Knicks, comentado
estentóreamente por Chick Hearn—. ¿A quién trata de engañar?
¡Su coartada no vale una mierda!

No hubo respuesta.

Volví a llamar y atisé por la ventana de la cocina. En el
mostrador había un par de *croissants* y una cafetera Chemex medio
llena.

—¡Hecht! —grité. Nada. Cogí el tirador de la puerta y lo retorcí
con fuerza. Pero cedió fácilmente. La puerta no estaba cerrada con
llave.

La sala estaba desierta, al igual que la cocina. Corrí escaleras
arriba para echar un vistazo al dormitorio. Allí tampoco había nadie.
La cama doble de Hecht estaba vacía. Volví a la planta baja y
registré los armarios. Nada. Luego, me detuve a contemplar el
partido de los Lakers. Recordaba haber leído en alguna parte que
Hecht era un forofo. En aquellos momentos, los dos equipos iban
empatados a veintiún puntos.

Entonces oí un ruido de goteo que se mezclaba con los rebotes
del baloncesto, sincopándose. Me acerqué al ruido. Con una clara
premonición, abrí bruscamente la puerta del cuarto de baño. Hecht
estaba allí, vaya si estaba, derrumbado sobre el asiento del váter,

con un siniestro agujero en el lado izquierdo de la cabeza del que manaba un reguero de sangre hacia la blanca porcelana. En el suelo de baldosas grises, justo a sus pies, reposaba un revólver.

Respiré lenta y profundamente desde el abdomen y regresé a la sala. Me ardían las sienes. Me agarré al brazo de una butaca tratando de centrarme, de concentrarme en el siguiente paso necesario.

Cuando me encontré más calmado, eché una ojeada a la habitación. No había señales de lucha. Todo parecía hallarse en su lugar. Un moderno reloj digital marcaba la hora al segundo. Eran las 8:14:23, y los segundos pasaban muy deprisa.

Más sereno ya, fui a echarle otra mirada a Hecht. Su boca estaba ligeramente abierta, y la lengua caía sobre la mandíbula inferior. Sus ojos, otrora penetrantes, se habían vuelto vagos, casi como los de un pez. La pistola estaba perfectamente situada como si se hubiera deslizado desde su mano derecha, que pendía yerta sobre el depósito del agua.

Empezaba a sentir otra vez náuseas, conque le volví la espalda. Fue entonces cuando me fijé en la nota que había en la máquina de escribir. Estaba mecanografiada en una hoja de las que usaba Hecht para sus anotaciones y todavía insertada en el carro. Me acerqué al escritorio y la leí:

Este es el último mensaje que redacta Jock Hecht. He sido incapaz de alcanzar mis objetivos. La divergencia entre mis principios y mis actos ha llegado más allá de toda posible retificación. Soy el asesino de Deborah Frank. Acepto la plena responsabilidad de su muerte y me impongo mi propio castigo.

La nota estaba firmada con sus iniciales al pie de la página.

Volví a leerla y luego examiné la superficie del escritorio. Estaba despejada, salvo por un rodillo de Ko-Rec-Type. El tablón de anuncios parecía intacto, con las mismas tarjetas tal y como las

había visto antes. Los archivadores metálicos estaban cerrados con llave. Probé los cajones del escritorio. El primero estaba lleno de rotuladores y lápices rotos, y en el del centro había papel de cartas y sobres con el membrete de hoteles de todo el mundo. El cajón inferior estaba repleto de recortes de periódicos. Una hoja arrancada de una revista describía un contrato matrimonial que Hecht había firmado con su esposa: «La muerte de una vieja institución da paso a otra nueva». En el fondo encontré una libreta de notas de tapas jaspeadas en blanco y negro, parecida a las que yo utilizaba en la escuela elemental. Una etiqueta en la cubierta rezaba «Diario n.º 24», con una fecha de finales de enero. La abrí y examiné las últimas páginas.

Domingo: ¿Tenía razón Stirner? ¿Es posible que la sociedad ideal sea una unión de egoístas que respetan mutuamente su individualismo?

... Reeler Franz Werfel y las memorias de Alma Mahler.

Martes: Recordar camisas limpias para la presentación en el Beverly Wilshire.

Viernes: Cindy en Topanga, la primera persona auténticamente liberada... Enviar justificantes gastos a R. House. Nota a John Leonard para que haga la «Última palabra» en la NYTBR acerca de «El sexo en las publicaciones».

Me disponía a copiar algunos nombres cuando sonó un golpe en la puerta. Cerré la libreta y lo dejé todo como estaba. Tras otra fugaz mirada al cadáver, me dirigí a la entrada y entreabrí la puerta, no sin antes tomar la precaución de asegurar la cadena.

—¿Quién es?

En el exterior esperaba una pelirroja de unos treinta años y tez pálida, con una pequeña maleta de cuero. Sus ojos eran de un verde extraordinariamente brillante y vestía jersey en punto de cable. No usaba maquillaje. No le hacía falta.

—¿Y quién es usted? —preguntó ella a su vez.

—Me llamo Moses Wine. Soy detective.

—¿Detective privado?

Asentí.

—¿Quiere abrirme la puerta?

—No hasta que sepa quién es usted.

—Eso no es asunto suyo.

—Debo saberlo.

—¿Debe saberlo? Tengo más derecho que usted a estar aquí.

—¿Cómo es eso?

—Soy Nancy Hecht. Y este es el *bungalow* de mi marido.

Levantó la maleta y avanzó un paso hacia la puerta. Retiré la cadena y me apresuré a salir al exterior, cerrando la puerta a mis espaldas antes de que ella pudiera cruzarla.

—Creo que no debería entrar, señora Hecht.

—Oh, Jock debe de estar haciendo alguna de las suyas. —
Sonrió sardónicamente—. No se preocupe. Ya estoy acostumbrada.

Me apartó a un lado y extendió la mano hacia el tirador, pero le cogí el brazo.

—¡No entre!

Se me quedó mirando fijamente unos instantes y una nube de aprensión cruzó su rostro.

—¿Qué sucede? —quiso saber.

—Sentémonos allí —le propuse, señalándole un banco a medio camino de la piscina.

—No, yo me quedo aquí.

—Creo que será mejor que se siente.

—¿Pero qué pasa? Cree usted que, porque soy mujer, no soy capaz de soportar una mala noticia.

—Yo no he dicho...

—Voy a entrar, señor Wine.

De nuevo hizo ademán de entrar con la maleta. Estaba en lo cierto. Si hubiera sido un hombre, se lo habría dicho desde el primer momento.

—Su marido se ha suicidado.

Profirió un grito ahogado y, abriendo la puerta, se precipitó hacía la sala.

—¡No vaya al cuarto de baño! —exclamé, pero ya era demasiado tarde.

Al descubrir el cuerpo, chilló:

—¡Oh, Dios mío! —Retrocedió horrorizada, buscando a tientas el sofá. Cerré la puerta del cuarto de baño y me detuve en el umbral, observándola. Con un estremecimiento, la mujer se esforzó por recobrar la compostura.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó.

—Yo diría que no hace más de una hora. Después de que comenzara el partido de baloncesto. Hay una nota en la máquina de escribir.

Giró la cabeza hacia el escritorio y se volvió a mí de nuevo.

—¿Qué hace usted aquí?

—Trabajaba para su marido, para demostrar su inocencia en el asesinato de Deborah Frank. Había venido a preguntarle un par de cosas.

—¿Cómo puedo saber que no le ha matado usted, que no ha preparado todo esto?

—¿Le habría abierto la puerta?

Permaneció unos instantes en silencio, cavilando.

—¿Ha llamado a la policía?

Negué con la cabeza.

—Lo haré ahora mismo.

—Voy al piso de arriba, a echarme un rato.

—¿Quiere que le prepare algo de beber?

—No se moleste —respondió.

La contemplé mientras subía por la escalera, tratando de no fijarme en su trasero en un momento como aquel, y luego fui al teléfono para llamar a la policía. Después de colgar, me senté en el borde del sofá y hundí la cabeza entre las manos. Yo también estaba bastante tembloroso. Fuera, en uno de los *bungalows* contiguos, alguien estaba celebrando una fiesta. Se oía claramente

el ondulante traqueteo y el *ploop-dee-ploop* de una banda de *reggae*. El Caribe no debía de ser un mal sitio para vivir.

La policía no tardó mucho en llegar.

Y, cuando llegaron, venían dirigidos por un rostro familiar.

—Vaya, vaya —comenzó el cachigordo sargento, cruzando el umbral como un tanque egipcio de segunda mano—. ¡Si es el famoso *hippie* pacifista en persona! ¡Y yo que creía que volvía a imponerse el pelo corto!

—Usted también va a la moda, Koontz. Veo que le gustan los adornos brillantes. —Señalé el revólver niquelado que llevaba en bandolera—. Pero será mejor que dejemos los diálogos de serial de la tele para cuando haya echado un vistazo al cuarto de baño.

Se dirigió hacia la puerta y examinó el interior, seguido de cerca por un par de jóvenes reclutas.

—Conque este es el gran Jock Hecht. ¿No hubo otro escritor que tuvo la misma idea, hace unos años?

—Hemingway.

—Hemingway, eso es... ¿Dónde está la nota?

Le indiqué la máquina de escribir. Fue hacia allí y leyó la nota con exasperante lentitud.

—Estos intelectuales son mala gente. Desequilibrados. —Terminó la lectura y comenzó a revolver en el cajón de los recortes. Sacó uno y lo leyó en voz alta—: «¿A quién le gustan los tacones altos? Soltero de raza blanca, veinticinco años, interesado en juegos suaves, desea conocer parejas, travestis...». ¡Pufff...!

—¿Es usted muy remilgado, agente?

El sargento alzó la vista hacia Nancy Hecht, que estaba de pie en el balcón.

—No, señora. Soy el sargento detective Koontz, y estos son los agentes Higgins y Piccolo. Lamentamos profundamente lo sucedido. ¿Sería tan amable de acompañarnos a la comisaría para responder a unas preguntas?

La mujer asintió y empezó a bajar la escalera. Koontz le ordenó a Piccolo que aguardara la llegada del forense y todos los demás

salimos a los llamados jardines del Marmont. Junto a la piscina comenzaba a congregarse una multitud de curiosos, atraídos por el coche de la policía aparcado junto al *bungalow*. Oí que alguien susurraba algo acerca de una redada de drogadictos.

Me situé justo al lado de Nancy.

—No pretendía protegerla. Ha sido una arrogancia por mi parte.

—Está bien.

—Mi compañera suele decirme que debería cambiar de mentalidad.

Se encogió de hombros.

—La acompañaré a la comisaría.

—No es necesario.

Nos detuvimos ante el automóvil de la policía.

—Mire, si no desea quedarse aquí esta noche, gustosamente yo...

—Puedo arreglármelas muy bien sola —me cortó.

Se metió en el coche y yo me quedé junto a la portezuela, con aire avergonzado.

—Ya ha oído a la señora, Wineradt —intervino el sargento—. ¡No le necesita para nada!

Cerró de golpe la portezuela. Y puso el coche en marcha.

6

TODAVÍA ESTABA OSCURO cuando me despertó un estridente timbrado junto al oído. Busqué a tientas el teléfono.

—¿Hola?

—Hola, señor Wine. Soy Harriet Whalen, de Random House, en Nueva York.

—Uh...

—¿Está ahí, señor Wine?

—Sí, aquí estoy.

—Porque lamento comunicarle que su contrato con nosotros queda cancelado. Tras la, eh... muerte de su cliente, consideramos que ya no es necesario proseguir con la investigación.

No dije nada.

—¿Señor Wine?

—¿Tenía que llamarme precisamente ahora?

—¿Cómo?

—¿Sabe qué hora es?

—Pues... aquí en Nueva York son casi las nueve.

—Sí, bueno, ¡aquí en Los Ángeles son exactamente las seis menos veinte!

Colgué con furia el auricular y enterré la cabeza bajo una almohada, tratando de conciliar otra vez el sueño. Pero al cabo de unos diez segundos Simon empezó a saltar sobre mi espalda, con Jacob justo detrás de él. La llamada les había despertado. Al

parecer, iba a ser una de esas mañanas en que tomábamos el desayuno viendo salir el sol.

Solo que aquel día no salió el sol. El cielo estaba completamente encapotado, y soplabá un húmedo y frío viento del norte. Hacia las ocho, empezó a llover. Dejé a Jacob en la escuela —donde los chicos parecían pasar más tiempo haciendo manualidades que aprendiendo a leer— y seguí hacia casa de Nora, la canguro de Simon. Esta vez sí estaba allí, preparando un examen de psicología.

Me despedí de Simon con un beso y regresé a casa, sintiéndome muy abatido. Tan solo un día antes, tenía un caso espléndidamente pagado y la perspectiva de una foto en la portada de *Rolling Stone*. Ahora, solo podía pensar en la jeta de Hecht, sentado en la taza del váter, y en Alora, que estaría viajando por el desierto en compañía de una *troupe* de bigotudos actores mexicanos, con un mullido saco de dormir de pluma extendido en la parte de atrás de la furgoneta.

Puse un disco de Billie Holiday y me tendí en el sofá a ver caer la lluvia. Era un auténtico aguacero, que repiqueteaba sobre la ventana y desdibujaba la silueta de los eucaliptos sobre la loma. Una figura encorvada, enfundada en un chubasquero amarillo, caminaba de un lado a otro de la calle, esquivando los charcos. Era el cartero.

Al poco rato, se encaminó en mi dirección y, tras deslizar una postal y unas cuantas facturas por la ranura del buzón, desapareció tras la esquina. Recogí la postal. La foto mostraba un rudo campesino a lomos de un burro, en una pintoresca aldea mediterránea. Iba dirigida a Jacob y Simon, y la enviaba Suzanne:

¡Hola chicos!

Estoy en la isla de Corfú, en la villa de un maravilloso biólogo francés. Dice que la salvación del hombre se encuentra en la hidroponía. Preguntadle a vuestro padre qué significa eso.

Muchos besos de mamá.

Dejé la postal sobre la repisa de la chimenea y me dirigí a la cocina a prepararme un café. Luego, me llevé el termo lleno a la sala y me senté ante el escritorio para repasar las facturas. La inflación atacaba sin piedad; tenía la impresión de que mis gastos generales se habían duplicado en cosa de un mes. Busqué un rotulador y extendí las facturas ante mí, pero antes de que sacara el talonario de cheques llamaron a la puerta. Me levanté y fui a abrir. Nancy Hecht esperaba bajo el dintel, con sus rojos cabellos chorreando.

—No sabía que lloviera en Los Ángeles —comentó.

—¿Cómo cree que se producen las avalanchas de lodo? —le respondí.

Terminé de abrir la puerta. Ella entró y se quitó la empapada chaqueta de punto, dejándola sobre el brazo de un sillón. Era evidente que no había dormido bien en aquel *bungalow* del Marmont. Estaba más pálida que la noche anterior, y exhibía unas pronunciadas ojeras que le conferían una apariencia etérea y desvalida.

—No sé por dónde empezar —confesó.

—¿Qué le parecería un café?

—Gracias.

Le serví una taza mientras ella examinaba la habitación, fijándose especialmente en la pipa afgana para fumar hachís que Suzanne me había enviado como regalo de cumpleaños.

—¿Qué opinión tenía de Jock? —me preguntó.

—Parecía un poco desesperado, pero hoy en día hay mucha gente así. Apenas le conocía.

—¿Cree que se suicidó?

—No sabría qué decirle. Los dos hemos leído la misma nota.

Hizo una pausa, como si estuviera releuyéndola mentalmente.

—La palabra «rectificación» estaba mal escrita. ¿Se da cuenta? ¿Un escritor que no sabe deletrear correctamente «rectificación»?

—He leído en alguna parte que Fitzgerald hacía muchas faltas de ortografía.

Tomó asiento y bebió el café. Sus ojos empezaron a nublarse.

—Tenemos una hija —anunció.

—¿Dónde está?

—En Nueva York. Le he telefoneado esta mañana. Creo que aún no ha aceptado lo ocurrido.

—Tal vez debería volver a su lado.

—No lo haré hasta descubrir quién mató a Jock. Es imposible que se suicidara. Era demasiado... egocéntrico.

Cruzó las piernas y se arregló la falda. Fuera seguía cayendo una cortina de agua que repicaba incesantemente sobre el techo de chapa ondulada del garaje, y se oía el apagado fragor de lejanos truenos.

—¿Se lo ha dicho a la policía?

—Sí, pero está claro que no me han creído. Son incapaces de comprender nuestra relación.

Le dirigió una mirada interrogativa.

—El matrimonio abierto... Green que eso significa que soy una puta. Uno de ellos incluso me hizo insinuaciones... ¿Tiene un cigarrillo?

—No fumo.

—Yo tampoco. Pero creía... —Su labio comenzó a temblar. Empezaba a sentir lo que había reprimido en el hotel.

—¿Un poco de coñac? —sugerí.

Asintió, y fui a la cocina en busca de la botella.

—Puedo pagarle —gritó desde la sala—. Jock se gastaba todo lo que ganaba. Decía que si se sentía demasiado seguro, dejaría de escribir. Pero tengo ingresos propios. Doy clases de inglés en el Hunter College.

Volví con un vaso alto y lo llené de coñac hasta la mitad.

—¿Cuánto cobra?

—Cien al día, más gastos. —En realidad, era más.

—Muy bien —aceptó, cogiendo el vaso que le tendía y vaciándolo rápidamente. A juzgar por su expresión, no estaba

acostumbrada al alcohol. Probablemente tampoco estaba acostumbrada a las drogas.

Cuando se sintió algo mejor, me habló de su matrimonio. Había conocido a Hecht ocho años antes, cuando él fue a Hunter a dar una conferencia sobre sus obras. Por entonces, ella era profesora adjunta y estaba a cargo de un seminario sobre escritores norteamericanos contemporáneos. Hecht acababa de salir de un desastroso matrimonio con una cantante llamada Dolores Lee y buscaba una compañera más apacible y más acorde con su nivel intelectual. Invitó a Nancy a unas copas, luego a cenar, luego a una elegante velada literaria en Brooklyn Heights. Pronto empezaron a ir juntos a todas partes. Ella trasladó sus pertenencias a la lujosa residencia que él tenía en la calle 73 Este. Hecht la presentó como su compañera a importantes personajes de las artes y los medios de comunicación. Cuando le pidió que se casara con él, a Nancy le resultó imposible rehusar. Después de todo, él era Jock Hecht, y ella una candidata al doctorado en filosofía que todavía estaba preparando su tesis sobre Emily Brontë.

—¿Cuándo decidieron «abrir» su matrimonio?

—Le dimos nombre hace tres años, pero en realidad lo habíamos practicado desde el principio. Ninguno de los dos creía en las relaciones monógamas. En la naturaleza, solo se dan entre los...

—Cuervos, gansos y gambas pintadas.

Se echó a reír.

—¡Eso se lo debió de decir Jock! Al parecer, se olvidó del gibón.

—¿Y les dio resultado?

Dejó de reír y me miró a la cara.

—Mentiría si no reconociera que a veces ha sido muy difícil. Todos los cambios radicales son difíciles. Pero la gente ha estado haciendo exigencias injustas a su pareja durante la mayor parte de la historia. Ya empieza a ser hora de intentar una reforma.

Le serví el resto del coñac y ella lo engulló de un solo trago. Aún no era mediodía, pero comenzaba a sentirme en la onda. Abrí el cajón y cargué la pipa de agua para darle un par de caladas.

—¿Suele trabajar colocado? —preguntó ella.

—En mi oficio, hace falta un poco de anestesia. —Se repantigó más cómodamente en el asiento. Sus mejillas, pálidas y blanquecinas, habían adquirido un vivo rubor que hacía juego con el rojo de sus cabellos—. ¿Quién cree usted que le mató? —inquirí.

—Hay mucha gente que habría podido hacerlo. Jock tenía mucha facilidad para hacerse enemigos.

—¿Se le ocurre alguien en particular?

Asintió apresuradamente.

—Meyer Greenglass.

—¿El gánster?

—Jock vivió durante algún tiempo con él, mientras preparaba un libro sobre la mafia judía.

—¿Qué sucedió?

—Jock no llegó a escribir nunca el libro. Una semana después de su partida, Greenglass fue acusado de una estafa con tarjetas de crédito. El juez le impuso una sentencia de dos a diez años. Dicen que culpa a Jock.

—¿Dónde está ahora?

—En la penitenciaría de Terminal Island.

—Vamos a verle.

Me miró para asegurarse de que hablaba en serio.

Yo me dirigí al armario, saqué mi impermeable y le ofrecí a ella un sarape amarillo con una cenefa negra.

—Puede usarlo, de momento.

—¿De quién es?

—De una vieja amiga mía. Donde está ahora no llueve nunca.

—MEYER GREENGLASS es un distinguido caballero y un preso modelo. ¿Por qué quieren hablar con él?

—Soy detective privado y estoy investigando la muerte del esposo de esta señora, un escritor llamado Jock Hecht. Hecht era amigo de Greenglass. Necesitamos solamente algunos consejos personales, señor, nada que pueda preocuparle.

El alcaide adjunto examinó minuciosamente mi licencia y me la devolvió. Si había oído hablar de Hecht, no lo demostró.

—Naturalmente, se dan ustedes cuenta de que el señor Greenglass no tiene por qué hablar con ustedes si no lo desea.

—Nos hacemos cargo.

Se levantó del asiento y salió del despacho. Me volví hacia la ventana para contemplar Terminal Island. Sus calles sinuosas, bordeadas de palmeras, y sus tugurios de cara al mar siempre me hacían pensar en la capital de una moribunda república bananera. Había incluso un edificio de la Administración de Veteranos, en la cima de una colina, que parecía un *Palacio Nacional* en espera de un golpe de estado. Aquella tarde, la lluvia acentuaba esta impresión. La vista del puerto moderno —contenedores y módulos de embarque— se difuminaba en el gris, dejando únicamente las mugrientas hileras de casas adosadas, en tonos pastel, y los cascos oxidados de los cargueros en dique seco.

Al cabo de unos minutos apareció un funcionario que nos guio por una serie de corredores, pasando ante retretes con la puerta

abierta y celdas desocupadas, hasta una escalera metálica que conducía al edificio de Educación.

—Es ahí —anunció, señalándonos la puerta de lo que pasaba por una biblioteca penitenciaria—. Les ha concedido cinco minutos.

Abrí la puerta y encontré a Greenglass sentado tras una sencilla mesa de madera bajo una lámpara de arco. Había montones de libros sobre la mesa y en el suelo. Era un individuo frágil, de tez aceitunada y manchada y brazos retorcidos y esqueléticos. Una red de venillas azules se desplegaba por las sienes de su calva cabeza, entre escasos mechones de fino cabello blanco. Aquel era el tipo duro que solía aparecer en el suplemento dominical del *Daily News*, vestido con trajes de quinientos dólares, cuando yo era un chiquillo.

—¡Hecht ha muerto! —exclamó, sin esperar a las presentaciones—. *¡Gay gesunt!* —Hablaban en *yiddish* como mi tío abuelo Benny, el lituano. Había dicho: «En buena hora me libré».

—¿Cómo es eso?

—¿Que cómo es eso? ¿Y aún me lo pregunta? ¡Después de todo lo que hice por él! —Greenglass se echó a reír y paseó la vista por la habitación, buscando entre los manoseados ejemplares de *Field & Stream* algún oyente misterioso que corroborase sus palabras—. Le acojo en mi casa. Le presento a mis amistades. Le llevo en avión a Bermuda, a Palm Springs... Le doy todo lo que quiere. ¿Y qué hace él? ¿Escribe el libro? ¿Cumple lo que ha dicho...? ¿Y por qué no? —Levantó los flacos brazos hacia el techo—. Mujeres... mujeres... ¡lo único que le interesa es joder!

—Esta mujer era su esposa, Meyer. Llegó anoche mismo.

—Bien, espero que le haya dejado algo de dinero.

Greenglass la examinó como el diablo del espejo contemplando a la mujer desnuda. Enderezó la espalda, con un extraño fulgor en los ojos, y se alisó los pocos pelos que le quedaban.

—Ni siquiera quería escuchar mis historias —añadió Greenglass. Luego, me atrajo hacia él y me susurró algo al oído. Sacudí la cabeza.

Nancy parecía intrigada.

—Quiere saber si es usted judía —le expliqué—. La encuentra bastante guapa, pero nunca saldría con una *shikse*.

—Muy divertido —comentó ella.

Meyer, radiante, dio unas palmadas de aplauso.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó—. Solo les quedan cuatro minutos.

—¿Qué tenía contra Hecht, Meyer?

—Ya se lo he dicho. Era un mirón. No cumplía. No escribió el libro.

—Hemos oído decir que le echaba la culpa de la condena por el asunto de las tarjetas de crédito.

—Él no tuvo nada que ver con eso.

—Lo dijeron los periódicos —alegó Nancy.

Meyer alzó la vista hacia ella.

—Eso fue solo una historia que se inventaron mis abogados para confundir a la acusación.

—No sirvió de nada —observé.

—¿Por qué están haciendo tanto *tsimmi*? Hecht ha muerto. Se suicidó.

—¿Y usted lo cree?

—¿Por qué no? —Su voz se volvió dura, casi amenazadora—. Matar a una chica tan buena como Deborah Frank... Yo también me suicidaría si hubiera hecho algo así.

—¿Está seguro de que la mató él?

—Encuéntreme otro culpable.

A nuestras espaldas, el funcionario se paseaba arriba y abajo, consultando su reloj. En la cárcel uno tiene todo el tiempo del mundo, excepto cuando lo necesita.

—¿Y los amigos de Hecht? ¿Estuvo alguno de ellos en su casa?

—No conozco a sus amigos.

—¿Llamadas telefónicas? ¿No hubo nadie que intentara comunicarse con él?

—¿Quién podía querer comunicarse con él? ¿Un alcahuete? ¿El director de una colonia nudista? —Volvió a estudiar a Nancy—. ¿Por

qué quiere averiguar si su marido fue asesinado? ¿Qué puede ganar con saberlo? Es una suerte verse libre de él. —Extrajo de su bolsillo un par de cigarros de los caros y me ofreció uno. Rehusé con un gesto—. No los encontraría mejores en la calle —comentó.

—Tres minutos —nos advirtió el funcionario.

—Auténticos Upmann's de La Habana. Me los envían desde Suiza sin el envoltorio. —Sacó un cortapuros y seccionó cuidadosamente la punta—. ¿Algo más, jovencitos?

—Sí. ¿Cómo es que permitió que Hecht se mezclara en su vida? ¿No es un poco arriesgado dejar que un periodista husmee en los asuntos de uno y viva como si fuera de la familia?

—¿A mi edad?

—¿No podía tropezar con algo que usted no querría que viese?

Greenglass se apoyó en el respaldo de la silla, encendió una cerilla e hizo girar lentamente el cigarro entre sus dedos hasta conseguir una brasa perfecta. Antes de responder, saboreó unas cuantas bocanadas.

—Eso me recuerda una historia...

—Dos minutos —dijo el funcionario.

—Fue cuando inauguramos el Flamingo en Las Vegas... hacia el 46 o el 47, más o menos... ¿Se lo he contado ya alguna vez? .

—No, Meyer.

—No, claro que no. Nunca nos habíamos visto antes, ¿verdad? Un buen *boychick* judío... Bueno, ¿por dónde iba? Las Vegas, el 46 o el 47... El Flamingo... —Se interrumpió y recorrió la habitación con la mirada, aspirando nuevas bocanadas de humo. Tuve la fuerte sospecha de que estaba tratando de hacer tiempo.

—Vaya al grano, Meyer.

—Tranquilo, *menschele*... Bueno, pues allí en Las Vegas, en el 46 o el 47... vino un periodista desde California para entrevistarme. «Meyer —preguntó—, ¿es cierto que ha pagado al gobernador de Nevada para obtener la licencia de juego en este hotel?». «Hijo —le respondí—, no solo le he pagado al gobernador, sino también al secretario de Estado, a tres congresistas y a un senador».

—Un minuto —dijo el funcionario, avanzando hacia nuestra mesa.

—Fui a Washington y hablé con todos los conocidos que tenía en el Departamento del Tesoro y la Inspección de Hacienda, empezando por el Gabinete y continuando hasta el más humilde botones. Hablé con todas las figuras clave de las revistas de ámbito nacional. Por entonces, todavía publicaban *Collier's* y el *Saturday Evening Post*. Luego, hice una visita al alcalde de Nueva York, en Gracie Mansion. ¿Y saben qué?

—¿Qué?

El funcionario llegó a la mesa y se interpuso entre nosotros, alzando cinco dedos.

—Me parece que este hombre está intentando decirnos algo —observó Greenglass.

—Deme un par de minutos más —le rogué.

Greenglass meneó la cabeza.

—No ha terminado la historia.

—Tengo una clase. —Hizo un ademán en dirección a un compartimento acristalado, al fondo de la sala, con gráficos de barras en la pared—. Les enseño los rudimentos de la inversión en bolsa a algunos de mis amigos de por aquí... —Se puso en pie y extendió la mano—. Si tiene más preguntas, vuelva cuando quiera. Y no se olvide de traer la *madel*. —Pellizcó a Nancy en la mejilla—. Su difunto esposo me había hablado mucho de usted y de su hija.

Greenglass nos dio la espalda y se reunió con un grupo de internos provistos de libretas. Entraron todos en la clase y cerraron cuidadosamente la puerta.

—¿Alguna otra sugerencia? —le pregunté a Nancy.

—Sabe eludir las preguntas, ¿verdad?

—Ha tenido mucha práctica.

Seguimos al funcionario, regresando por la escalera metálica y los largos corredores. El guardia no se apartó de nuestro lado hasta que nos vio salir del edificio y correr bajo la lluvia hacia mi coche.

Me adelanté a Nancy y abrí ambas portezuelas antes de pasar al asiento del conductor.

—¿Sabe algo de una tal Cindy de Topanga? —le pregunté mientras cruzábamos el puente, de vuelta hacia San Pedro—. ¿Le suena ese nombre?

—¿Tendría que sonarme?

—La primera persona auténticamente liberada.

Nancy esbozó una sonrisa.

—Debe de ser una amiga de Jock.

—Encontré ese nombre en su diario.

—¿Qué decía de ella?

—Nada, salvo que era...

—¿Liberada?

—Ajá.

—¿Le parece que es posible? —quiso saber.

—¿Estar auténticamente liberado?

—Sí.

—No lo sé. Todavía tengo problemas para decidir quién ha de entrar primero en el ascensor, la mujer o yo.

Nancy se rio. Me volví a contemplarla. Estaba apoyada contra la ventanilla del coche, arrebujaada en el sarape. Su fulgurante cabellera rojiza se aplastaba sobre el cristal como un remolino de color sobre las gotas de lluvia.

—¿Sabe una cosa? Es usted la clase de mujer que lo vuelve todo irrelevante.

—¿Qué?

—El matrimonio abierto... La libertad para joder.

—¿Debo tomármelo como un cumplido?

Suzanne y Alora tenían razón. Aún tenía que aprender mucho.

AUNQUE NO ERA tan importante como Hearst o Soljenitsin, cuando llevé a Nancy de vuelta al Chateau Marmont el suicidio de Jock Hecht se había convertido ya en una especie de pequeño acontecimiento periodístico. Eran aproximadamente las doce del mediodía. Ella quería telefonear a su hija a Nueva York, porque llegaba a esa hora de la escuela, pero una multitud de reporteros se nos echaron encima y comenzaron a meter sus minúsculas grabadoras por la ventanilla antes de que Nancy pudiera bajar.

—¿Por qué se ha suicidado su esposo, señora Hecht?

—¿Hay algún manuscrito póstumo, señora Hecht?

—¿Qué piensas de la vida sexual de tu marido, Nancy?

Salí en marcha atrás y rodeé el *bungalow* para ir a la entrada posterior. Nancy y yo dejamos el coche y nos dirigimos hacia la puerta de atrás. Antes de que ella entrara, nos miramos unos instantes.

—Ya le haré saber lo que averigüe. —Abrió la puerta y cruzó el umbral—. Cierre por dentro —le aconsejé, y antes de irme esperé oír el chasquido de pasador. Quería hablar con Cindy de Topanga, «la primera persona auténticamente liberada», antes de que los de la poli comenzaran a estudiar a fondo los diarios de Jock Hecht.

Hacia las dos de la tarde dejaba la autopista de Ventura para enfilarse el Topanga Canyon Boulevard, ascendiendo más allá de las zonas de clase media alta hacia el estudiado descuido del cañón. Visitar Topanga era como examinar una excavación arqueológica,

ver el corte transversal estratificado de los últimos veinte años: granjeros y antiguos radicales, debajo de cuellirrojos y chicanos, debajo de *hippies*, estrellas del *rock* y profesores de la UCLA.

Topanga Center era el punto de encuentro de los segmentos más *hippies* de la comunidad. Era el único centro comercial al sur de Berkeley donde las hogazas de siete cereales superaban al pan Wonder en la proporción de cinco a uno. Pero todo el lugar poseía cierto aire carcomido, un estilo congelado en el tiempo mientras el resto del mundo seguía evolucionando. Ataviados con sus camisetas teñidas a mano y sus cintas de colores en la cabeza, los clientes me recordaban a aquellos soldados japoneses ocultos en las selvas del Pacífico durante treinta años sin darse cuenta de que la guerra había terminado.

Rodeé el edificio y me dirigí a una antigua estafeta de correos transformada en cafetería. En el interior había unos cuantos habitantes de la localidad bebiendo cerveza y pasándose las manos por las encanecidas barbas y las largas y raleantes cabelleras. Tomó asiento y pedí una taza de café, mientras escuchaba la cantata de Bach que sonaba en el tocadiscos automático y buscaba la mirada de los ocupantes de la mesa contigua.

—¿Alguno de vosotros conoce a Cindy? —pregunté en voz alta.

Alzaron la vista, sorprendiéndose de que me dirigiera a ellos. Repetí la pregunta.

—¿Qué Cindy? —preguntó uno, tocado con una gorra de punto terminada en una borla—. Conocí a una Cindy en Cambridge, en el 60... una camarera del Golden Vanity. Y luego estaba la Cindy de la calle MacDougal, que trabajaba en el Folklore Center. Y la Cindy de Bennington. Y la Cindy que llevaba un bar en Torremolinos, la Cindy de Francia, la Cindy de Marruecos... y la Cindy que me encontré haciendo autostop en Big Sur...

—Me refiero a una Cindy de aquí, del cañón.

—¡Ah, esa Cindy! —Se echó a reír y meneó la cabeza—. No he oído hablar nunca de ella.

Los demás me miraban con cara inexpresiva.

—Tiene algo que ver con el sexo.

—Todas tienen algo que ver con el sexo, tío... ¡Son unos chochitos!

El empleo de esta palabra me resultó chocante, como si no la oyera todos los días.

—Usted está buscando a la doctora Cynthia Hardwick.

Me volví a un hombrecillo vestido con esmero que bebía café exprés en una mesa del rincón y leía un ejemplar de *Le Figaro*.

—¿Usted cree?

—Estoy razonablemente seguro. Todos la llaman Cindy y es la persona más destacada de por aquí en el negocio del sexo. Yo mismo he sido paciente suyo. Vive en una casa amarilla de dos aguas, un kilómetro y medio subiendo por Fernwood a mano derecha. —Dobló el periódico por la mitad—. No se olvide de llamar antes de entrar.

Me metí de nuevo en el coche y subí por Fernwood hacia la parte más elegante de Topanga, el barrio de los abogados, profesores y guionistas cinematográficos. La mayoría de ellos conducían Volvos y Peugeots y adornaban sus jardines con curiosas esculturas de estilo seudopicassiano.

La casa de dos aguas de Cynthia Hardwick estaba sobre un acantilado que dominaba todo el cañón. Aparqué detrás de un BMW nuevecito con matrícula de Arizona y salí a la lluvia, para llamar al timbre. La casa estaba acabada en una especie de estilo rústico *kitsch*, con una puerta de secuoya labrada a mano, un zumbador de cobre y el nombre DRA. C. HARDWICK en un marquito de macramé. Dentro sonaba el «2001» de Deodato a tope de decibelios.

Pasó un buen rato antes de que respondiera alguien. Por fin, la puerta se abrió lentamente y apareció una mujer de unos cincuenta años, baja y bien conservada. Iba enfundada en un bikini y se enjugaba el sudor de la frente con una gruesa toalla azul.

—Si ha venido por lo del Grupo de Crecimiento para Hombres sin Compromiso, lo hemos cambiado a los martes.

—Doctora Hardwick, me llamo Moses Wine...

Me miró de arriba abajo.

—¿Ha traído su certificado firmado?

—¿Cómo?

—Su certificado firmado por un médico colegiado o un psicoterapeuta.

Me quedé atónito. Ella me cogió de la mano y la sostuvo entre las suyas.

—No se preocupe —añadió—. No soy agresiva. —Y entró en casa.

Pasé al vestíbulo. Ella subió por una escalera de caracol que conducía a una especie de buhardilla, al tiempo que gritaba:

—¡Tony...! Tony, solo te quedan cinco minutos. ¿Por qué no vuelves mañana a primera hora?

Tony apareció al final de la escalera, un joven rubio con un jersey de cuello de cisne y expresión malhumorada. La mujer le besó calurosamente.

—Todo se arreglará —le aseguró—. Recuerda: paciencia, no rendimiento; esa es la clave. —El joven empezó a bajar la escalera, mascullando algo para sí.

La doctora me hizo una seña con el dedo.

—Pobre Tony. Su médico me lo ha enviado desde Phoenix, y ahora espera un milagro.

Vi a Tony subir al BMW mientras me dirigía hacia la escalera. La buhardilla estaba amueblada con sencillez: un sofá, un par de almohadones en el suelo y una cama de matrimonio. Cynthia tomó asiento y me contempló de arriba abajo como un amistoso pedazo de carne.

—Lo primero que hacemos es tratar de acostumbrarnos a la desnudez.

—¿Tan difícil es?

—¿A usted le parece fácil, pues?

—Cuando iba al campamento de verano solía bañarme desnudo.

—Bien. Desvistámonos.

Se levantó y se quitó la parte superior del biquini. Yo empecé a desabrocharme la camisa.

—Espero que se dé cuenta de que esto puede llevarnos bastante tiempo —prosiguió—. Hemos de relajarnos y hemos de tener paciencia. Esa es la clave.

Se quitó la braguita y quedó desnuda ante mí. Su cuerpo se conservaba muy bien para su edad. Me desabroché el cinturón y dejé caer los pantalones.

—Ahora, tiéndase boca abajo —me ordenó—. Empezamos con un entrenamiento de la sensibilidad, evitando las zonas erógenas. Esto puede llevarnos días. El tiempo que haga falta.

Me tendí sobre la cama, la cara apoyada en una almohada verde lima.

—Hay algo que no le he dicho —dije yo.

—No, no. No tenga miedo. Lo está haciendo muy bien.

Se inclinó sobre mí y comenzó a darme un masaje en la espalda, moviendo los dedos por mi columna vertebral desde la base del cráneo. Mientras ella trabajaba, eché un vistazo a la habitación. Había varios objetos de arte guatemalteco colgados en la pared y un folleto publicitario montado en un panel de fibra de madera: «¡Descúbrase a sí mismo! Una semana en Tahití con la doctora Cynthia Hardwick, famosa especialista sexual».

—Espero que la próxima vez se acuerde de traerme el certificado de su médico. —Fui a decirle algo, pero me puso ambas manos sobre las nalgas y comenzó a acariciármelas de abajo arriba. Era algo sensacional—. Este es el ejercicio número seis de Masters y Jonhson —añadió—. A comienzos de la semana que viene podemos intentar el relleno.

—¿El relleno?

—Penetración con el pene flácido... ¿Qué clase de disfunción ha dicho que padecía? ¿Primaria o secundaria?

—¿Disfunción? Yo no he venido por ninguna disfunción.

—¿Qué?

—Eso es lo que trataba de decirle.

La doctora Hardwick se apartó. Me senté en el borde de la cama, avergonzado, con una polla bastante tiesa irguiéndose en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Ya veo que no, efectivamente —comentó, mientras yo recogía los pantalones—. ¡Pero no hay ninguna necesidad de desperdiciar eso!

Sonrió y se dispuso a volver a la cama, cuando de pronto ambos nos vimos sorprendidos por lo que sonó como una ráfaga de disparos. Desnudo, me levanté de un salto y corrí a la ventana. Gunther estaba sentado en su moto, junto al garaje del otro lado de la calle, disparando una Magnum del 38 contra el costado de un camión abandonado. Abrí la ventana y me asomé para saludarle con la mano.

—Vaya, vaya. ¡Que me aspen si no es el Dick Tracy de los nudistas!

—¿Qué coño estás haciendo?

—Siguiendo tu pista desde el Marmont, sabueso. —Apuntó a los faros y disparó, haciendo añicos el cristal—. Deberías poner más atención a tu espejo retrovisor.

—Oigan, ¿quiénes son ustedes? —quiso saber Cindy, cubriéndose con una bata y viniendo a mi lado—. No me gustaría tener que llamar al servicio de seguridad del Instituto.

—Tranquila. Viene conmigo. Estoy investigando el suicidio de Jock Hecht.

—¡Y una mierda, suicidio! —aulló Gunther desde la mitad de la calle—. Ese hijo de puta jamás se habría quitado de en medio de una forma tan tonta. Tenemos que llegar al fondo de este asunto. ¡Nos espera un montón de trabajo sucio, Moses!

—CONQUE USTED es el renombrado doctor Gunther Thomas —comentó Cindy. Estábamos los tres sentados ante una mesa de café en el piso inferior, bajo un retrato de Isadora Duncan de tamaño natural—. He leído ese libro suyo, *Horror en Tulsa*, ese que trata de la convención de petroleros. ¿Es cierto que todos los operarios de las grúas se pican anfetás?

—O eso, o metadona.

—No es de extrañar que haya una crisis de energía. —Miró a Gunther de una forma calculada para hacer saltar las costuras de su chaqueta de cuero.

—Hemos venido aquí a hablar de Hecht, doctora Hardwick —le recordé.

—Sí, ya sé. Pobre Jock. ¡Se esforzaba tanto!

—¿En qué se esforzaba?

—¿A usted qué le parece? En liberarse de las costumbres convencionales de nuestra sociedad. Por eso pasaba tanto tiempo en el Instituto.

—¿El Instituto?

—El Instituto de Liberación, ya sabe. Seguramente habrá oído hablar de él. Pertenezco a su consejo de dirección.

Sacudí la cabeza.

—Está justo a la vuelta de la esquina, en Tuna Canyon.

—¿Y qué hacen allí? —quise saber.

—La gente va a pasar una semana o diez días. Dejan atrás la civilización y sus insatisfacciones para descubrir su verdadera naturaleza.

—¿Cómo se logra eso?

—Oh, hay clases, ejercicios, estudio... A Jock le gustaban las instalaciones: los baños colectivos, las saunas... Está todo bastante bien montado. Es una compañía subsidiaria de la Liga para la Liberación Sexual.

Gunther se puso en pie y sacó una caja de balas de debajo de la chaqueta.

—Vamos a echarle un vistazo a ese Instituto. —Eché a andar hacia la puerta.

—Espera, Gunther. —Se detuvo, y yo me volví a Cindy—. La Liga para la Liberación Sexual... ¿qué es eso?

—Un *holding* californiano interesado en el potencial humano y las actividades de tiempo libre.

—¿Qué clase de actividades?

—Creativas. Amorosas. Experimentales. Ya sabe... exteriorizadas.

—¿Podría ser más específica?

—Libros... películas... importación y exportación...

—Importación y exportación, ¿de qué?

—Aparatos sexuales de Hong Kong.

—¿Y casas de masajes?

—No sabría decirle. —Empezaba a parecer incómoda—. En realidad no les presto mucha atención, salvo en lo que está relacionado con el Instituto.

—¿Y en qué está relacionado el Instituto?

—Solamente en el aspecto de la financiación. —Se levantó y volvió la cabeza hacia la escalera de la buhardilla.

—A mí me huele a chamusquina —gruñó Gunther—. ¿Quién está detrás de todo el montaje, Newport Beach?

—No lo sé... Puede que alguien del Instituto quiera hablar con ustedes... Puede que no... Y ahora, tendrán que disculparme; el

Seminario sobre Conciencia Sensorial se reúne aquí dentro de diez minutos.

Desapareció escaleras arriba sin esperar a que la disculpáramos.

Dejé mi tarjeta sobre la mesa y salimos afuera.

—Apostaría ocho contra tres a que esta liga no es más que una fachada de la CIA —dijo Gunther mientras subíamos a mi coche—. Dejaremos la moto aquí. Pon rumbo a Tuna Canyon.

Me encogí de hombros y puse el coche en marcha, siguiendo Fernwood arriba hasta la parte más alta, donde se unía con la carretera de Tuna Canyon. En la intersección, un indicador que rezaba «Instituto de Liberación, 5 km» señalaba hacia una angosta pista de tierra en la que nunca me había fijado. Giré y seguí las rodaduras recientes a lo largo del lecho de un río seco que la lluvia comenzaba a llenar, una minúscula corriente que serpenteaba entre los robles. Tomamos una curva muy cerrada.

—Has demostrado ser muy listo, siguiéndome desde el Marmont —comenté.

Gunther sonrió con orgullo.

—Ha sido fácil, en realidad. Me sorprende que seas tan descuidado.

—Nadie es perfecto. Ahora mismo, nos están siguiendo.

—¿Qué? —volvió rápidamente la cabeza y se asomó por la ventanilla. No había nadie a la vista.

—Un Lincoln Continental del 75, azul pólvora con neumáticos de banda blanca, matrícula de California 328 KLR.

—Te estás quedando conmigo.

Reduje la velocidad al pasar ante un viejo rancho con la cerca del corral rota. Enfrente, un buzón amarillo tenía el banderín levantado, y un empapado periódico asomaba por el extremo. En el establo, un par de caballos píos mordisqueaban pienso de un cubo, agitando la cola de un lado a otro.

Miré por el espejo retrovisor y conté hasta diez.

Cuando llegué a ocho, la ancha parrilla del Lincoln surgió de la curva del acantilado.

—¡No te estás quedando conmigo! —exclamó Gunther, echando mano a la pistola.

Me incliné hacia él y le sujeté la muñeca.

—¿Quieres que nos maten?

Bajó el brazo, por el momento, y seguí carretera adelante. No me gustaba nuestra posición, pero no tenía alternativa. El coche desconocido nos seguía lentamente, lleno de confianza. Al cabo de doscientos metros comprendí por qué. Frente a nosotros había una camioneta Ford verde cruzada en el camino, entre la pared del acantilado y una caída a plomo de más de treinta metros. Dos hombres esperaban de pie ante el parachoques delantero. Tenían las piernas separadas y sostenían sendas metralletas apuntando directamente a nuestro parabrisas.

La lluvia que caía sobre el cristal distorsionaba sus siluetas, deformándolas como en un espejo de feria. Frené cuidadosamente y me cerré a la derecha, desviándome hacia la cuneta. Acto seguido, giré el volante a toda velocidad y cambié de sentido, para dirigirme hacia el Lincoln que nos seguía. Oí sonar una bocina. Gunther sacó medio cuerpo por la ventanilla y apuntó hacia el otro coche.

—¡Estúpido cabrón! —le grité, pero ya era demasiado tarde. Un hombre se asomó fuera del Lincoln y disparó dos veces con un delgado rifle, acertando de lleno en mis dos neumáticos delanteros. El Jag giró sobre sí mismo y se deslizó unos quince metros por la carretera hasta chocar violentamente contra la base de un plátano. Mi cabeza rebotó en el techo del coche. Gunther, cuyo brazo seguía colgando fuera de la ventanilla, se vio proyectado hacia adelante. La Magnum cayó de su mano y se deslizó por el suelo hasta caer al cada vez más henchido torrente.

Salimos con los brazos en alto.

Los hombres del Lincoln se nos acercaron despacio. Eran tres, todos ellos latinos, con gafas levemente coloreadas y trajes de aspecto caro que no parecían comprados en unos grandes

almacenes. Uno de ellos sostenía un paraguas para evitar que la lluvia los estropeará. Nos hicieron poner de espaldas y nos cachearon expertamente; a continuación, nos ataron las manos y nos empujaron al asiento posterior de su automóvil, tapizado en terciopelo y provisto de bar y televisión portátil. En color. El de más edad, el que sostenía el paraguas, tenía la dentadura llena de empastes de oro. Descolgó un teléfono situado entre los amplios asientos delanteros, marcó un número y comenzó a hablar rápidamente en español. Su acento no era mexicano, pero yo ya empezaba a sospechar quiénes eran. Al cabo de unos minutos, cerraron las portezuelas y el coche se puso en marcha.

Regresamos por donde habíamos venido. Tuna Canyon arriba. Recosté la cabeza sobre el terciopelo y decidí esperar a ver qué sucedía, fuera lo que fuese.

—¿Cuál de los dos es Moses Wine? —preguntó el de los dientes de oro cuando llegamos a lo alto de una loma.

—Él es Moses Wine. Yo soy Gunther Thomas, el escritor.

El tipo no pareció impresionado. Dio unos golpecitos en el hombro del conductor y nos detuvimos de golpe en un punto de la carretera especialmente desolado.

—¡Adiós, amigo! —El que iba en la parte de atrás con nosotros abrió de golpe la portezuela, cogió a Gunther por el cuello de la chaqueta y le empujó fuera del coche. El escritor rebotó en un par de rocas pequeñas y fue a parar a un denso matorral de acacias.

—¡Sois unos asquerosos espaldas mojadas! —gritó, llevándose ambas manos a la cabeza.

El Lincoln arrancó con un rugido.

—Eso no ha estado nada bien —observé.

—¿Dónde están las cintas? —dijo el hombre de los dientes de oro.

—¿Cintas?

—Ya sabes de qué estoy hablando.

—¿Qué cintas?

—¡Las cintas! —exclamó, como si eso lo explicara todo.

—¿Las cintas de la Casa Blanca? ¿Las cintas de la leche? ¿Las cintas de la ITT? Me parece que os habéis equivocado de hombre.

Rezongó en voz baja y me volvió la espalda, cogiendo de nuevo el teléfono y sosteniendo otra conversación en un atropellado español que no fui capaz de entender.

—¿Hablando con La Habana? —pregunté—. ¡Oh, me olvidaba! ¡Ya hace catorce años que expulsaron de allí a todos los gánsteres!

El tipo que se sentaba a mi lado me propinó un golpe en las costillas con la culata de su rifle. Pensé en preguntarle adónde nos dirigíamos, pero supute que me contestarla con un puñetazo y decidí quedarme callado por el momento.

Tomamos la carretera de la costa, conduciendo al límite de velocidad, y entramos en la autopista de Santa Momea. Mi compañero de asiento conectó la televisión y se dispuso a contemplar el final de un melodrama en la KMEX, la emisora en lengua española. Luego vino un anuncio en el que un vendedor de Pacoima subastaba un descapotable Mercury de segunda mano, y acto seguido la transmisión en diferido de un partido de fútbol de la liga boliviana, jugado una semana antes. Cuando empezó la segunda parte estábamos en el desvío de la autopista de Harbor, en el centro de L. A. Cinco minutos después comencé a sospechar adónde nos dirigíamos, y no me gustó en lo más mínimo. Eran casi las cinco, y los niños debían de estar a punto de llegar a casa.

—Oídmeme, chicos, ¿se puede saber qué pretendéis hacer? —pregunté cuando nos detuvimos delante de mi casa. Las persianas estaban cerradas y en el camino de acceso había aparcado un coche desconocido, un anticuado T-Bird con la matrícula REGRESO.

No se dignaron contestarme, pero me hicieron bajar del automóvil y me empujaron hacia mi propia puerta.

—¿Santiago? —llamó el de los dientes de oro.

—Abierto.

El hombre empujó la puerta.

La sangre me subió de golpe a la cabeza. Simon estaba sobre el regazo de la canguro, en mitad de la sala, con Jacob a su lado. Los tres contemplaban fijamente el cañón de un revólver calibre 45, empuñado por un individuo alto y feo con un fino bigotillo, que se entretenía haciendo girar el tambor. Supuse que el tal Santiago era el hombre moreno y elegante, de unos cuarenta años y con una camisa deportiva a la moda *art déco*, que estaba sentado en mi butaca fumándose un cigarro fino. Cuando entramos, se puso en pie y nos saludó cordialmente.

—¿Cómo está usted, señor Wine? Me llamo Santiago Martín... Espero no haberle molestado.

—Tiene a mis dos hijos pequeños y a una amiga personal bajo la amenaza de una pistola. Si no retira a su hombre, le mataré.

—Una mera exhibición. —Chasqueó los dedos y el otro tipo le lanzó la pistola—. No está cargada... Vea. —Me mostró las balas que sostenía en la palma—. ¿Por qué no se sienta y trata de calmarse, señor Wine?

Señaló hacia el solá. Hice lo que me decía. Simon se puso en pie y corrió a mí, hundiendo su cabeza en mi pecho. Jacob le siguió y se sentó a mi lado, cogiéndome del brazo. Admiré su aplomo, y me habría sentido orgulloso de él si no hubiera estado tan furioso.

—No hay nada que temer. Tiene unos hijos encantadores. El mayor es un buen jugador de baloncesto; le he visto en la escuela. —Volvió a acomodarse en mi butaca—. Creo que ha habido un error... una confusión.

—Así lo espero.

Apagó el purito y sonrió a la muchacha. Sus labios estaban temblando, y nunca la había visto tan pálida. Era una chica tímida, una estudiante de sociología en el City College, y me dolía verla metida en aquel embrollo.

Santiago se volvió de nuevo a mí.

—Sin duda está usted al corriente del suicidio de este periodista... Jock Hecht.

—Sí, estoy enterado.

—He leído en los periódicos de la mañana que fue usted quien encontró el cuerpo.

Asentí.

—También encontró una nota en la que reconocía haber asesinado a la presentadora de televisión Deborah Frank.

—Había una nota.

—¿Encontró algo más?

Había un tono de amenaza en su voz. Pasé un brazo sobre los hombros de Jacob y aferré a Simon con la mano libre. Los demás se agruparon detrás de Santiago. Hubiera deseado poder abrir una trampa bajo sus pies para que cayeran todos al foso de los cocodrilos.

—¿A qué se refiere?

—Estoy hablándole de unas cintas.

—¿Qué cintas?

—Unas cintas que estuvieron en poder de Hecht hasta su aparente suicidio.

—¿Dónde están ahora?

—Han desaparecido.

—¿Cómo lo sabe?

Miró a sus hombres.

—Lo sé.

—¿Dónde guardaba Hecht estas cintas?

—En el archivador del fondo, a la derecha.

—Esos archivadores estaban cerrados con llave.

—Habría podido abrirlos cualquiera. —Alzó un poco la voz—. A las diez y veinticinco de esta mañana estaban completamente vacíos... ¿Dónde están las cintas, señor Wine?

—No tengo la menor idea.

—Las ha de tener usted... a menos que se las haya entregado ya al jefe.

—¿Quién es el Jefe?

Santiago se me quedó mirando.

—No juguemos, señor Wine.

—Totalmente de acuerdo. Vamos a ser sinceros. Estaba trabajando para Hecht, para demostrar su inocencia en el asesinato de Deborah Frank. Volví al *bungalow* a hacerle unas preguntas y me lo encontré muerto. A los pocos minutos apareció su esposa, recién llegada de Nueva York, y llamé a la policía. No vi ninguna cinta. No sé nada de ninguna cinta. Se ha equivocado usted de hombre, conque haga el favor de irse de mi casa.

Sonrió y se volvió hacia Jacob.

—¿Qué opina su hijo?

Jacob me miró. Advertí que estaba deseando hablar. Simon se acurrucaba contra mi pecho, emitiendo unos ruiditos como los de Bambi. Aquellos hijos de puta sabían plantear las cosas del modo más ruin posible. Tenían años de experiencia.

—Oiga —respondí—, ¿y si sucedió de otra manera? ¿Y si Hecht fue asesinado? ¿Y si la persona que le mató se llevó las cintas?

—Entonces, ¿quién mató a Deborah Frank? No tiene sentido.

No supe qué responderle.

—Y si le asesinaron —prosiguió Santiago—, habría sido para vengar la muerte de la mujer. El asesino no habría sabido nada de las cintas. —Se puso en pie—. Señor Wine, nos está haciendo perder el tiempo... ¿Dónde están las cintas?

—No las tengo, señor Martín.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—¿Absolutamente?

Asentí.

Respiró hondo y suspiró. Luego, se volvió al del bigotillo, que ahora empuñaba una automática, y comenzó a parlotear en español. Pero el suyo era mucho más fácil de entender. Pude captar algunas palabras, como *muchachos* y *llevar*. Creo que pretendía que lo entendiera.

—Espere un momento, señor Martín... Intentaré localizar sus cintas. Intentaré encontrarlas para usted. Deme un poco de tiempo.

Sacó uno de sus puritos y lo encendió, haciendo surgir una llama en la punta al aspirar.

—Muy bien, señor Wine. Le daré tiempo. Cuarenta y ocho horas.

—Pero tendrá que decirme qué se supone que contienen.

Se echó a reír.

—Vamos, hombre.

—¿Cuántas cintas hay?

—Hay tres. Son casetes Memorex, con las fechas 3, 4 y 5 de mayo de 1970 escritas en tinta negra. —Hizo un gesto a los demás para indicar que estaba listo para irse—. *Adiós, chico* —le dijo a Jacob, alborotándole el cabello—. Tienes buenas manos y eres rápido... No lo olvide, señor Wine: cuarenta y ocho horas.

Cerró la puerta al salir.

Los cabrones, pensé. Los muy cabrones. Por entre las cortinas les vi marchar lentamente, primero el Lincoln, luego el T-Bird de Santiago. Cuando hubieron desaparecido, fui a telefonar para pedir un taxi. Pero no había línea. Lo habían desconectado.

10

—ERES UNA VIEJA LOCA. Setenta y seis años, y aquí parada bajo la lluvia. Te he estado buscando por todas partes. ¿Qué estás haciendo?

—¿No sabes leer? —Me señaló la pancarta que sostenía. Estaba en *yiddish*.

—Lo tengo un poco olvidado.

—Lo traduciré para las analfabetas generaciones jóvenes: LUCHAD CONTRA EL SEXISMO ENTRE LOS ORTODOXOS. ¡UN *MINYAN* QUIERE DECIR HOMBRES Y MUJERES! ¿Sabes qué es un *minyan*?

Asentí.

—Diez judíos.

—¿Sabes qué es el sexismo?

—Sí.

Me miró con aire dubitativo. Estábamos ante la sinagoga Beth David, un *shul* ortodoxo junto a la intersección de Fairfax y Olympic. Un encorvado judío hasídico pasó por nuestro lado. Sonya Levinson agitó orgullosamente su pancarta. El hombre la miró de mala manera y escupió en la calzada.

—¡*Shmendrik!* —siseó ella a sus espaldas.

Cuando estuvo fuera de la vista, tiré de ella para arrastrarla bajo el dintel de la sinagoga.

—Tía Sonya, tengo un problema... un problema muy grave. Unos *gusanos* cubanos quieren raptar a mis hijos.

—¡No! ¿Cómo puede ser eso?

—Es demasiado complicado de explicar. Ni siquiera yo mismo estoy seguro... Quiero que los cuides durante algún tiempo.

—Aquí no puede ser. Este lugar está infestado de cubanos... ¿Por qué no se lo pides a tu amiga mexicana?

—Se ha ido. —Hice un gesto vago; había algo de definitivo en mi voz—. Mira, tengo pensado otro lugar. Un lugar con buena seguridad... Necesitarás algo de dinero. —Saqué la cartera y conté ciento sesenta dólares, todo el efectivo que tenía en casa—. Si necesitas más, cobra un cheque. Ya te lo devolveré.

—¿Dónde están?

Señalé con la cabeza hacia un taxi detenido junto a la acera. Jacob tenía la cara pegada a la ventanilla trasera. Simon se había quedado dormido en el asiento de atrás, acurrucado en posición fetal, al lado de una maleta llena de camisetas nuevas, varios libros de Charlie Brown y una colección de insignias de Bruce Lee propiedad de Jacob.

—Jacob —le dije a través de la portezuela abierta—, no te olvides de terminar el libro de lectura. Y dile a Simon que avise a tía Sonya cada vez que tenga ganas de hacer caca.

Jacob asintió solemnemente y me hice a un lado para dejar pasar a Sonya.

—¿Adónde vamos? —preguntó, acomodándose al lado de los niños.

—A Disneylandia.

—¿Qué? No pienso...

—¡Hurra! —exclamó Jacob. Ya había imaginado que le gustaría ese escondite.

Cerré la puerta del taxi y me acerqué a la ventanilla del conductor.

—Llévelos a Disneylandia —le ordené, volviéndome a Sonya antes de que empezara a protestar—. Inscríbete en el hotel Disneylandia y quédate allí hasta que recibas noticias mías. Lleva a los niños al parque de atracciones, si quieres, pero no te alejes

mucho de los guardias de seguridad. Están por todas partes. Por eso os mando allí.

Besé a los dos niños, cerré la portezuela y di una palmada en la carrocería del taxi. El coche se puso en marcha. Entonces recordé que Sonya no llevaba nada de ropa para cambiarse. Pero daba lo mismo; de todos modos, siempre usaba el mismo pañolón para la cabeza. Y el mismo suéter raído. Era un regalo de Trotsky.

Eché a andar Fairfax arriba. Ya eran más de las ocho y tenía que alquilar un coche. Por el momento, el Jag podía quedarse donde estaba, otra chatarra abandonada en Topanga. Solo disponía de cuarenta y ocho horas, o cuarenta y siete, o cuarenta y seis y media, o las que fueran.

Encontré un Avis en un motel cerca de Berkeley, y perdí otros veinte minutos esperando a que me entregaran el coche. Era un Comet nuevecito, con cambio manual y una radio que chirriaba cada vez que tocaba el dial. Tardé cinco minutos en ponerme en marcha, porque olvidé que el motor no arrancaría hasta que me abrochara el cinturón de seguridad. Cuando empecé por fin a moverme, me dirigí al Chateau Marmont por el camino más corto.

Cuando llegué al *bungalow* de Hecht, los periodistas ya se habían ido, pero la banda de *reggae* de la puerta de al lado seguía sonando a todo volumen. ¿Qué era un suicidio para detenerles? Tenían un baterista capaz de tocar día y noche sin parar, y bastante hierba para poner ciego a todo el público de un festival de *rock*. Llamé a la puerta de Hecht. Nancy me abrió sin demora. Vestía un salto de cama amarillo, abotonado hasta el cuello, y llevaba un vaso de *brandy* en la mano. Tal y como me encontraba, lancé una mirada a sus ojos verdes y sentí el impulso de arrojarme sobre ella y hundir mi cabeza en su estómago. Pero pasé fríamente a su lado y seguí hasta la sala. Ella me siguió.

—¿Qué tal le ha ido? —pregunté.

—No muy bien... ¿Y a usted?

—Tampoco muy bien. Unos refugiados nos han presionado un poco a mis hijos y a mí.

Miré hacia el archivador. Uno de los cajones había sido forzado, no cabía duda: el cajón de abajo, a la derecha. Daba la impresión de que habían utilizado una palanqueta, haciendo fuerza desde abajo. Unas cuantas carpetas con impresos de la renta habían caído hacia la parte de atrás.

Nancy se acercó al escritorio.

—Ha sido esta mañana, mientras yo estaba en su casa —explicó—. Me he pasado la tarde tratando de localizarle, pero su teléfono no funcionaba.

—Sí, ya sé... ¿Ha avisado a la policía?

—No. ¿Por qué habría de decírselo? Solo liarían las cosas.

Estaba de acuerdo con ella, pero me resultó extraño oírlo en su boca. La miré unos instantes, y luego me serví una copa y le conté lo de los cubanos. Lo lamentó por los pequeños, pero no sabía nada de Santiago Martín ni de ninguna cinta.

—¿Cree que ellos pudieron matarle y llevarse las cintas? —preguntó—. Quizás pretendan utilizarle a usted como coartada.

—Todo es posible. No logro ver ninguna relación. ¿Le habló Jock alguna vez de un instituto, el Instituto de Liberación?

Meneó la cabeza.

—¿Y de la Liga? ¿La Liga para la Liberación Sexual?

—No.

Tomé un sorbo de mi copa y me dirigí hacia el escritorio. Nancy me observó con curiosidad mientras yo abría el cajón del fondo y sacaba el diario, hojeando nuevamente sus páginas. Una de las primeras anotaciones me llamó la atención:

Cualquiera de nosotros es capaz de tener relaciones sexuales con quien sea: hombre, mujer o bestia. La sabiduría convencional nos dice que debemos evitarlo, deformando nuestra naturaleza para salvaguardar la civilización. ¡Yo digo que eso es absurdo! Me tiraría un lagarto muerto, si eso me diera placer.

Reflexioné sobre la cuestión durante un segundo y seguí adelante, buscando alguna pista entre las diversas anotaciones. Ninguno de los nombres me parecía probable, pues todos correspondían a contactos comerciales normales para un escritor — editores, agentes, promotores— o se referían a filósofos muertos que no era muy probable que me ayudaran a resolver el caso. Estaba repasando otra vez la primera página cuando Nancy se acercó a mirar por encima de mi hombro. Sentí el roce de sus senos en mi espalda.

—¿Hay algo interesante?

—No, a menos que se sienta atraída por los lagartos.

—¿Le atraen a usted?

—Una vez comí carne de iguana, pero no me gustaría follar con una.

Me volví y la miré. Sonriendo, dejó el vaso vacío en la mesa y regresó al sofá.

—¿Lo ha probado alguna vez?

—No.

—En ese caso, no debería prejuizar la experiencia.

—Nunca me he encontrado con una iguana que estuviera de humor.

—A las iguanas hay que acercarse con cuidado... cogerlas por sorpresa.

Fui hacia ella. Estaba mirándome, con la cabeza ladeada y una mano reposando en el brazo del sofá. Fuera sonó un portazo. Se oían gritos y risas, y el conjunto de Dan Hick interpretando «Midnight at the Oasis» en un tocadiscos estereofónico. Extendí la mano y deslicé mis dedos sobre el sofá, rozando el dorso de la mano de Nancy. No se movió.

—Creo que se ha hecho una idea equivocada —comentó.

—¿Acerca de qué?

—Del matrimonio abierto... La cosa no es así. No me voy a la cama con todo el mundo por el mero hecho de ser libre de hacerlo.

—Nunca he creído que lo hiciera.

En aquel mismo instante irrumpió Gunther en el *bungalow*, seguido de una chica alta que vestía como Carmen Miranda y otros tres juerguistas de la fiesta de al lado. Llevaba la cabeza vendada a causa del golpe que había sufrido e iba empujando una bombona de óxido nitroso.

—¿Qué es esto? —preguntó muy lentamente. Se notaba que había estado inhalando gas—. ¿Un nuevo dúo para Joyce Haber? ¡La afligida viuda del escritor y el detective fumador de porros! —Se llevó el tubo de óxido nitroso a los labios y empezó a partirse de risa.

—Me alegra verte de nuevo, Gunther.

—Pues no es gracias a ti, tío. Me recogieron unos peludos con chaquetas de cuero y me dejaron en casa de Cindy justo a tiempo para el seminario sobre conciencia sensorial. Cuando terminó eso, me atendió la mar de bien.

Sonrió maliciosamente. Un petimetre flacucho con camisa de lentejuelas y el pelo teñido de color naranja hizo ademán de arrebatarse la boquilla, pero Gunther se resistió y, abriendo la válvula con una llave de plata, se sirvió una generosa dosis. Los demás le rodearon ominosamente. El gas le vuelve a uno codicioso, pero una buena descarga no me hubiera venido nada mal.

—Quería que dirigiera un baño colectivo. ¿Te imaginas? —prosiguió, cuando se hubo serenado un poco—. Pero tuve que negarme, tío. Plazos de entrega. Hemos de mandar el texto por el alambre que habla antes del miércoles por la noche, y no puedo confiar en que un sabueso con el cerebro estropeado por el ácido resuelva el caso por mí. ¡Si ni siquiera es capaz de encontrar a la jodida Meiko!

—No existe ninguna Meiko.

—¿Quién lo dice?

—Hecht llamaba Meiko a todas las chicas.

—¿Te apuestas algo? —Gunther se volvió a uno de los juerguistas, un tipo de cabellos rizados y algo canosos que, con sus tejanos descoloridos y su camiseta de la Twentieth Century Fox,

trataba de parecer un moderno de Beverly Hills—. Este hombre, Sal Gruskow, lo sabe todo acerca de Meiko. Fue la estrella de una de sus películas.

—La estrella, no —protestó Gruskow. Hablaba como un disco de 78 revoluciones sonando a 33 y 1/3—. Solamente una chica que se follaban en alguna escena. Era una película de horror y kung-fu, titulada *Las sanguijuelas del doctor Wu*.

—¿Seguro que hablamos de la misma chica? —le pregunté.

—Seguro que estoy seguro. Meiko. La que trabaja en el Frontisterio Sexual Kama Sutra.

—Entonces, Rhonda mintió.

—¿Qué?

—No importa.

—Bueno, pues ella trabaja allí y allí es donde la descubrí.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Ahora está haciendo otra película para mí, *La brigada de los bergantes*. Es una película sobre la explotación de los negros, ambientada en la guerra de Secesión. Una especie de versión frívola de *Lo que el viento se llevó*.

—¿Dónde está ahora?

—Bueno, no empezaremos a filmar exteriores hasta el miércoles. Mañana estará todavía en el Frontisterio. Pero si no la encuentras allí, llámame al estudio y veré lo que puedo hacer.

Embutió los dedos en el bolsillo de los cedidos tejanos y extrajo su tarjeta. Me la guardé en la camisa y me volví en busca de Nancy. No estaba en la sala. Tampoco en la cocina. Iba a subir al piso de arriba cuando Gunther se lanzó a través de la habitación y arrebató el óxido nitroso de las manos de Gruskow.

—¡De puerta a puerta! —gritó, encorvándose sobre la bombona y echando a correr por el *bungalow* como un jugador de fútbol americano en dirección a la línea de gol contraria. Los demás le persiguieron como defensas, tratando de atajarle en el último momento con un placaje a los tobillos. Por dos veces cruzaron la sala antes de que el escritor tropezara con la mesita de café,

derribándola en su caída. Los demás le rodearon, pero se incorporó de un salto, amagó hacia la derecha y se arrojó a través de la puerta del cuarto de baño, cerrándola a sus espaldas. Le oímos sorber de la boquilla y reír histéricamente en el interior. Sonaba como una excursión al lago Loon a medianoche.

Los juerguistas, desalentados, comenzaron a ir pasando a su *bungalow*. Consulté mi reloj. Eran las nueve cuarenta y cinco. Eché un último vistazo a la planta baja y subí al piso de arriba. Encontré a Nancy en el dormitorio. Estaba echada sobre la cama, sollozando con la cabeza hundida en la almohada. Hice ademán de retirarme.

—No, está bien —me dijo, sentándose en el borde de la cama.

—¿Qué le ocurre?

—Nada.

—¿Nada?

—¡Estoy perfectamente!

—No es cierto. Estaba llorando.

Se encogió de hombros.

—¿Usted no llora nunca?

—¿Es por Jock?

—No lo sé. Por todo.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Oiga, yo procuro contárselo todo. Debería usted sincerarse conmigo.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó.

En la planta baja sonó un estrépito seguido de una serie de risitas agudas que me recordaron al parloteo de los monos jóvenes.

—Será mejor que le saquemos de aquí —observé.

Nancy asintió y sacó una llave que guardaba tras la cabecera de la cama. Bajamos los dos y ella abrió la cerradura del cuarto de baño. Gunther estaba durmiendo en el suelo, con una hermosa sonrisa dibujada en el rostro.

Cuando abrió los ojos, le ayudé a incorporarse y le saqué a la calle. Luego me volví a Nancy, que se apoyaba en una jamba.

—¿Qué está tratando de decirme? —preguntó, mirándome fijamente. El letrero de neón del Marmont proyectaba un resplandor anaranjado sobre su cara.

—Es acerca del matrimonio abierto. ¿Y si uno de los dos se encapricha con algún compañero o compañera de juegos? ¿No crea eso problemas?

—Hay que vigilar que no ocurra. —Esperó un instante y retrocedió hacia el interior—. Buenas noches —se despidió, y cerró la puerta.

Pasé ante el *bungalow* de la fiesta. La banda de *reggae* estaba tomándose un descanso. Una mujer rubia vomitaba sobre los peldaños de la entrada, mientras uno de los músicos le daba palmaditas en la espalda.

Entré en el coche y me dirigí hacia mi casa por Hollywood Boulevard, contemplando el incesante desfile de la vida nocturna de la ciudad. Era un espectáculo deprimente. Incluso bajo la lluvia, las calles estaban repletas de putas vestidas de cuero, travestís de catorce años y homosexuales negros de un metro ochenta con boas de plumas y medias doradas llenas de carreras. Toda la sociedad se había vuelto decadente, pero sin estilo: una república de Weimar sin cabarés ni un George Grosz que la dibujara.

Conduje bajo la lluvia, deprimido y lleno de aprensión. Esperaba que Gruskow me hubiera dado una buena pista para encontrar a Meiko. Era indudable que la necesitaba.

Aparqué el coche en el camino de entrada y anduve hasta la puerta delantera. Las luces estaban apagadas mientras buscaba la llave bajo la maceta de plástico. En el interior, la casa estaba desierta y silenciosa, como solía estarlo antes de que Suzanne se fuera del país y dejara a los niños conmigo. Aquel silencio me puso nervioso. Pensé en mis hijos en el hotel Disneylandia y comencé a sentirme paranoico. ¿Y si aquellos cabrones cubanos ya habían averiguado dónde se ocultaban y habían irrumpido en su habitación, y les retenían a punta de pistola? ¿Qué clase de padre era yo que me quedaba en Echo Park, a setenta kilómetros de distancia, y

delegaba toda la responsabilidad en Sonya? Aunque se hubiera enfrentado a los dragones del zar en la escalinata del Palacio de Invierno cuando solo contaba catorce años; aunque hubiera escapado de un campo de trabajo estalinista y cruzado Siberia con los pies descalzos para unirse a la resistencia yugoslava; aunque... lo cierto era que tenía ya setenta y seis años. Setenta y seis años y una estancia reciente en el hospital de Cedars-Sinai para tratarse una pleuresía.

Me senté en la cama y encendí un canuto para centrarme un poco. Al día siguiente tenía un trabajo que hacer. Di unas cuantas caladas y lo apagué antes de terminarlo. Me deslicé bajo las sábanas y traté de masturbarme, pero no pude. Estaba demasiado nervioso, tenía la mente demasiado dispersa. Pensé en algunas mujeres que conocía —en Alora, incluso en Suzanne—, pero no sirvió de nada. Entonces me vino al pensamiento Nancy Hecht. La pálida y semiliberada Nancy. Nancy, la profesora. Nancy la hermosa.

Después de eso dormí bien.

A la mañana siguiente, a las diez, aparqué en una calle lateral pasado el Frontisterio Sexual Kama Sutra. Me había detenido por el camino para hacer efectivo un cheque y todavía era temprano, pero el salón de masajes no parecía atraer demasiados clientes. Esperé cinco minutos, observando el edificio. Un cartel en el escaparate me anunció que habían añadido una nueva especialidad a la lista de servicios: el masaje mitad y mitad. «Tú me das masajes mientras yo te doy masaje. Cada uno aprende del otro. 35 dólares la media hora». Por lo menos no habían subido los precios.

Un individuo panzudo con pinta de ejecutivo detuvo su Toyota ante la puerta, echó una rápida ojeada al lugar y cambió de idea. Toda una demostración de buen gusto. Cuando se perdió de vista, salí de mi automóvil y rodeé el establecimiento para ir a la parte de atrás. Quería encontrar una puerta trasera y, a ser posible, entrar sin que me viese Rhonda para buscar discretamente a Meiko por las habitaciones.

No había ninguna puerta que diera a la calle, pero sí una trampa que conducía al sótano del Frontisterio. Me colé por allí y crucé varios cuartos llenos de descoloridos carteles de viajes y anticuados folletos que anunciaban excursiones de grupo a Nicaragua y Guatemala, hasta que di con una escalera de servicio. Pero no conducía a ninguna parte. Volví sobre mis pasos y llegué a una cocina abandonada; abrí la puerta de vaivén y entré. Era evidente que hacía tiempo que no se utilizaba. Había unos fogones decrépitos y, junto a una nevera de hielo, la portilla de un montaplatos. Metí la cabeza en el montaplatos. La plataforma había desaparecido, pero aún quedaba la cuerda, y el hueco hasta el piso de arriba parecía despejado y libre de obstáculos.

La portilla superior estaba cerrada. Era una hoja de conglomerado barato, y traté de forzarla sin demasiada violencia para evitar cualquier ruido. Pero me resbaló el puño, destrocé el conglomerado y la puerta cayó al suelo estrepitosamente. Creí que me descubrirían nada más asomar la cabeza por la abertura, pero el infierno ya se había desatado. Con un ensordecedor aullido de sirenas que se filtraba por todas las ventanas, cinco coches patrulla convergieron ante el Frontisterio, seguidos de un furgón celular, un pelotón de antidisturbios, dos unidades móviles de la televisión local y una limusina Eldorado negra que ostentaba el banderín del estado. Era la mayor redada contra el vicio que jamás había visto, una exageración increíble, como utilizar todo el ejército chino para tomar Pasadena del Sur. Y los únicos que salieron del edificio fueron tres aterrorizadas masajistas en *topless* y un jovencito de piel escamosa y con una toalla arrollada a la cintura que no podía tener más de diecinueve años.

Descendí rápidamente por el montaplatos, salí a la calle y rodeé el edificio hacia la parte delantera para contemplar el espectáculo. Los polis ya habían salido de sus coches y seguían las órdenes de Koontz, que estaba pasando un mal rato con Rhonda.

—¡Vamos, sargento! ¿Por qué se meten con nosotros? ¡Somos el negocio más pequeño de la calle!

—Tranquila, hermana, que ya hace seis meses que les tocaba una redada.

—¿Y la Liga? ¿Por qué no van a las casas de la Liga? ¡Ellos hacen lo mismo que nosotros!

—No se excite, señora. Sabemos lo que hacemos. La Liga viene a continuación. La tenemos en la lista. —Agitó la tablilla con sujetapapeles que llevaba en la mano.

—¡Y una mierda! ¡No lo creeré hasta que lo vea!

Un cámara de la KNXT se arrodilló en la acera para tomar un primer plano de Rhonda haciéndole una pedorreta a Koontz, al tiempo que unos cuantos peces gordos con trajes grises y zapatos blancos salían del Eldorado y se colocaban justo enfrente de las cámaras. Reconocí a Phil Warren, del Consejo de Inspección, al fiscal municipal Bart Lipsky y nada menos que al fiscal general del estado de California, Frank Dichter en persona. Dichter era un hombre alto y robusto, con el cabello rubio grisáceo que solo en los últimos tiempos se había dejado crecer más que si fuera un corte a cepillo. Me sorprendió que se hubiera tomado la molestia de desplazarse hasta allí, pero todo el mundo sabía que Dichter le tenía echado el ojo a la mansión del gobernador, en Sacramento, y aquella era la clase de publicidad que sin duda le vendría bien.

Con el ceño fruncido, para que lo vieran los posibles votantes, contempló cómo las chicas eran conducidas al furgón celular. Examiné sus rostros esperando descubrir alguna oriental, pero fue en vano. No había ninguna Meiko. A mi derecha, el chico de la piel escamosa exponía una rápida defensa, discutiendo con un policía sin dejar de sujetar resueltamente la toalla. Vi cómo se retorció mientras Koontz y otro de los policías se abrían paso entre la muchedumbre en dirección al fiscal general, tras el cual se apiñaban como moscas los agentes de relaciones públicas.

—Pueden llamarme anticuado si quieren —comenzó Dichter, volviéndose hacía los periodistas para dar una improvisada rueda de prensa—, pero el problema de este estado es que nos hemos vuelto demasiado blandos en las cuestiones sexuales. No me refiero a lo

que sucede entre personas adultas por mutuo acuerdo y en la intimidad de sus domicilios. Estamos en 1974 y eso es asunto de ellos. Pero esta flagrante exhibición pública, esta evidente prostitución disfrazada de terapia física corrompe las mentes de nuestros hijos y debilita la voluntad pública de sacar adelante el país en una época de graves crisis internacionales. Todo esto ha de acabarse. Hemos sido en verdad negligentes al no haberlo extirpado hace ya años.

Un ayudante con un suéter tipo Gatsby dio un paso al frente.

—¿Alguno de ustedes, señoras y caballeros, desea preguntar algo al fiscal general?

Se alzaron varias manos. Dichter señaló a una mujer bien vestida con un corte de pelo a lo caniche.

—Lynn Lipman, de la KNBC. Me gustaría preguntarle al fiscal general si no cree que puede ser peligroso el trazar una línea tan fina entre cerrar esta clase de establecimientos y atentar contra las libertades individuales.

—Buena pregunta, señorita. Hemos reflexionado mucho sobre este problema, y un portavoz de mi oficina dará a conocer próximamente nuestras conclusiones.

Señaló hacia otra mano.

—Pete DeBretteville, del *Citizen News* de Hollywood. Me gustaría saber si han previsto alguna acción contra *Garganta profunda*.

—Temo que estas decisiones están en manos de sus autoridades locales. —Dichter volvió la cabeza y sonrió gélidamente en dirección al fiscal municipal—. Pero, si desean conocer mi opinión, les diré que no soy partidario de hacer las cosas a medias.

Alcé mi mano.

—Bill Mays, del *Tribune* de Glendale. Nuestras fuentes aseguran que existe cierta resistencia a investigar los salones de masaje que pertenecen a la Liga.

—¿La Liga?

—Sí. ¿Desea hacer algún comentario al respecto?

—No sé de qué me está usted hablando.

—La Liga para la Liberación Sexual. Controlan la mayor red de salones de masajes del oeste de Hollywood.

—No estoy al corriente de las compañías que controlan esta clase de establecimientos. Todos recibirán el mismo trato.

—Bueno, nuestras fuentes indican que es posible que se esté preparando una operación de encubrimiento.

—¿Una operación de encubrimiento? —Vaciló un instante—. Bien, en tal caso, habrá que examinar a fondo este asunto. ¿Para qué periódico ha dicho que trabajaba?

—El *Tribune* de Glendale.

Dichter se volvió a su ayudante y le susurró algo.

—No es del *Tribune* de Glendale —dijo una voz a mis espaldas—. Se llama Moses Wine y es detective.

Koontz me había quitado el disfraz.

Di un paso atrás. Dichter apretó los dientes y sonrió fatuamente a los demás.

—Vaya, vaya. Hemos alcanzado un nuevo nivel en el periodismo de investigación. Ahora los detectives privados interrogan a los funcionarios públicos en las ruedas de prensa. Espero que esto no provoque ninguna reacción. —Se volvió a Koontz—. ¿Cuál es la siguiente parada de nuestro itinerario, sargento?

Koontz señaló calle arriba.

—La Cafetería Sexual.

—Pues vamos allá —ordenó Dichter, encabezando su cortejo en la dirección que Koontz acababa de indicarle—. Puede que sean miembros de esa Liga. —Me dirigió una mirada de fría rabia y echó a andar.

Koontz me cogió del brazo.

—A ver si mete un poco de seso en su cabezota de rojillo, Winegold... Todo es de la Liga. —Hizo un ademán que abarcó toda la hilera de salones de masajes—. Lo que no está en la Liga, no existe.

Siguió a Dichter. Yo me entretuve unos instantes en la acera, contemplándole. Un par de policías estaban sacando a la calle las cosas del Frontisterio: unos cuantos almohadones morados, sartas de cuentas, botellas de ungüentos, una cama de agua desinflada. Otro desmontaba el anuncio de la fachada, la nauseabunda versión de la Venus de Botticelli, dejando al descubierto un viejo rótulo de una agencia de viajes. El nombre, «Viajes Miami» en llameantes caracteres, me sorprendió, pero no tanto como el nombre del director que aparecía debajo en letras pequeñas: Santiago Martín.

LAS ONCE Y MEDIA. Solo me quedaban unas treinta horas antes de tener que enfrentarme con Santiago, y todo lo que sabía era prácticamente nada; por lo menos, nada que tuviera sentido. Nada sobre Meiko. Nada sobre las cintas. Nada sobre el asesinato de Hecht. Nada sobre Deborah Frank. Iba zumbando por Olympic en dirección oeste y casi sin gasolina. Pensé en detenerme a repostar pero las colas eran largas, conque lo dejé estar y seguí adelante, pasando por la avenida de las Estrellas y girando a la derecha en el solar de la Fox.

El nombre de Gruskow me permitió cruzar la verja. Conduje lentamente a través de los decorados de *Hello, Dolly*, con su falsa fachada victoriana irguiéndose ante los edificios de cristal de Century City. Encontré el despacho del productor tras la antiséptica plaza en la que años atrás habían filmado *Peyton Place*. Cuando llegué, Gruskow estaba en mitad de una reunión sobre el guión.

—Muy bien, espléndido —comentó, invitándome a entrar con un gesto—. Ahora podremos resolverlo. Tenemos aquí a todo un experto.

Pasé ante la recepcionista y entré en el despacho. Estaba decorado a la moda, con un escritorio de metacrilato y una zona de conversación provista de una butaca y un sofá de aluminio bajo una litografía de Ed Ruscha. Gruskow estaba reunido con Lars Gundersen, un director sueco de mediana edad, y Matt Zimmerman,

un chico que aparentaba veintidós años y que me fue presentado como el guionista.

—La situación es esta —explicó Gruskow—: Lars me escribe desde Suecia y me dice, Sal, ha llegado el momento de que yo haga una película en los Estados Unidos, y quiero hacerla contigo. Estupendo, pienso yo, y le llamo al momento a su villa de Malmö, de persona a persona. ¿Qué quieres hacer, Lars?, le pregunto. Una película de gánsteres, dice, como las que hacíais en los años cuarenta, algo como *El último refugio*. Estupendo, le digo, tengo justo el guionista que necesitas. —Se volvieron los dos hacia Zimmerman, que parecía un poco incómodo—. Muy bien, me dice, vamos allá. Así que la Fox pone el dinero y se trae a Lars en avión y aquí nos tienes. El problema es que no sabemos qué aire darle.

La recepcionista asomó la cabeza por la puerta.

—Bart Cohen al teléfono.

—No me pases ninguna llamada, Florence... O sea que esta es la situación. Estamos aquí para hacer una película de gánsteres, pero no tenemos ningún argumento.

—Ya se ha hecho todo —añadió Gundersen—. Vuestra policía, vuestros drogadictos, vuestro Manson y esos *hippies*...

—¿Se te ocurre algún ángulo nuevo? —preguntó Gruskow—. Tú eres detective.

—He venido en busca de Meiko.

—¿Meiko? ¡Acabas de pronunciar una palabra soez!

—No estaba en el Frontisterio.

—¿Y a mí me lo dices? Llevamos toda la mañana buscándola. Ha variado el programa de filmación de *La brigada*. Florence ha encontrado su dirección particular en la oficina comercial. La patrona de Meiko dice que no la ha visto desde el viernes. Es un desastre. Vamos a tener que filmar de nuevo el trabajo de dos días.

Era todo lo que necesitaba saber. Consulté mi reloj. Las once cincuenta y cinco. El tiempo se agotaba minuto a minuto.

Gruskow me miró fijamente.

—Vamos, Wine. Pórtate como un *mensch*. Estoy seguro de que has conocido a tipos muy extraños.

—Tenía la idea de un enfoque existencial de la Mafia —dijo Gundersen—, pero...

—Pero ¿cuántas películas de la Mafia se pueden hacer en un año? —concluyó Gruskow, con impaciencia.

—¿Qué tal algo sobre los gánsteres judíos? —propuse—. Seguro que ya les toca un rapapolvo.

—Oye, eso me gusta —saltó Zimmerman.

—Oh, Dios mío, no —protestó el productor—. El estudio jamás lo aceptaría.

—¿Por qué no?

—Sé cómo piensan. Esta es una industria judía. No atacarán a su propia gente. Además, algunos de los antiguos jefes del estudio estaban emparentados con los gánsteres. ¿Cómo crees que se hicieron con la distribución? Era *mishpocheh*.

—¿Quieres decir como Bugsy Siegel? —inquirió Zimmerman, con ojos como platos.

—Sí, sí. Arnold Rothstein, Meyer Lansky, toda la *Kosher Nostra*.

—¿Quién más? —quise saber.

—Oh, ya sabes...

—¿Meyer Greenglass? —sugerí.

—Sí. Ese.

—¿Con quién estaba emparentado?

—Oh, Dios mío... no me acuerdo. —Gruskow chasqueó los dedos en el aire.

—¿Max Frank?

—Sí, eso es... El viejo Maxie Frank, de Allied Studios. Greenglass se casó con su hermana Lotte allá por el año... ¡Oye! ¿Adónde vas?

—A la cárcel —respondí, saliendo a toda prisa.

12

DE MODO QUE Meyer Greenglass era tío de Debbie Frank. Bueno, si un hombre como Greenglass creía que Hecht había matado a su sobrina, le haría eliminar en un segundo. Todo encajaba. O casi, si dejaba de lado a los cubanos, las cintas y la Liga para la Liberación Sexual. Desde luego, Greenglass hubiera podido tener contactos en Cuba antes de la llegada de Castro. Alguna operación marginal en los casinos. Quizá las cintas volviesen a poner aquella historia en primer plano. Y en cuanto a la liberación sexual, estoy seguro de que Meyer no era ningún puritano, sobre todo si había dinero de por medio. Pero ¿por qué los cubanos iban en busca de las cintas? ¿Y dónde coño estaba Meiko?

Aceleré por la autopista de Harbor en dirección a Terminal Island, con un ojo clavado en el velocímetro y otro en el nivel de la gasolina. El primer indicador se movía erráticamente, y el segundo se mantenía cerca del cero, cada vez más bajo. Muy pronto tendría que echarle saliva para que siguiera funcionando. Levanté el pie del pedal y aproveché la bajada para rodar en punto muerto; luego, volví a acelerar en el último tramo entre la fábrica de atún en conserva y la prisión federal. Llegué ante la puerta a la una y veinte.

Greenglass no quiso recibirme. No era un buen momento. Estaba haciéndose su chequeo semestral en la enfermería de la cárcel, y luego dormía la siesta. Pregunté cuándo sería un buen momento, por mediación del mismo funcionario que nos había

acompañado en la primera visita. Esta vez ni se molestó en contestar.

Tomé asiento y le escribí una nota:

Estimado Meyer:

Puesto que no fue usted completamente franco conmigo con respecto a su parentesco con Deborah Frank, no puedo por menos que sospechar de una posible complicidad suya en la muerte de Jock Hecht. Nuevas investigaciones me hacen suponer que un grupo de refugiados cubanos y un holding denominado Liga para la Liberación Sexual están involucrados en este caso, así como ciertas cintas desaparecidas del archivo de Hecht. Si no recibo ningún comentario ni explicación sobre su papel en todo esto en el plazo de las próximas doce horas, me veré obligado a informar a la policía. Podrá encontrarme en casa (380-0466) o en el bungalow de Nancy Hecht en el Chateau Marmont.

*Atentamente,
Moses Wine*

Metí la nota en un sobre, lo cerré cuidadosamente y se lo entregué al funcionario. Después, salí de la prisión y me puse en la cola de la primera gasolinera que encontré, paré el motor y me metí en una cabina para telefonar al hotel Disneylandia.

—Soy Moses, *tante* Sonya. ¿Qué tal van las cosas?

—Las cosas van bien, excepto que los niños te echan muchísimo de menos, Moses. Anoche, Jacob se despertó y se quedó viendo la tele conmigo. *Sombrero de copa*, de Fred Astaire. Se la sabe de memoria, y me costó tres horas conseguir que se volviera a dormir.

—¿Y Simon?

—Bien. Está aporreando un piano. El hotel estaba al completo, y nos han metido en la *suite* del ático. Hay un piano de cola pintado de blanco.

—Maravilloso. ¿Qué tal la seguridad?

—Bueno, ahí está la pega...

—Espera un momento. —Dejé el auricular colgando y corrí a mi coche y lo hice avanzar unos cuantos centímetros en la cola del surtidor—. Ahora, dime ¿qué tal la seguridad?

—Iba a decírtelo. En esta *suite* no hay pasillo. El ascensor conduce directamente a la sala de estar. Podrían subir sin ser vistos por los guardias.

—Cambia de habitación.

—Lo estoy intentando... Además, hoy, mientras estábamos en Disneylandia, un tipo extraño nos ha seguido a las atracciones. Al menos, me ha parecido que nos seguía. Puede que fuera un cubano. No lo sé.

—¿Qué ha pasado?

Una mujer que conducía un Dodge hizo sonar la bocina para que volviera a mover mi coche.

—Nada. No ha pasado nada.

—No te preocupes —dije yo, rechinando los dientes—. Quizá fuera uno de esos sexistas que trataba de ligar contigo.

—Muy gracioso. —La mujer del Dodge seguía pegando bocinazos, y un furibundo empleado de la gasolinera avanzaba en mi dirección—. ¿Quieres hablar con los niños?

—No puedo. Además, solo conseguiríamos ponernos más tristes todos... Me mantendré en contacto. —Colgué, abrumado de culpabilidad.

Llené el depósito y emprendí el regreso hacia el Marmont. La lluvia, que persistía desde hacía dos días, dejaba una fina capa traslúcida sobre el asfalto... y un reguero de accidentes. Los conductores de Los Ángeles eran pésimos en tiempo de lluvia; no estaban acostumbrados a ella. Cuando llovía, conducían como locos, derrapando y patinando en todas las curvas. No era un día para correr riesgos. Una avalancha de lodo ya había bloqueado la autopista de Foothill a la altura de Sylmar.

Para cuando llegué al Marmont, la lluvia había enfriado incluso la fiesta *reggae*. El último de los juerguistas estaba de pie en el

umbral, echándole una bronca al botones por una gotera en la cocina. En el *bungalow* de Nancy también había una gotera, o no tardaría en haberla. Cuando entré, en el techo de la sala de dos pisos se extendía una gran mancha grisácea de mohosa humedad.

—Dentro de un minuto, aquí va a haber una catarata —observé, yendo hacia la cocina en busca de algunos cacharros.

—Parece que por aquí no construyen para que dure —respondió ella.

—Es una tradición moruna. Los españoles la trajeron con ellos a California. Los moros pensaban que si se construía como si no fuera a llover nunca, no llovería nunca.

—¿Y qué pensaban de los terremotos?

Me contempló un instante. Era evidente que no tenía ningún interés por la respuesta.

—¿Alguna novedad? —preguntó, después de que hube colocado tres cazos y una taza de café en los puntos estratégicos.

—Sí. Algo sorprendente: he averiguado que Meyer Greenglass era tío de Deborah Frank.

La cara se le puso blanca, y se dejó caer en una butaca.

—¿Qué le ocurre?

—Nada... ¿Qué significa eso?

—Que tenía una magnífica razón para liquidar a Jock, mucho mejor que aquella tontería de las tarjetas de crédito. Y es la clase de hombre que lo haría sin pensárselo dos veces. Todavía quedan muchas piezas que no encajan, como las cintas, los cubanos y la Liga, pero ya lo arreglaremos. Le he dejado un mensaje a Greenglass para que me llame antes de doce horas si no quiere que avise a la policía. Supongo que no tardaremos en tener noticias tuyas.

—¿De veras lo cree?

Sonó el teléfono. Miré a Nancy con una complacida sonrisa en el rostro. Ella descolgó el auricular.

—Hola, *bungalow* cinco... Nancy Hecht al aparato. —Se volvió a mí—. Es para usted.

—¿Es Greenglass?

—Es una mujer.

Me encogí de hombros y, mientras me acercaba al teléfono, aproveché para situar de un puntapié uno de los cazos bajo la primera gota de agua.

—Aquí Moses Wine.

—Hola, Moses. Soy Cynthia Hardwick.

—Hola, doctora Hardwick. ¿Se encuentra bien? Su voz suena como aturdida.

—Puede ser... Acabo de recobrar el conocimiento ahora mismo. Ha habido problemas.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba en mi despacho, en el Instituto, cuando he oído que alguien estaba utilizando la trituradora de papel. He salido a ver quién era y me han golpeado en la cabeza. Creo que me he desmayado.

—¿Dónde está ahora su atacante?

—No lo sé.

—¿Sigue usted ahí?

—Ajá.

—Voy ahora mismo.

Colgué y me dirigía ya hacia la puerta cuando vi que Nancy estaba poniéndose el sarape.

—Voy con usted —anunció.

Me siguió hasta el coche, al otro lado de la piscina. Puse el motor en marcha y conduje hacia Laurel Canyon, tomando la autopista de Ventura en dirección a Topanga. Estaba lloviendo a cántaros; justo delante de nosotros, una camioneta VW patinó y dio una coleccionada. Las nubes eran tan densas que ni siquiera se veían los anuncios de McDonald's en Victory Boulevard.

Tomé el desvío de Topanga y aceleré más de lo que era prudente hacia el extremo norte del cañón. Había muy poco tránsito, e íbamos haciendo un buen promedio cuando nos vimos obligados a detenernos en el borde superior, donde la policía había puesto una

barrera que cortaba el acceso de automóviles al interior del cañón. Un oficial de la patrulla de carreteras, cubierto con un impermeable amarillo y una gorra con funda de plástico, echó a andar hacia nosotros.

—Lo siento, señores, no se puede pasar. Es zona de desprendimientos.

—¿Cómo?

—Solo pueden pasar los residentes del cañón.

—Somos residentes del cañón —le aseguré.

—¿Puede enseñarme algún documento que lo demuestre?

Vacilé.

—Somos visitantes de largo plazo y residimos en el Instituto de Liberación.

Me lanzó una mirada muy suspicaz.

—¿Ha oído hablar del Instituto?

—Sí. —Lo dijo como si estuviésemos hablando de una colonia para leprosos.

—Solo venimos a pasar una semana de vez en cuando.

—¡Aun así, tienen que demostrármelo!

—¿Es realmente necesario? —Nancy esbozó la mejor de sus sonrisas.

—¿Y qué me dice de ese tipo? —Señalé el automóvil que venía justo detrás de nosotros.

El oficial se volvió y yo di un golpe de volante, desviándome a la derecha para sortear la barrera. En menos de un segundo habíamos pasado la curva y corríamos carretera abajo. Ya no había forma de que nos alcanzaran hasta que llegáramos al otro extremo.

Pronto nos encontramos en el centro comercial. Giré por Fernwood hacia arriba, rumbo al desvío de la parte superior. Vi el indicador y me interné por la oscura carretera; los grandes robles y las nubes de tormenta cerraban el paso a la escasa luz crepuscular que aún quedaba. A mi derecha, el torrente bajaba crecido. Casi parecía un rápido del Colorado. Al otro lado se abría una barranca cortada a pico, a pocos metros de mi viejo Jag atascado en la

cuneta más allá del rancho desierto. Seguimos adelante sin ningún incidente hasta llegar a la puerta del Instituto.

El Instituto de Liberación estaba señalado por un gran tablón de madera sobre una cerca de cadenas. El camino de acceso era más amplio que la propia carretera y serpenteaba por entre una piscina, vanas pistas de tenis y lo que parecían ser las residencias de los huéspedes, cruzando luego un espacioso jardín de césped hasta el edificio principal, en lo más alto. Se trataba de un edificio imponente construido en un improbable estilo tirolés, con un tejado de ripias oscuras y anchos aleros saledizos. Los alrededores de la casa estaban muy bien cuidados, con macizos de azaleas, delfinios y setos meticulosamente recortados. En conjunto, el lugar me hizo pensar en un sanatorio suizo para pacientes ricos.

Rodeamos el edificio hacia la zona de aparcamiento, situada a un lado, y salimos del coche. El aparcamiento estaba lleno de automóviles de lujo: Mercedes, Lincolns, Cadillacs y Maseratis. Los senderos estaban pavimentados en mármol y la puerta principal era de bronce, con un friso que representaba a una pareja desnuda en la postura del misionero. Había que ser muy opulento para ir a liberarse a un sitio como ese. Pulsamos el timbre y se abrió una mirilla en el pecho izquierdo de la mujer esculpida en la puerta.

—¿Quién es? —Era una voz de hombre.

—Soy Moses Wine. He venido a ver a la doctora Hardwick.

—Un momento, por favor.

El pecho volvió a cerrarse. Esperamos unos instantes hasta que la puerta se abrió y apareció un individuo desnudo de unos treinta y tantos años, con una barriga ligeramente prominente y un corte de pelo de salón de caballeros de La Ciénaga. En el mundo exterior, hubiera podido ser un agente de relaciones públicas o un ejecutivo publicitario. A sus espaldas había varias parejas sentadas sobre una alfombra persa en el suelo de la sala, acariciándose mutuamente junto al crepitante hogar.

—Hola; me llamo Charlie —anunció cuando entramos, ofreciéndonos su mano—. Soy uno de los acomodadores... Tendrán

que quitarse la ropa. Norma de la casa.

Nos indicó un vestidor que carecía de puerta. Pasé delante de Nancy y comencé a desvestirme. Ella se quedó junto a la entrada, sin saber muy bien qué hacer.

—Ya debería estar acostumbrada a esto —comenté.

Ella farfulló algo y se volvió de espaldas, mirando hacia una estantería cubierta de voluminosos tratados de sexología de autores como Havelock Ellis y Wilhelm Reich. Se acercó a ella y comenzó a manosear los libros, retirando uno de ellos y devolviéndolo a su lugar. Luego, tomó asiento y empezó a hojear algunas de las revistas del estante inferior.

—Ha sido usted quien ha querido venir, ¿no?

Asintió y se dirigió hacia una pared lateral, desnudándose lentamente de espaldas a mí. La contemplé por el rabillo del ojo. Eso no estaba bien, ya lo sabía. En un sitio como aquel, se suponía que uno debía aceptar la desnudez sin darle importancia. Pero de todos modos seguí mirando. Sin darle importancia. Supuse que todos los demás también lo hacían.

Nancy se quitó la blusa y, acto seguido, se inclinó y se quitó las bragas. Vista desde atrás estaba muy bien, con un trasero firme y maduro y unos muslos delgados. Tenía una marca de nacimiento de color marrón claro justo en mitad del cóccix. La oí respirar hondo antes de volverse. Por delante no desmerecía en nada.

—Pueden guardar aquí sus cosas —dijo Charlie, tendiéndonos un par de bolsas de muselina serigrafiadas con el símbolo de la ecología de R. Cobb. Metí la cartera y las llaves en una de ellas y me la colgué del hombro. En un cuarto lejano sonó un gong.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Charlie.

—Yoga tántrico. Los participantes se sientan en la posición del loto mirándose a los ojos y dándose golosinas uno a otro hasta que se sienten poseídos por el deseo de hacer el amor.

Me volví a Nancy. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. No logré decidir si lo hacía por pudor o para evitar que sus senos se bambolearan.

Charlie nos condujo por un corredor que pasaba ante varias salas de seminarios y un tablón de anuncios donde figuraban las actividades del Instituto —una conferencia sobre perversiones polimorfas seguida de una sesión de *jacuzzi* antes de la cena— y nos dejó ante el despacho del final. Una placa en relieve rezaba:

INSTITUTO DE LIBERACIÓN
UNA COMPAÑÍA SUBSIDIARIA DE
LA LIGA PARA LA LIBERACIÓN SEXUAL DE AMÉRICA

Abrí la puerta. Cindy estaba tendida en un sofá, sosteniendo una bolsa de hielo sobre su mandíbula. Al otro lado del cuarto había un archivador vacío y la trituradora de papel.

—Me alegro de verle —comenzó.

—Hola, Cindy. Le presento a Nancy Hecht, la esposa de Jock... Nancy, la doctora Cynthia Hardwick.

Cindy se puso en pie y miró a Nancy de arriba abajo.

—Es un verdadero placer conocerla. Su esposo era un hombre maravilloso, uno de los auténticos abanderados del movimiento por la ampliación del potencial humano para la propia expresión. —Cogió la mano de Nancy y se la llevó a los labios. Me entraron ganas de vomitar.

—¿Qué ha pasado, Cindy? ¿Por qué ha llamado?

—Exactamente lo que le he dicho. Estaba en una sala de seminarios, en ese pasillo, cuando he oído que había alguien aquí. Al abrir la puerta, me ha dejado inconsciente de un golpe.

—¿Ha podido echarle un vistazo?

—Muy rápidamente. Era un hombre de estatura mediana y cabello negro.

—Eso no nos servirá de mucho. ¿Llevaba ropa?

Me miró de una forma extraña.

—Esa es la norma de aquí, ¿no? ¿Llevaba ropa?

—Sí, claro que la llevaba. Pantalones de color caqui y un suéter azul. Sin duda había entrado sin permiso.

—Y supongo que ha encontrado lo que andaba buscando. —
Hice un gesto señalando el archivador vacío.

La doctora asintió.

—¿Qué andaba buscando?

De pronto, pareció sentir un intenso dolor en la mandíbula y se refugió tras la bolsa de hielo.

—No sea evasiva, Cindy. Todas las cartas sobre la mesa, ¿recuerda?

—Parece que se ha llevado todos los papeles y documentos financieros de la Liga.

—¿Y quién es esa Liga?

No respondió. Examiné la trituradora de papel. Era un aparato terrorífico, con una rejilla de relucientes dientes, tan afilados como navajas de afeitar, y un émbolo que aplastaba la palabra escrita del mismo modo en que esas enormes prensas de tomillo reducen los coches a chatarra en el desguace. Si yo fuera un idólatra, le habría hecho una reverencia.

—¡Por el amor de Dios, Cindy! ¡No me haga perder el tiempo! ¿Es que tengo que sacárselo por la fuerza?

Me volví y le lancé mi peor mirada. Ella retrocedió, asustada de recibir un segundo golpe.

Contestó en voz baja.

—La Liga está dirigida por un grupo de cubanos encabezados por alguien que se llama Santiago Martín. Solo los he visto una vez, pero me gustaría no tener ninguna relación con ellos.

—Entonces, ¿por qué no corta con ellos?

—Lo hemos intentado, pero no podemos. Poseen todas las acciones. Ganan mucho dinero con nosotros... Además, me parece que ellos tampoco tienen elección. Solamente son los directores. Hay alguien más detrás suyo. Otro accionista.

—¿Y quién es ese?

—No lo sé.

—¿Está segura?

—Sí. Es un socio capitalista.

—No sé si podemos creer lo que dice.

—No tengo por qué...

Se interrumpió. En el pasillo, Charlie y tres mujeres corrían hacia nosotros con expresión preocupada. Al llegar junto a Cindy, Charlie la cogió del brazo y la arrastró hacia el umbral.

—¡No va a creer esto!

—¿Qué?

—¡Alguien está tomando fotos!

—¿Qué?

—¡En la sauna!

—¡Oh, Dios mío!

Cindy dejó caer al suelo la bolsa de hielo.

Seguimos apresuradamente a Charlie por otro corredor, pasando ante el *jacuzzi* y una hilera de gente desnuda que se metían plátanos en la boca el uno al otro, hasta llegar a los baños de vapor. Charlie apuntó hacia una puerta cristalera. En el interior había dos hombres besándose mientras un tercero, sentado enfrente, aparentaba hacerles caso omiso. Pero cuando el abrazo se hizo más apasionado, el tercer hombre metió la mano en su bolsa de muselina y sacó una Minox.

—¡Santo Cielo! ¡Es ÉL! —exclamó Cindy.

—¿Quién?

—¡El hombre de la trituradora!

—Creía que iba vestido.

—¡Debe de haberse desnudado!

Abrí lentamente la puerta y le vi tomar una fotografía. Era un tipo fornido, con un bigote oscuro y un antojo en la nalga izquierda. Entré sin hacer ruido y me senté a su lado en el banco de roble. El hombre se volvió y me miró.

—¿Ha conseguido alguna buena instantánea?

Metió la cámara en su bolsa y saltó hacia la puerta. Le sujeté la muñeca, pero tenía la piel cubierta de sudor y, desasiéndose de un tirón, echó a correr hacia el pasillo. Corrí detrás de él, con la polla que me rebotaba incómodamente contra la parte interna de los

muslos. A pesar de su corpulencia era rápido, y no lograba darle alcance. Cruzamos a toda velocidad el *jacuzzi* y la clase de yoga hasta irrumpir en la sala, provocando una gran consternación en todas partes. La gente gritaba y corría en torno al hogar hundido en el suelo. El hombre se dirigió a una ventana lateral, la abrió y, tras echar una rápida mirada atrás, se lanzó de cabeza, desnudo, hacia el aguacero que seguía cayendo.

Corrí a la ventana. El hombre estaba cruzando el aparcamiento. Atajé hacia la puerta delantera, seguido de Nancy que agitaba en el aire mi cartera y las llaves del coche.

—¿Adónde va? —le grité por encima del hombro.

—Con usted...

—¿Para qué?

Pero no tuvo tiempo de contestarme, pues yo ya estaba abriendo la puerta. Al otro lado del aparcamiento, el tipo se metía en un Maverick amarillo, con su rosada piel ya sucia de fango. Corrimos los dos hacia el Comet, saltamos al interior y, patinando sobre el cemento mojado, emprendimos la persecución por el camino de acceso del Instituto, dejando atrás la piscina y las pistas de tenis. La lluvia, torrencial, parecía envolverlo todo en una tupida gasa. Cuando cruzamos la entrada del Instituto y aceleramos por la carretera del río, apenas se distinguía su automóvil.

Seguimos la carretera durante un par de kilómetros. Tres kilómetros. Perdiéndole y volviendo a darle alcance. Sin poder acercarnos más. Entonces comenzamos a oír un ruido peculiar y siniestro, un sonido retumbante que parecía proceder de todas partes a la vez y que crecía en intensidad a medida que nos internábamos en el cañón. Esto no me gustó nada, pero decidí arriesgarme y pisé el acelerador del Comet hasta el fondo. El coche se lanzó hacia adelante con un chirrido de neumáticos, dándonos una buena sacudida y colocándose casi junto a la cola del otro vehículo. El hombre se asomó por la ventanilla de su automóvil y disparó una pistola contra nosotros, fallando por un amplio margen. Estaba perdiendo terreno. El estruendo se hizo más fuerte, casi

ensordecedor. Al principio, no lograba comprender qué era. Miré a Nancy. También ella parecía preocupada. Y asustada, y se cubría la pálida piel desnuda.

Estábamos a punto de darle alcance, pero el ruido, atronador, seguía en aumento. Comenzaba a adquirir proporciones cósmicas, como si nos encontráramos en el seno de una nube de tormenta.

Y de pronto descubrimos que no podíamos movernos. Nuestras ruedas giraban sin avanzar, como atrapadas en arenas movedizas. El otro coche saltó hacia adelante, resbalando hacia la derecha, fuera de control. El conductor profirió un aullido y saltó al exterior, una figura desnuda que corría sin moverse del sitio en el borde mismo del precipicio. Entonces empezamos a movernos de nuevo, de costado, en dirección al barranco.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nancy.

—¡Una avalancha!

—¿Qué?

—¡Salta!

Abrí la portezuela de la derecha y empujé a Nancy hacia el fango, saltando a continuación detrás de ella, alzándola en vilo, luchando por alejarme del coche hacia un enorme fragmento de roca, un peñasco. A nuestras espaldas, media montaña se deslizaba hacia el río. Mientras trepábamos por la ladera, despellejándonos y magullándonos, oí un chillido que me heló la sangre. A nuestra derecha, más abajo y apenas visible entre las salpicaduras de barro, divisé al hombre desnudo cabalgando sobre el borde del acantilado, en una oleada de algo que parecía mierda derretida.

Los dos coches le siguieron al instante.

Luego, solo hubo silencio.

Permanecemos inmóviles en la oscuridad y la lluvia, con los pies descalzos hundidos en la arena mojada. No alcanzaba a distinguir si Nancy estaba llorando, pero supuse que sí porque yo también lo hacía. Descendimos de la roca. Tomé a Nancy de la mano y echamos a andar por donde antes había habido una carretera. No

sabía en qué dirección íbamos. No podía pensar en eso. No nos importaba.

El viento nos enviaba ráfagas de lluvia a la cara, azotando nuestros cuerpos desnudos, haciéndonos temblar inconteniblemente y doblando los árboles. No lograba quitarme de la cabeza una frase de una vieja narración de O. Henry: «¿Acaso los árboles, al moverse, hacen que sople el viento?». No sé por qué. Probablemente porque la había leído de niño y me resultaba consoladora.

—¿Acaso los árboles, al moverse, hacen que sople el viento? — pregunté en voz alta.

—Vamos a coger una pulmonía —observó Nancy.

—Sí.

—Tal vez deberíamos volver al Instituto.

—Ajá.

—¿Dónde está?

Me detuve y miré en torno. Nancy estaba dando saltos, y se golpeaba el cuerpo con las manos para entrar en calor. La avalancha había modificado todo el paisaje, arrastrando troncos de árbol hacia el río y volcando incluso algunos peñascos grandes, dejándolos en nuevas posiciones.

—Creo que es por allí —opiné—. Pero habremos cogido una pulmonía antes de llegar, eso es seguro.

—Aun así, será mejor que echemos a andar.

Nos pusimos en marcha, pero al cabo de unos cuantos pasos oí otro ruido retumbante que procedía de la parte alta del cañón.

—Otra avalancha.

Me detuve y traté de pensar deprisa. Para entonces, ya era noche cerrada. Sin los faros del automóvil apenas veíamos dónde pisábamos, y si había una linterna en la guantera ahora estaba enterrada bajo cinco metros de barro.

—En la otra dirección hay un viejo rancho. Vamos hacia allí.

Nos volvimos y empezamos a caminar en dirección contraria. No lograba reconocer nada. Era como ese viejo juego infantil en el que

uno cierra los ojos, cuenta hasta diez y vuelve a abrirlos para ver si el mundo ha cambiado.

Y entonces me eché a reír. Ahí estábamos, dos seres humanos desnudos, avanzando a duras penas bajo la tormenta en mitad de ninguna parte, a punto de morir de frío y agotamiento, y todo porque habíamos sido lo bastante idiotas como para perseguir a un estúpido que estaba tomando fotos en la sauna de unos exhibicionistas superintelectualizados. Todo el asunto era una locura.

—¿Qué es tan divertido? —quiso saber Nancy.

—Nosotros.

—Ya sé qué quieres decir.

Nos reímos los dos.

—¿Dónde estudiaste? —preguntó Nancy.

—¿Cómo?

—Por hablar de algo.

—Ah... Fui a Berkeley.

—Y yo a Smith... ¿Cuál era tu especialidad?

—¿Especialidad? ¿Especialidad? Oh, lengua inglesa. Luego fui a la facultad de Derecho, pero eso no duró mucho.

—Yo me especialicé en literatura comparada. Durante algún tiempo tuve la idea de hacerme corresponsal en el extranjero.

—¿Y qué pasó?

—No lo sé... Mi madre no quería que me fuera lejos de casa. Era una especie de católica estricta.

—Los padres... —comenté, golpeándome el dedo gordo del pie contra una piedra. A lo lejos, oí relinchar un caballo—. Oye, me parece que estamos llegando al rancho.

Nancy sonrió. La miré y tropecé con una rama. Empezábamos a estar aturridos los dos.

Cuando finalmente llegamos al rancho, la puerta estaba cerrada y las luces apagadas, pero en vista de nuestra situación no perdí tiempo y arrojé un pedrusco no muy grande contra una de las

ventanas delanteras. Tras barrer a un lado los trozos de vidrio, coloqué un pie sobre el alféizar y trepé al interior.

Era una vivienda cómoda y agradable, probablemente un refugio para los fines de semana a juzgar por su aspecto, y me limpié los pies en la alfombra de ganchillo mientras me dirigía hacia la puerta para dejar entrar a Nancy. Luego, busqué alguna luz. No había electricidad, pero encontré un quinqué de queroseno y varias cajas de cerillas junto al fogón.

Cuando se encendió el quinqué, Nancy estaba de pie junto a una mesa de juego. Cruzó los brazos, avergonzándose de su desnudez ahora que ya no estábamos en el Instituto.

—¿Crees que habrá algo de ropa? —preguntó, pasando al pequeño dormitorio. De una enorme cómoda extrajo dos pantalones tejanos y unos cuantos suéteres. Eran más o menos de una talla 56, y seguramente habían sido diseñados para Paul Bunyan. Nos secamos a fondo con sendas toallas y de todos modos nos los pusimos, quedando como un par de refugiados en una película de Laurel y Hardy. Fuera, el viento seguía aullando, y Nancy se paró a hacer muecas ante el espejo de cuerpo entero mientras yo encendía fuego en el hogar.

Cuando hube terminado, se acercó y se sentó frente a mí. Le dediqué una buena mirada y me incorporé de nuevo.

—¿Qué tal si cenamos algo? —sugerí. En la alacena había una lata de alubias con tocino. La alcé para que la viera—. Lo más indicado para una noche de lluvia en que se han perdido dos coches y una persona. —Abrí la lata y vertí su contenido en una sartén. El fogón no funcionaba, conque llevé la sartén a la chimenea y la sostuve sobre el fuego.

—¿Sabes una cosa? Estás mucho más sexy con la ropa puesta —comenté.

—¡Mentiroso!

—No, no, lo digo en serio. Les ocurre a todas las mujeres. Todas están más atractivas cuando van vestidas. Una vez desnudas, se desvanece el misterio. Ya no puedes tratar de imaginarte cómo

serán sin ropa. Fíjate en las películas, por ejemplo. ¿Quién es más sexy, Marlene Dietrich o Linda Lovelace? Y nunca se ha visto a Marlene Dietrich desnuda. —Estaba farfullando tonterías, pero no podía contenerme.

—Me parece que eres un mojigato —replicó ella.

—Algo por el estilo.

Las llamas empezaban a chamuscarme los dedos, conque cambie de mano y apoyé la sartén sobre un ladrillo.

—¿Para qué podía querer las fotos el tipo ese? —preguntó.

—Para vendérselas a una empresa editora de postales. Mira, no hablemos de eso ahora. Todo este asunto me produce dolor de cabeza.

La miré. El resplandor del fuego daba un brillo rojizo a sus cabellos.

—¿Nos iremos a la cama juntos? —quiso saber.

—Sí... Probablemente.

—¿Qué quiere decir probablemente?

—Bueno, no estoy seguro de si es una pasión incontenible o mero alivio por no haber caído por el precipicio arrastrados por la avalancha.

—¿Qué diferencia hay?

—No lo sé.

Me quitó la cuchara de la mano y empezó a revolver las alubias.

—¿Y si te dijera que no he dormido con nadie desde que conocí a Jock?

—Me sorprendería.

—¿Por qué?

—Vuestro matrimonio era abierto.

—Eso no quiere decir nada. Podrías pasarte toda la vida sin tener relaciones sexuales más que con tu marido y aun así tu matrimonio ser abierto. O puedes hacer el amor con todos los que conoces y no estar en absoluto liberado.

—Entonces, ¿qué sentido tiene el matrimonio abierto?

—Se trata, sencillamente, de estar libre de las imposiciones de la monogamia. Eso es todo.

—Hablas como Cynthia Hardwick.

—O como Jock. —Se echó a reír, dejando la sartén sobre un tronco y recostándose en la pared de ladrillo—. Dime una cosa, ¿cómo llegaste a convertirte en un detective privado?

—¿De veras quieres saberlo?

—Ajá.

—Bueno; había dejado los estudios de Derecho y estaba en San Francisco sin un chavo, cuando un abogado amigo mío tuvo necesidad de alguien que le ayudara a demostrar que un poli había golpeado a un manifestante pacifista en Santa Rita. Lo hice yo, y una cosa llevó a la otra, y...

—Y aquí estás.

—Exactamente, aquí estoy.

Los troncos del hogar ardían con vivas llamaradas, que lamían los bordes de la sartén y la ennegrecían. Nos quedamos en silencio mirando el fuego, y luego mirándonos el uno al otro.

—Entonces, ¿cuántos hombres ha habido en tu vida?

—Siete. Jock fue el último.

Cambió de posición y se echó sobre la alfombra. Me tendí a su lado, nuestros cuerpos separados unos quince centímetros.

—¿Todavía te atrae el mito de la virginidad?

—Desde luego. Puedo enseñarte qué es realmente el amor... o dar un patinazo de espanto.

—¿Y eso es erótico?

—Tal vez más que erótico.

Extendí una mano y toqué su cabellera. La parte inferior aún estaba mojada por la lluvia.

—Esto tendrá que ser muy lento —me advirtió. Me pasó las yemas de los dedos por el rostro, acariciándome los labios, deslizándolos alrededor de mi cuello. La cogí del brazo y la atraje hacia mí. Sentí el contacto de su cuerpo y apreté mis muslos contra los suyos. Sus senos se aplastaron sobre mi camisa. Nos

besamos un poco con los labios cerrados. Deslicé una mano bajo su jersey. Ella suspiró y comenzó a respirar pesadamente. Sentí que me venía una erección.

—¡Espera! —gritó ella, desasiéndose de mí.

—¿Qué pasa?

—¡Se están quemando las alubias!

Tenía razón. Estaban hirviendo ferozmente, rebosando de la sartén, y despedían una densa humareda. Me levanté de un salto y empecé a correr por la cocina en busca de algo con que retirarlas del fuego. En uno de los cajones encontré un tenedor de barbacoa y, con su ayuda, aparté la sartén hasta el borde de la chimenea.

Luego, miré a Nancy. Estaba sonriéndome, bajándose la cremallera de sus holgados pantalones. Me arrodillé sobre ella, desabrochándome los tejanos y quitándomelos apresuradamente. Nancy se despojó de sus ropas y, con una serie de contorsiones, se deslizó debajo de mí. Me despedí alegremente de los cien dólares al día más gastos. Mientras hacíamos el amor, todavía se olían el fango y la lluvia en su cabello. Jamás me habían olido tan bien.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, brillaba el sol y los pajarillos cantaban. Los caballos relinchaban en el establo, y por la ventana abierta se filtraba una balsámica brisa. Yo estaba echado junto a una mujer hermosa y lleno de inquietud. Sudando. Eran las ocho. Solo faltaban nueve horas para que los cubanos fuesen a por mis hijos.

Me senté y contemplé a Nancy. Estaba durmiendo con la cabeza sobre la alfombra y los pies apoyados en el asiento de una mecedora de madera. Su rostro estaba vuelto de costado, y tenía una beatífica sonrisa en los labios. Me disgustaba tener que despertarla.

—¿Sabes montar a caballo? —pregunté.

Ella se agitó ligeramente y musitó algo, apartando sus ojos de la luz del sol.

—¿Sabes montar a caballo?

—¿Qué?

—He dicho que...

—Me has preguntado si sé montar a caballo.

—Exacto. ¿Sabes?

—Claro. Jock y yo solíamos ir a cabalgar por Central Park todos los jueves por la mañana.

—Pues a ver si podemos encontrar un caballo. Si no, tendremos que caminar.

Se incorporó y se me quedó mirando.

—Dios mío, te gusta levantarte temprano, ¿verdad?

—Se nos acaba el tiempo. Tengo que sacar a mis hijos de este asunto.

La cogí del brazo y la obligué a levantarse.

—No hace falta que me empujes. Estoy a tu lado.

—Lo tendré en cuenta —contesté, y la besé en los labios.

Pasé al cuarto de baño y me remojé un poco la cara. Luego, regresé a la sala y escribí una nota de agradecimiento para el propietario del rancho, adjuntándole un billete de veinte dólares por el vidrio roto, etc.

Nancy me siguió al cuarto de baño.

—No sé a qué viene tanta prisa. Ya sabemos que ha sido Greenglass.

—Puede ser... Pero aún tengo que hacerme con las cintas.

Esperé a que Nancy terminara de asearse y echamos a andar por la carretera hacia Topanga Center. No había ningún caballo a la vista, de modo que seguimos a pie. Por el camino encontramos señales de otras avalanchas; cercas derribadas y una casa con un montón de fango de un metro de altura ante la puerta delantera. Busqué algún rastro del muerto o de los dos coches, pero no pude ver nada. Lo que sí vi, en cambio, fue mi viejo Jaguar en la cuneta, al borde del río. Aunque sus neumáticos seguían deshinchados, el desastre natural lo había respetado. Cuando pasamos junto a él, le di unos golpecitos en la tapa del motor para que nos trajera suerte.

En la parte más alta de Tuna paramos una furgoneta Datsun conducida por un obrero de la construcción que accedió a llevarnos hasta el centro comercial. Durante todo el trayecto, no cesó de hablar del deslizamiento de tierras. El mayor que habían tenido en muchos años, aseguró. Veinte, treinta coches perdidos, por no hablar de las casas. Si queríamos saber su opinión, las avalanchas eran peores que un incendio. Eran repentinas. No daban tiempo a salir. En eso se parecían a los terremotos, aunque, claro, con el aviso de la lluvia. La próxima vez no se nos ocurriría saltarnos una barrera de la policía. Después de todo, no se puede jugar con la

Madre Naturaleza. Al parecer, creía que había hecho un gran chiste, pero comprendí a qué se refería.

Cuando llegamos al centro comercial, Nancy se metió en una tienda para comprar algunas prendas de su talla y yo me dirigí a la cafetería de la estafeta de correos para hacer unas cuantas llamadas.

La primera fue al hotel Disneylandia. Contestó Jacob.

—Hola, soy papá.

—Ah... hola.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí.

—¿Qué tal va todo?

—Bien.

—¿Nada más?

—¿Qué?

—¿No tienes nada más que decirme?

—Oh... no.

—¿No ha ocurrido nada?

—No... Oye, mira, tengo que colgar. Vamos a llegar tarde.

—¿Vais a llegar tarde?

—El parque abre a las diez, y ya son y cinco.

Oh, mierda, pensé para mis adentros.

—Pero ¿no estuvisteis allí ayer todo el día?

—Sí, pero solo entramos una vez en la Casa Encantada y ni siquiera pudimos subir al Matterhorn. Había demasiada cola.

—Mala suerte. Yo también tuve un buen trajín.

Hubo un breve silencio, y en seguida:

—Bueno, adiós...

—Adiós. —Me dispuse a colgar.

—¡Ah! ¡Espera un momento!

—¿Qué pasa?

—¿Qué es la hidroponía?

—¿La hidroponía?

—Ya sabes, lo que dice mamá en su postal que va a salvarnos a todos.

—Creo que tiene algo que ver con el cultivo de plantas en los océanos, para tener más comida.

—¡Puag...! Mamá ya sabe que no me gustan las verduras. —Y colgó.

La siguiente llamada fue para la agencia de automóviles de alquiler. Me imaginé que les sentaría como un tiro que hubiera perdido el coche por un barranco, conque les tomé la delantera y les solté una larga filípica acerca de unos frenos defectuosos y de cómo podían dejar que la gente circulara en esas condiciones por unos parajes tan peligrosos.

—¿Enviarían a un hombre al Sahara con el sistema de refrigeración estropeado? —Descargué un puñetazo sobre la repisa de la cabina.

El director se puso al teléfono, deshaciéndose en excusas, y se ofreció a sustituir el coche perdido por cualquier modelo que yo quisiera.

—¡Quiero tenerlo aquí antes de veinte minutos! —grité—. ¡Y envíeme un utilitario! ¡No quiero uno de esos que se tragan la gasolina como si nada!

A continuación, llamé a la policía y les dije que buscaran un cadáver enterrado en el fango en las cercanías del viejo rancho de Tuna Canyon. Colgué apresuradamente antes de que pudieran investigar la llamada.

Y, por último, me mordí el labio inferior e hice la llamada más importante de todas.

—Chateau Marmont. Grace al habla. ¿Cómo está usted?

—Yo estoy bien. ¿Cómo está usted?

—Oiga... ¿Le conozco de algo?

—No sé. ¿Me conoce?

—Su voz me suena familiar. ¿Conoce a un tipo llamado Harry que organiza muchas fiestas en Marina del Rey?

—No.

—Vamos, hombre. El que tiene un catamarán en Panay Way. Estoy segura de que nos hemos conocido allí.

—No, se equivoca.

—Sí, estoy segura. Ya lo tengo. Usted se llama Charles Petrakis, y toca el *bouzouki* en el Athenian.

—Se equivoca. Me llamo Moses Wine y llamo para saber si tiene algún mensaje para mí. Mire en la casilla de Nancy Hecht, *bungalow* cinco.

—Muy bien, muy bien... ¡Oiga! —Silbó en el auricular—. ¿Es usted un gánster o algo así?

—¿Por qué?

—Tiene un mensaje de Meyer Greenglass.

—¿Qué dice?

—Estimado señor Wine: Lea el *Variety* de ayer, página cuatro, sexta columna.

—¿Qué?

—Eso es lo que dice: el *Variety* de ayer, página...

—Ya lo he oído —la corté—. Gracias.

Colgué y salí de la cabina con un traspié. En la cafetería, el mismo grupito de dos días antes estaba comentando un poema de Charles Olson. Uno de ellos lo había leído, pero no pude averiguar quién.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nancy, vestida con un traje de noche de color blanco que parecía un *shmate* de una tienda de saldos.

—Nos envía a una caza del tesoro, y esta es la primera pista. Hay que leer el *Variety* de ayer, página cuatro, sexta columna... Estás verdaderamente elegante. Haight-Ashbury 1967.

—Era esto o un biquini de macramé.

Salimos fuera y esperamos a que nos trajeran el coche. Llegó en el minuto exacto; un coupé Vega con portezuela posterior que se detuvo traqueteando como un vagón del metro.

—Firme aquí, por favor —me indicó un joven muy cortés, bajando del automóvil y entregándome los impresos que debía

firmar—. Luego puede llevarme de vuelta a Woodland Hills.

—Antes quiero examinarlo.

—¿Cómo?

Me agaché e inspeccione el coche.

—Ya sabe, examinarlo para comprobar que todo funciona correctamente. Me da la impresión de que el tren delantero no está bien alineado.

—¿Oh?

Abrí la portezuela para que subiera Nancy y me instalé al volante.

—Retroceda —le dije al joven.

—¿Cómo?

—Vuelva atrás y vaya al otro lado de la tienda, donde no pueda verle. —El chico parecía desconcertado—. Yo daré la vuelta al edificio con el coche y usted podrá comprobar el tren delantero cuando me vea llegar.

—Ah, bueno.

Me saludó con la mano y echó a andar por el callejón hacia la parte posterior del establecimiento. Cuando le perdí de vista, aceleré por Topanga Boulevard en dirección al océano. Detestaba hacerle una cosa así, pero no tenía tiempo para retroceder hasta Woodland Hills.

Variety, el *Variety* de ayer, iba pensando conforme nos acercábamos al Pacífico. Giré a la izquierda por la autopista de la costa y de nuevo a la izquierda para tomar el acceso rumbo a Santa Mónica. Conduciendo por Wilshire, doblé a la derecha por la calle Sexta y me encaminé directamente hacia la biblioteca pública. Salí del coche, empujé la puerta y me acerqué al mostrador de información. Cuando solicité el periódico de la industria del espectáculo, la bibliotecaria me dirigió una mirada arrogante. Me sentí tentado de explicarle que no era ningún actor en paro, sino algo perfectamente legítimo, como un sabueso privado. Pero me callé, recogí el periódico y busqué la página cuatro, recorriéndola con el dedo hasta encontrar la sexta columna.

LA REFRIGERACIÓN CONGELA UNA PRODUCCIÓN

El lunes pasado, los ejecutivos de la Fox suspendieron la filmación de La brigada de los bergantes, del productor Sal Gruskow, debido a una avería en el equipo de aire acondicionado del estudio Nueve.

La estrella, Dakota Dawn, se negó a seguir interpretando su escena de amor a una temperatura de más de 45 °C. «Me resultaba imposible concentrarme», explicó.

La producción se reanudará en el estudio Cuatro. El estudio Nueve permanecerá cerrado indefinidamente, debido a problemas de jurisdicción sindical.

De modo que Greenglass quería que supiera que el aire acondicionado de Gruskow estaba averiado. Cerré el periódico y se lo devolví a la bibliotecaria.

Al subir al coche besé de nuevo a Nancy y nos dirigimos hacia la Fox. Por el camino, escuchamos las noticias. La campaña de limpieza de Dichter funcionaba a todo vapor. En los últimos dos días habían clausurado doce salones de masaje, cinco librerías y tres cines del Strip. Al paso que iba, en una semana más ya no se podría conseguir ni un friega con alcohol para el dolor de espalda.

Esta vez nos costó más entrar en los estudios. Gruskow no había advertido al guarda de mi llegada, pero su secretaria se acordaba de mí y logré convencerla para que nos dejara pasar. Cuando llegamos al despacho de Gruskow, no obstante, él no estaba allí y la secretaria había desaparecido. Matt Zimmerman paseaba arriba y abajo por el corredor, con aspecto sumamente preocupado.

—No sé que hacer —me confesó el joven guionista señalándome a Lars Gundersen, quien, en el interior del despacho, miraba por la ventana con aire adusto—. Sal nos ha dejado aquí para que trabajemos en la historia de gánsteres, para que la

dejemos a punto, y ese tipo ni siquiera quiere hablarme. Lo único que hace es meditar y escuchar música de Sibelius.

—Probablemente siente añoranza de su tierra.

—Puede ser, pero Sal va a darme la patada. Mi contrato vence dentro de dos días.

—¿Dónde está Sal, de todos modos?

—En todas partes y en ninguna. Pruebe en el Estudio Cuatro.

Gruskow no estaba en el Estudio Cuatro. Luego miré en el economato y en la sala de montaje, donde estaban terminando otra película suya. Nadie sabía dónde podía estar. Estaba a punto de desistir cuando le vi subir a su Mercedes en compañía de una actriz negra que supuse sería Dakota Dawn.

—Vaya, vaya, Moses Wine. —Insistió en estrecharme la mano—. ¿Qué tal marcha la investigación? ¿Ya has averiguado si lo de Hecht fue realmente un suicidio?

—No hay nada seguro.

—Este oficio no se lo desearía ni siquiera a un perro. —Miró de soslayo a Nancy y pasó los dedos por la carrocería del Mercedes para limpiar unas motas de polvo.

—He oído decir que el otro día tuvisteis problemas en el Estudio Nueve.

—¿Problemas? ¡Fue una tempestad de mierda! La pobre Dakota estuvo a punto de morir de calor. —Pasó un brazo sobre los hombros de la actriz e introdujo la mano bajo un tirante del vestido, hecho de eslabones dorados.

—¿Cuál es el Estudio Nueve? —pregunté.

Señaló hacia el final de la calle Western, a un edificio de color azul que asomaba por detrás del *saloon*.

—¿Podemos ir?

—Está cerrado hasta que la mierda del sindicato decida a quién le corresponde reparar el aire acondicionado.

—Aun así, vayamos a verlo.

—¿Es importante?

Asentí con un gesto.

—Muy bien, pero tendremos que darnos prisa. Dakota y yo tenemos reservada una mesa para la una en punto en el Mr. Chow.

Nancy y yo le seguimos hasta el estudio, que era del tamaño de un hangar, y entramos por una rendija abierta entre las enormes puertas correderas. Era un lugar oscuro y cavernoso.

—¿Puedes encender las luces? —le pedí a Gruskow, que accionó el interruptor de los focos auxiliares. Examiné los conductos del aire acondicionado, unos tubos cuadrados de aluminio de más de un metro de sección, suspendidos a unos tres metros por debajo del techo. Junto a la pared, una escalera metálica y una plataforma de montacargas permitían llegar hasta ellos. Me acerqué, miré hacia lo alto de la escalera y comencé a subir.

—¿Has podido encontrar a Meiko? —me gritó Gruskow cuando llegué arriba, deteniéndome junto a la plataforma del montacargas. La boca del conducto descendía oblicuamente ante mí; en su extremo había una rejilla metálica con un reborde sobresaliente—. ¡La muy zorra! —prosiguió el productor—. Nos ha hecho perder dos días de filmación, a veinte mil dólares la escena. ¡Es la última vez que trabaja en esta ciudad!

Me incliné hacia adelante y cogí el reborde, empujándolo hacia arriba hasta retirar la rejilla. Al zarandear el armazón, oí un extraño ruido rasposo y, en seguida, una especie de silbido repentino. Me aparté justo a tiempo para esquivar la trayectoria de una dama amarilla muerta que salió del conducto como una bala de cañón.

Conteniendo el aliento, sujeté firmemente la escalerilla y comencé a bajar de nuevo. Por debajo de mí podía ver las otrora hermosas piernas de la mujer extendidas sobre el suelo del estudio. Tenía el cráneo aplastado, y la cara vuelta hacia atrás como la de un búho. En la región lumbar resaltaban una serie de manchitas parduzcas, como si la hubieran torturado con un cigarrillo encendido. Era un visión horripilante.

—¿Y CÓMO SABÍA GREENGLASS que Meiko estaba allí? —repitió Nancy.

—Lo ignoro.

—Tuvo que matarla él, o hacer que la mataran.

—¿Y dejar en la recepción del Chateau Marmont un mensaje con su firma, diciendo dónde estaba escondido el cuerpo? No es tan tonto.

—Entonces, ¿qué pretendía?

—Darnos una señal... Demostrarnos que no era el culpable.

Nancy me miró llena de confusión. Eran ya las doce y media y estábamos rodando por Sunset en dirección este. Sentía la constante preocupación del tiempo. Había tardado casi treinta minutos en persuadir a Gruskow para que nos dejara salir de los estudios.

—De acuerdo —dijo Nancy—. Explícame por qué eso demuestra que no es el culpable.

—Vamos a ver... En primer lugar, Meyer ha demostrado que Jock sí tenía una coartada, y que probablemente a Meiko la mató alguien que deseaba que Jock cargara con la culpa del asesinato de Debbie Frank... ¿Correcto?

Nancy asintió.

—Por lo tanto, segunda probabilidad, tú tenías razón desde el principio. Jock fue asesinado, la muerte de Deborah Frank fue la excusa oportuna y la nota de suicidio era falsa.

—De acuerdo —admitió—. Hasta aquí, lo entiendo.

—Ahora viene la parte más sutil, el pequeño estímulo talmúdico del gánster judío. Si Greenglass sabía que la coartada de Jock era válida, entonces sabía también que Jock no mató a Deborah. Por consiguiente, él, Greenglass, no tenía ningún motivo para eliminar a Jock en venganza por el asesinato de su sobrina.

—De modo que el motivo que habíamos imputado a Greenglass resulta falso.

—Exactamente. Greenglass es inocente. No se vengó de Jock porque ya sabía que Jock no era el culpable. Así de sencillo.

—Entonces, ¿adónde nos lleva eso? —preguntó ella.

Empecé a comprender la deprimente verdad y se me cayó el alma a los pies.

—A ninguna parte —admití.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Solo puedo hacer una cosa.

—¿Qué?

—Ir a ver a los cubanos. Les diré que no tengo las cintas, pero intentaré convencerles de que dejen en paz a los chicos... No me queda otra alternativa.

Giré hacia el camino de acceso de la parte posterior del Marmont y aparqué en el extremo del sendero que conducía a los *bungalows*. Me incliné sobre Nancy y abrí la portezuela de su lado. Ella no se movió. Sonreía irónicamente.

—Eso es trabajo de hombres, ¿eh?

Me enderecé en el asiento, dejando la portezuela abierta, y la miré fijamente.

—No es trabajo de hombres ni de mujeres. Esos hijos de puta son unos asesinos. Puedes quedarte o puedes venir conmigo. Haz lo que quieras, pero decídetelo pronto.

Reflexionó unos instantes y, finalmente, deslizó la mano sobre el asiento y la posó en mi muslo.

—¿Qué quieres que haga?

—Oh, bueno...

—¿Vas a enamorarte de mí?

—¿Y qué tiene eso que ver?

—No lo sé. Nada, supongo... Dame un beso de despedida.

Me incliné hacia ella y la besé. La intención era de un beso breve, pero este comenzó a prolongarse y a intensificarse, resucitando la pasión de la noche anterior. Nancy fue la primera en separarse.

—Creo que no debes hacerlo.

—¿Qué?

—Enamorarte de mí.

—¿Por qué no?

—No lo entenderías.

—¿Por qué crees que me estoy enamorando?

—Por esa mirada que tienes. La he visto antes, en las películas.

—¿Crees en toda esa basura romántica?

—No. Pero puede que tú sí.

La miré, meditabundo.

—Hasta la noche —me despedí, y arranqué hacia Sunset.

Los cubanos vivían en mi terreno, en Echo Park. Eran un grupo reducido, pero en auge, y que se filtraban desde Miami de diez en diez y de veinte en veinte, por el aumento de población de la Pequeña Habana. A finales de los años sesenta, solo había unos pocos restaurantes cubanos y algunas tiendas de comestibles. Ahora había sastres, agentes de la propiedad, médicos, dentistas, imprentas, periódicos, una escuela parroquial y varios clubs nocturnos donde se podía bailar la pachanga y escuchar la música de las bandas tropicales. Sin embargo, a pesar de su tamaño seguía siendo una comunidad muy unida, y algunos de sus miembros aún mantenían la ilusión de volver a la isla, mientras que muchos otros se limitaban a decirlo sin creer verdaderamente en ello.

El primer sitio al que acudí en busca de Santiago Martín fue el Batey Market, una tienda de comestibles en la esquina de Sunset y el Silver Lake Boulevard. Solía ir allí a menudo a comprar café y conocía al encargado, un viejo negro de la provincia de Oriente que

había emigrado a los Estados Unidos en la época de Batista, mucho antes de Castro.

—¿Qué tal, Carlos?

—Hola, amigo —respondió, echando mano a una lata de Café Gavina y un paquete de filtros de papel para la cafetera. Nunca se acordaba de mi nombre, pero sabía lo que quería comprar.

Sacudí la cabeza en gesto negativo.

—La semana que viene... Hoy he venido por otra cosa. Estoy buscando a un gran negociante cubano llamado Santiago Martín. ¿Le conoce?

—Personalmente, no. No viene a comprar aquí. En realidad, dudo mucho que se ocupe él mismo de hacer la compra.

—¿Sabe dónde podría encontrarle?

—Pruebe en las oficinas del periódico *20 de mayo*. Bajo el puente de la autopista, cerca del lago de Echo Park.

Las oficinas estaban cerradas. Miré por la ventana. Era un periódico quincenal, y no abrirían hasta el jueves. A través del cristal divisé una gran fotografía de La Habana y una ampliación de un retrato de Castro que era utilizado como diana para dardos. Más arriba había un retrato de Alfredo Zayas, presidente de Cuba entre 1921 y 1925. Cada uno de aquellos grupos de exiliados tenía su propia ideología y sus propios héroes.

Anduve por Sunset, mirando en las panaderías y en las tiendas de discos, tratando de decidir quiénes eran cubanos y quiénes mexicanos, sintiéndome más angustiado a cada instante. La situación de mis hijos me alteraba los nervios. No debía perder la sangre fría.

Entonces recordé lo evidente y me metí en una cabina telefónica para consultar el número de Viajes Miami. Lo marqué y me dieron otro número de la zona 628, o sea, en Echo Park. Volví a marcar.

—Promociones Maugey.

—Desearía hablar con Santiago Martín.

—El señor Martín ha salido a almorzar.

—¿Sabe dónde podría encontrarle?

—Lo siento, pero no estoy autorizada a decírselo.

—Se trata de una emergencia. Soy el señor Brownlow, el nuevo asesor fiscal del señor Martín. Existe una discrepancia en su declaración trimestral que debe ser corregida inmediatamente para evitar una auditoría.

—¿No puede esperar hasta la tarde?

—Para entonces, las oficinas de Hacienda en Washington estarán cerradas.

Me dijo que esperara. Contuve el aliento, contando los segundos. Era un tiro a ciegas. Al cabo de un minuto y medio, volví a oír la voz.

—Está en La Guantanamera, en la calle Temple.

—Gracias.

La Guantanamera —un club nocturno y restaurante cubano en la esquina de Westmoreland, entre una agencia de seguros y una tienda de discos— quedaba a cinco minutos de allí. Por la noche actuaba un conjunto vocal, Chocolate y Sylvia, pero cuando entré en el local, este estaba silencioso y a oscuras, salvo por una luz verdosa sobre la barra. Pasé al comedor interior, una sala más espaciosa con una gran claraboya y macetas de palmeras. Las paredes estaban decoradas con bucólicos paisajes de la campiña cubana pintados al óleo: negros desnudos hasta la cintura como en *La corriente del Golfo* de Winslow Homer, sus relucientes machetes apoyados sobre haces de caña de azúcar.

A excepción del grupo de Martín, el comedor estaba desierto. Santiago, en compañía de sus pistoleros, ocupaba una mesa en un rincón y estaba consumiendo una generosa ración de guiso de pescado con plátanos fritos. Cuando entré, se puso en pie y me tendió la mano.

—Señor Wine, no sabe cuánto me alegro de verle. Mi secretaria me ha anunciado que venía hacia aquí.

—¿Su secretaria...?

Señaló un teléfono sobre la mesa.

—No hacía falta que recurriera a tales estratagemas. Dejé mi tarjeta sobre la mesa de su comedor... Bueno, ¿dónde están las cintas?

—Ese es el problema, señor Martín. No me ha sido fácil encontrarlas.

—¿Por qué?

—En primer lugar, no sé qué contienen. Y, en segundo lugar, no sé quién las tiene.

Sonrió y comenzó a partir la pinza de un cangrejo.

—Vamos, señor Wine. Trate de adivinarlo.

—Yo diría que contienen información comprometedoras que relaciona a los directores de la Liga para la Liberación Sexual con una persona que podría verse en un aprieto si tal información se hiciera pública.

—Muy bien, señor Wine. Muy exacto... ¿Y pretende hacerme creer que usted ignora quién es esa persona?

—Así es...

—Y pretende también que le diga todo lo que sé. ¿Me ha tomado por un tonto? Vamos, siéntese.

Uno de sus gorilas acercó una silla y me senté al otro lado de la mesa.

—¿Qué le apetece comer? La zarzuela es buena, pero si no tiene mucha hambre puede tomar una media noche.

—No me apetece comer nada, señor Martín.

—Ah, está usted preocupado por sus hijos. ¿Qué tal se lo están pasando en Disneylandia? Yo procuro ir un par de veces al año... Tengo seis hijos, ¿sabe? —Se me quedó mirando unos instantes y luego sacó la cartera y me mostró una foto Polaroid de seis alegres chiquillos en una granja de cocodrilos—. Es de Miami —me explicó—. Ese es Jorge, el mayor. Y Esteban... Los dos podemos considerarnos afortunados por haber tenido niños, señor Wine.

—Las niñas también me gustan, señor Martín.

—Sí, bueno, naturalmente —asintió, chasqueando los dedos en dirección al camarero—. Manuel, más plátanos. Y una cerveza. —

Se volvió hacia mí—. ¿No le importa? Todavía tengo hambre...

Me incliné hacia él mientras comía.

—Mire, creo que se ha equivocado usted conmigo. Tengo nuevas pruebas que le harán cambiar de opinión en este asunto.

—¿Ah, sí?

—Hecht no se suicidó.

—Oh.

—Meiko, la muchacha japonesa que respaldaba su coartada, ha aparecido fiambre dentro de un conducto de aire acondicionado en los estudios de la Twentieth Century Fox.

—¿Fiambre?

—Asesinato.

—Ah... —Santiago sonrió y atacó su segunda ración de plátanos fritos—. Estas chicas acaban todas igual. Solo piensan en el dinero. Son demasiado codiciosas.

—¿Codiciosas? Tenía la espalda cubierta de quemaduras de cigarrillo, señor Martín.

—Oh. Qué lástima. —Sus ojos emitieron un destello de reconocimiento. Sin duda la conocía del Frontisterio. Después de todo, él dirigía el negocio—. ¿Y qué se supone que demuestra con eso?

—Que Hecht fue asesinado.

—Ah.

—Y quien le asesinó se llevó también las cintas.

—Muy cierto... ¿Y en qué cambia eso la situación?

—¿En qué la cambia? ¡Encuentre al asesino y encontrará las cintas!

Alzó ambas manos hacia el techo.

—¡Pues claro! Y es usted quien lo hizo. ¡Usted trabaja para el Jefe, y usted asesinó a Hecht!

—¿Tengo cara de asesino?

—Eso carece de importancia. Si no lo hizo usted, lo haría el Jefe en persona y usted le ayudó. Eso no me importa. Lo que me importa son las cintas... Y, por supuesto, sus hijos. Tengo entendido que se

lo han pasado muy bien en la Casa Encantada. La han visitado dos veces.

—Deje en paz a los niños, Martín. —El muy hijo de puta. Yo estaba empezando a sudar—. Llamaré a la policía.

—¿La policía? —Se echó a reír—. ¿Por qué no llama al Jefe?

Ese asunto del Jefe comenzaba a confundirme. Quienquiera que fuese, Martín parecía convencido de que yo trabajaba para él. Tenía que cambiar de táctica.

—¿Y si el Jefe no tuviera las cintas? ¿Y si hubieran caído en poder de unos terceros que desearan perjudicarlo?

Martín se detuvo y me miró fijamente, con el tenedor cargado de plátano en el aire.

—¿Quién desearla hacer tal cosa? —Terminó de llevarse el tenedor a la boca y engulló el pedazo de plátano.

—Tiene enemigos.

—Eso es cierto. —Por primera vez, Martín parecía prestarme atención.

—Tal vez estuviera dispuesto a llegar a un acuerdo con usted.

—Ah, bien, aquí me tiene.

—¿Quiere que le haga llegar algún mensaje en particular?

—Dígale... que no traicione a sus viejos amigos.

De pronto nos interrumpió un violento ruido de golpes, seguido de una voz familiar.

—¡Escúchame bien, cabrón! ¡Si me pones las manos encima te voy a cortar los cojones con este trozo de botella de Wild Turkey!

Era Gunther, acorralado contra la barra por dos de los gorilas y blandiendo el cuello de una botella de *whisky* rota.

—¡Voy a jugar al tres en raya sobre vuestros estómagos, so palurdos! —Comenzó a avanzar hacia ellos como un torero disponiéndose a hundir el estoque.

—¡Carajo! —exclamó uno de los pistoleros, sacando una Browning automática. Gunther hizo ademán de clavarle la botella. El gorila disparó, destrozando una coctelera que llenó toda la barra de fragmentos de cristal. Pero Gunther siguió avanzando y agitando

ferozmente su arma improvisada. El filo irregular de la botella pasó a un par de centímetros de la barbilla de su enemigo.

—¡No se puede! —chilló el otro pistolero, poniéndose en cuclillas y sacando su pistola. La apuntó con atención a la cabeza de Gunther.

—¡Inténtalo si te atreves, mierdoso! —aulló Gunther, volviéndose a él. Yo ya veía su cerebro desparramado sobre el espejo del bar.

Me adelanté de un salto.

—¡Es de los nuestros! —grité.

Los pistoleros giraron en redondo.

—¿Es uno de sus hombres? —preguntó Santiago, enjugándose los labios con una servilleta de papel.

—Trabaja para el Jefe.

—Entiendo.

—Yo me ocuparé de él. —Fui hacia Gunther y le cogí del brazo—. En marcha, amigo —le susurré—, y no vuelvas la cabeza. —Salimos del restaurante, pasando ante los atónitos guardaespaldas.

—He vuelto a encontrarte —exclamó, sonriendo, cuando llegamos al callejón.

—Muy gracioso, hijo de puta —respondí, empujándole contra la pared—. Esta vez casi estropeas el caso y, de paso, consigues que maten a mis hijos. Escúchame bien, Robin Hood: admiro tu estilo, pero prefiero trabajar solo.

—Justo cuando estaba a punto de acabar con el caso.

—Lo único que tú has acabado alguna vez son las botellas de Wild Turkey, y eso si las paga otro.

—Jo, jo, jo. ¡Tu problema es que no sabes quiénes son tus verdaderos amigos!

—¿Quiénes son?

—Tu humilde servidor del Cuarto Poder. —Sonrió; metió una mano en el bolsillo y extrajo un puñado de recortes de prensa—. Estaban en el sótano del restaurante.

—Vamos a verlos —dije.

Aflojó el puño y le cogí los recortes. Había una media docena, de diversos periódicos, todos fechados en la primavera de 1971 y todos relativos al mismo acontecimiento: el décimo aniversario del desembarco en la bahía de Cochinos.

—Cubanos descontentos. ¿Qué novedad es esa? Ya se ve con solo echar un vistazo a los cuadros de la pared. —Hice ademán de devolverle los viejos pedazos de papel.

—¿Eso crees? Fíjate bien en este.

Señaló una borrosa foto de prensa en la que aparecían ocho hombres de pie ante una piscina, con los brazos entrelazados en brava camaradería. La leyenda rezaba:

CUBA LIBRE, REGRESAMOS

FREE CUBA, WE SHALL RETURN

Exmiembros del Tercer Batallón de la
desdichada operación de Bahía de Cochinos se
reúnen con su antiguo jefe.

Estudié los rostros de los exmiembros del Tercer Batallón y no me costó reconocer entre ellos a Santiago Martín y sus amigos. Pero lo que me dejó atónito fue el rostro del «jefe». Tuve que mirarlo tres veces para asegurarme de que la vista no me engañaba. Pero era cierto. Era el fiscal general Frank Dichter.

—Conque este es el Jefe.

—Eso parece, ¿verdad?

—¿QUÉ CLASE DE PAPEL de liar utilizas?

—¿Papel de liar?

—Para liar los porros, ya sabes... Zig-zag, Bambú, de arroz...

—¡Mierda! Me da lo mismo. Mientras no sea de regaliz... La policía se fija en el color del papel cuando vas conduciendo. —Le miré sin dejar el volante. Había sacado papel y lápiz y estaba tomando notas.

—¿Qué opinas de las leyes de registro y confiscación?

—¿Todavía sigues empeñado en ese maldito artículo?

—Ya sabes lo que dijo Warhol acerca de que todo el mundo podía ser famoso durante diez minutos... Bueno, pues, ¡te ha llegado la hora!

Hundió la mano en el bolsillo, extrajo un frasco de píldoras rosadas y amarillas y se tomó una de cada. Recé una breve oración y salí de Little Santa Mónica en dirección a Century City. Todo el complejo tenía el aspecto de una austera ciudad lunar, con sus fachadas de puro vidrio que reflejaban los rayos del sol. Giré a la derecha en el centro comercial y me detuve en el aparcamiento del hotel Century Plaza. Salté a toda prisa del coche, con Gunther pegado a mis talones. Eran las dos treinta y cinco.

—¿Lees a Nietzsche? —me preguntó cuando pasábamos ante Yamato's en dirección a la puerta trasera del hotel.

—No.

—¿Y a Gurdjieff?

Sacudí la cabeza.

—¿Has estado alguna vez en África?

—No. Pero la última vez que me echaron las cartas del Tarot me salió el Mago.

—Mira por dónde. Yo habría apostado por el Ahorcado.

Apreté el paso para dejarle atrás y entramos en la planta inferior del edificio, repleta de tiendas carísimas. Me paré en una floristería y compré el ramo más barato. Venía en un recipiente de plástico en forma de ánfora griega; las flores eran gladiolos. Rellené una tarjeta de regalo y la deslicé en el interior mientras la dependienta envolvía mi compra en un papel encerado de color verde.

Acto seguido, tomamos el ascensor hasta el vestíbulo principal, un salón de exageradas dimensiones donde los ornamentos más elegantes se mezclaban con el peor *schlock*. Las alfombras, que cubrían por completo el suelo, ostentaban un diseño en *fleurs de lis*. Los conserjes iban tan ataviados como Beefeaters. Pasé ante ellos, hacia los teléfonos de la casa, y descolgué el primero de la hilera.

—Centralita.

—Con la habitación del fiscal general Frank Dichter, por favor.

—Están ocupadas las líneas. ¿Puede esperar un momento, por favor?

—No. Ya volveré a llamar... ¿Cuál es el número?

—El 904.

—Gracias.

Colgué el aparato.

Hice un gesto de cabeza a Gunther y subimos juntos en el ascensor, con la vista fija en los números que se iluminaban sobre las puertas al ritmo de una versión disco de «September Song». El ascensor se detuvo en la séptima planta y luego en la novena, abriéndose ante un largo pasillo que conducía a la habitación de Dichter. Dos corpulentos policías de paisano montaban guardia ante ella, cerrando el paso como un par de tanques Sherman prestados por la base naval de El Toro.

—... días —saludé, pasando ágilmente entre ellos con un guiño y dirigiéndome hacia la puerta de Dichter como si fuese la cosa más natural del mundo.

Sentí el peso de una rolliza mano en el hombro.

—¿Adónde te crees que vas?

—Flores para el fiscal general —respondí sin volver la cabeza.

—¿Flores? ¿Para qué quiere el fiscal general un ramo de flores?

—No las he enviado yo, señor.

Me volví y le dediqué mi sonrisa más estúpida. El policía de paisano paseó la mirada de Gunther a mí.

—¡Déjame ver eso! —Me arrebató el ramo y comenzó a hurgar entre los tallos.

—¡Con cuidado! —le advertí—. Son *Ficus pumila*. Muy frágiles.

El polizone me miró de mala manera y cogió la tarjeta del remitente.

—Uhh, uhh, uhh. —Le amonesté con el dedo—. Estoy seguro de que eso es confidencial.

Dejó la tarjeta donde estaba y me examinó de nuevo con la vista.

—Muy bien —consintió al fin—. Pero este pimpollo se queda fuera.

Gunther pareció decepcionado.

Llamé a la puerta. Me abrió Dichter, en mangas de camisa, con el teléfono en la mano y el auricular pegado a la oreja. Me hizo un ademán para que pasara. Cerré la puerta a mis espaldas y me dirigí a la mesa del fondo, desenvolviendo el ramo y arreglándolo un poco mientras trataba de captar fragmentos de conversación. Estaba hablando con la prensa —probablemente alguien importante, como un comentarista o un columnista—, concediéndole su confianza y ganando unos cuantos puntos.

—No hagas saltar la liebre, Al, pero mañana, en el almuerzo del Club de Mujeres, vamos a hacer unas cuantas declaraciones de importancia. Van a tener que cerrar los negocios de un extremo a otro del estado. Rodarán cabezas muy altas. No se salvará nadie... Ahora, mira, la gente puede decir lo que quiera, pero estas medidas

no son meramente políticas. Aún faltan dos años para las elecciones.

Se sacó del bolsillo una moneda de veinticinco centavos y me la ofreció. No me moví. Se volvió a mí, intrigado. Le tendí la tarjeta. Abrió el sobre y la leyó, sin dejar de atender a la conversación telefónica. Su expresión no se inmutó, pero tuve la sensación de que las palabras de la dedicatoria le habían hecho reaccionar interiormente: «Saludos desde más allá de la tumba. Jock Hecht».

Volvió a meter la tarjeta en el sobre y se la guardó en el bolsillo.

—De acuerdo, Al, ya volveré a llamarte...

Colgó el aparato.

—¿Qué significa esto?

—Ya sabe lo que significa.

—No, no lo sé. Pero sé que Jock Hecht se suicidó hace dos días.

—No nos andemos por las ramas, Dichter. No tengo tiempo. ¿Dónde están las cintas?

—¿Cintas?

—Ya sabe a qué me refiero. ¿Quiere que llame a Al o a algún otro columnista y le cuente que usted asesinó a Jock Hecht, o prefiere hablar claro?

—Pero ¿de qué está usted hablando?

—¡Venga, Dichter! Todo está ahí. Primero mató a Deborah Frank y luego a Jock Hecht. Por no mencionar a Meiko, para mantenerlo todo bien tapado.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—Porque iban a exponer sus relaciones con un grupo de cubanos que dirigen la Liga para la Liberación Sexual. Todo está en las cintas.

—¡Oh, vaya, vaya! —Se echó a reír.

—¿Niega que conoce a Santiago Martín?

—¿Santiago Martín? —Dudó unos instantes, como si tuviera que rebuscar en tu memoria—. ¿Santiago Martín? Oh, sí... Un hombre fuerte, con bigote.

—Usted era su jefe.

—Su jefe, no. Su consejero.

—Entonces, ¿no niega que tomó parte en la invasión de la bahía de Cochinos?

—Claro que no. Está en los libros de historia. Ayudé a entrenar a los luchadores por la libertad, primero en Florida y luego en Guatemala.

—¿Luchadores por la libertad? ¡Diga mejor gánsteres! —Este tipo era duro de pelar.

—Me siento orgulloso de haber servido a mi patria. —Dichter me dirigió una mirada irónica—. ¿Es eso todo lo que tiene? ¿Que conocí a esa gente hace trece años?

—Volvió a verles en 1971.

—En el décimo aniversario de la invasión. En una reunión. ¿Y qué prueba eso? Y ahora, si me permite, estoy muy ocupado...

—No me iré sin las cintas, Dichter.

—¿Que no se irá?

—¡Es usted un asesino, Dichter! ¡Esos cabrones están amenazando a mis hijos!

—¿Un asesino? ¡No me haga reír! ¿Cómo maté a esas personas? ¿Con mis propias manos?

—Me parece muy probable. Para poder entrar en el *bungalow* de Hecht y fingir un suicidio, el asesino tuvo que ser alguien respetado. No había señales de lucha.

Seguía sonriendo.

—¿Y cuándo cometí esos asesinatos?

—A Deborah Frank la mataron hace tres noches, y a Jock Hecht un día después.

—Hace tres noches estuve cenando con el gobernador, en Sacramento. A la noche siguiente estuve en esta habitación con mi esposa.

—¿Cenando con el gobernador? ¿Quiere hacerme creer eso?

—¡Salga de aquí antes de que le haga arrestar por allanamiento de morada!

—Deme las cintas, Dichter. Está mintiendo.

—¿Qué yo miento? Soy el fiscal general del estado, y usted...

—¡Deme las cintas!

—¿Cintas? ¡Usted bromea! Si esas cintas contuvieran lo que acaba de decirme, habrían sido borradas inmediatamente. —Vaciló un instante y me contempló con atención—. ¡Ahora caigo! ¡Usted es el detective judío sabelotodo de la conferencia de prensa! —Descolgó el teléfono y pulsó el intercomunicador—. ¡Gibson! ¡Gibson!

Me miró con ojos de rabia, y solo tardé medio segundo en darme cuenta de sus intenciones. Abandoné precipitadamente la habitación, cerrando de un portazo, y pasé corriendo por entre los policías de paisano mientras uno de ellos descolgaba el teléfono.

—¡Vámonos! —exclamé, asiendo a Gunther del brazo y arrastrándole hacia el ascensor. Antes de que pudiera apretar el botón, oí que los hombres venían a por nosotros. Pasaron unos segundos y los dos polizontes doblaron la esquina. Giré rápidamente sobre mí mismo, alcanzando a uno de ellos en el estómago, y me dirigí hacia el otro pasillo. Gunther salió pisándome los talones, a toda velocidad.

Llegamos a la salida de servicio, en el otro extremo, y corrimos escaleras abajo como un par de vertiginosos derviches. Cuando llegamos a la octava planta estaba sonando un timbre de alarma. En la séptima, oímos voces de hombres en el pasillo.

—¡Les cogeremos en la sexta! —gritó uno.

Me paré en seco y señalé con la cabeza en dirección a Gunther. Volvimos a subir lentamente hacia el octavo piso y nos deslizamos hacia el vestíbulo. Un grupo de participantes de alguna convención avanzaba hacia nosotros, camino del ascensor. Se tocaban con una especie de gorro parecido a un fez y daban la impresión de estar un poco achispados.

—¿También sois de la AAMPDA? —nos preguntó uno de ellos.

—Exacto —asentí, uniéndome al grupo—. ¿Qué tenéis preparado para esta noche? ¿Un buen polvete?

—Ya puedes jugarle la camisa a que sí.

—¿Os importa que vayamos con vosotros?

—¿Por qué no?

Llegamos todos ante el ascensor, gesticulando y sonriendo.

—¿De qué parte sois? —quiso saber uno.

—De Butte. Butte, Montana.

—Un sitio estupendo.

—Vaya que sí.

—¿Conocéis a Mort Higginson?

—¡Claro!

—¿Qué tal anda el viejo Mort?

—Oh, está igual que siempre.

—Ya puede estarlo —intervino otro—. ¡Le enterramos en otoño del 68!

La llegada del ascensor nos evitó tener que explicar esta discrepancia. Gunther y yo intercambiamos una fugaz mirada y, sonriendo débilmente, avanzamos hacia la puerta que comenzaba a abrirse. Pero tuvimos que detenernos ante dos policías de paisano que nos esperaban con los brazos cruzados.

—¡La pasma! —gritó Gunther, descargando un rápido puntapié en el abdomen del más gordo.

Giramos en redondo y retrocedimos hacia la escalera de servicio. Pero esta vez se oía gente que bajaba desde el piso de arriba. Y gente que subía desde el piso de abajo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gunther.

—A separarse. —Señalé las escaleras—. ¡Nos encontraremos en el coche dentro de diez minutos!

Me dirigió una última mirada, se ciñó la chaqueta de motorista y se precipitó escaleras abajo a una velocidad suicida.

—*Mon semblable, mon frère!* —le oí gritar.

Retrocedí peldaño a peldaño, atento a las voces que venían de arriba. Cuando cesaron, corrí hacia la novena planta, subiendo los escalones de tres en tres. El pasillo que daba a la habitación de Dichter estaba desierto. Me dirigí hacia allí y me entretuve un

segundo ante su puerta, captando nuevas perlas de sabiduría. Estaba otra vez al teléfono, reanudando la anterior conversación.

—Te lo aseguro, Al... Un hombre en mi posición... Me veo sometido a infinidad de falsas acusaciones. Algunas de ellas ni las creerías. Incluso vosotros, los chicos de la prensa, os sentiríais avergonzados de publicarlas.

Seguí hacia el ascensor. Pulsé el botón de llamada, con la esperanza de que no sospecharan que aún me hallaba en la novena planta y que viniera vacío. Empezó a subir. Consulté mi reloj. Las cuatro menos diez. Tenía una hora y diez minutos para llegar a Disneylandia en plena hora punta.

Llegó el ascensor. Cuando se abrió la puerta, salieron dos botones charlando entre sí. Me metí dentro y apreté el botón de la primera planta. Descendimos rápidamente, espoleados por una versión de «*Autumn Leaves*» a ritmo acelerado.

Cuando llegamos a la planta, el vestíbulo estaba sospechosamente tranquilo. No había policías. No había guardias de seguridad. Ni siquiera había ningún Beefeater. Salí del ascensor y caminé con calma hacia una puerta giratoria, sintiéndome vagamente inquieto. Entonces oí un fuerte aullido. Al volverme, vi a Gunther subir a toda velocidad por las escaleras automáticas de bajada, apenas dos peldaños por delante de una docena de policías uniformados y de paisano. Llegó al extremo, miró en ambas direcciones y salió disparado hacia la parte de atrás del vestíbulo. Sus perseguidores formaron una falange y avanzaron, acorralándole contra la pared. Retrocedió de espaldas hacia el cristal. Estaban a punto de abalanzarse sobre él cuando gritó «¡Cazart!» y saltó por encima del sofá, arrojándose contra la ventana panorámica para caer al suelo de mármol de un patio a nivel inferior, entre una lluvia de cristales.

Me confundí con el gentío que se arremolinaba a su alrededor. Más abajo, Gunther saltaba como un loco, sujetándose una pierna y maldiciendo a los policías que le rodeaban.

Me escabullí por una salida lateral.

LA AUTOPISTA DE SANTA ANA entre Los Ángeles y Anaheim es el décimo círculo que falta en el infierno de Dante: ochenta kilómetros de puestos de comida rápida, solares de automóviles de segunda mano, distribuidores de muebles de ocasión, refinerías de petróleo, fábricas de goma y aparcamientos para camiones. La clase de ambiente capaz de matar a un perro de la pradera con solo mirarlo.

Aquella tarde lo percibía todo a cámara lenta. Los automóviles se movían como corpúsculos por una arteria podrida de colesterol. Primero aparecieron las mugrientas estribaciones de Boyle Heights, y luego las tierras baldías de Pico Rivera y la Ciudad del Comercio, donde asépticos edificios para ejecutivos se mezclaban con plantas de energía industrial y moteles de pacotilla. Más adelante vinieron los límites de Orange County, con sus seudolecherías y sus menguantes huertas de cítricos; el rancio aire olía a ozono y a Nixon.

Seguí adelante entre el tránsito, que apenas se movía. Mi coche avanzaba centímetro a centímetro con la palanca en punto muerto, sin el más leve toque en el acelerador. Eché otra ojeada furtiva a mi reloj. Ya eran las cinco, la hora cero, y aún me encontraba a veinticinco kilómetros de Disneylandia. No quería creer que Martín fuera a hacer algo tan perverso como secuestrar a los niños; no quería creerlo, pero sabía que era muy capaz. No es que no tuviera ninguna fe en la naturaleza humana. Todavía me quedaba un poco, en alguna parte. Era sencillamente que el último decenio de la vida

norteamericana me la había reducido al tamaño de un guisante desecado.

Conecté la radio y casi inmediatamente volví a cerrarla: no estaba de humor para escuchar música, y las noticias no hacían más que reflejar el ambiente. Estaba cruzando el Poblado Japonés de Buena Park a ocho kilómetros por hora. Sus límites quedaban tan cerca de la autopista, que uno casi podía creer que estaba chapoteando como un anfibio en mitad de su piscina de exhibición, con una *geisha* enfundada en un kimono que comía algodón de azúcar y te azuzaba para que saltaras a través del aro con los delfines. Incluso me parecía oír su charla insustancial a través de la ventanilla.

En seguida, el tráfico empezó a aligerarse. Apreté el pedal y aceleré. Pero a medida que aumentaba la velocidad, también lo hacía mi paranoia. Comencé a tener visiones de mis hijos en peligro, imágenes de pesadilla en las que sus rostros estaban inundados de lágrimas mientras un gánster cubano les perseguía por la noria con una palanqueta en una mano y una Luger alemana en la otra. Me sentía como si hubiera estado de muy mal humor y me hubiera fumado cinco porros de la marihuana más potente — tailandesa quizás, o colombiana—, dejando que me llevara a donde ella quisiera, por todos los callejones equivocados de la mente, a través de todas las puertas equivocadas.

Traté de serenarme y alejar estas funestas ideas, pero solo supe aumentar la velocidad, zigzagueando peligrosamente y haciendo adelantamientos por el arcén, con medio ojo clavado en el espejo retrovisor. Estaba convencido de que se hallaban en apuros. Aterrorizado. Odiándome a mí mismo por haberme separado de ellos siquiera un minuto. Este era mi mayor fracaso. Mi deshonra. Cuando se escribiera el libro de la vida, esto ennegrecería mi nombre para siempre.

Entonces vi el Matterhorn irguiéndose ante mí, con sus planchas de madera cubiertas de falsa nieve proyectándose sobre las estribaciones de hormigón. El Reino de la Magia estaba próximo.

Salí de la carretera y me metí en el aparcamiento, siguiendo a los recepcionistas hasta un lugar remoto tras un verdadero mar de coches. Salté afuera, a doscientos metros de la entrada, y traté de decidir si esperaba el tranvía o si iba corriendo hasta el kiosko. Dudé un segundo y en seguida eché a correr, pasando al lado de un tranvía estacionado en la zona «P» y encaminándome directamente hacia la taquilla. Pagué la entrada y pasé al interior, esforzándome por contener mis impulsos de salir disparado en todas direcciones, esforzándome por mantener la calma. Eché a andar por la Vieja Calle Mayor, mirando a derecha e izquierda, examinando las tiendas y las atracciones en busca de Sonya y los niños. Un Mickey Mouse de tamaño natural pasó junto a mí, seguido de Pluto. A lo lejos sonaban los pegadizos acordes de «*When You Wish Upon a Star*». Normalmente, esta canción solía enternecerme y me hacía sentir de nuevo como un chiquillo, pero en aquellos momentos la percibí como una música angustiosa, como «*Una noche en el Monte Pelado*» en la película *Fantasía* de Walt Disney, cuando el terrorífico y monstruoso murciélago surge del volcán.

Se encendieron las luces, una confusión de amarillos, rosados y verdes. Seguí por la plaza circular que separaba las cuatro zonas de diversión —el País de la Frontera, el País de la Aventura, el País de la Fantasía y el País del Mañana—, mirando a uno y otro lado, tratando de imaginar dónde podían hallarse. Aquella tarde no había demasiada gente, pero el parque era tan inmenso y las atracciones tan numerosas, que no sabía hacia dónde ir. A Jacob le gustaba el País de la Aventura, pero Simon, yo lo sabía, prefería el País de la Fantasía. Me detuve en el centro de la plaza, sintiéndome inútil y debilitado, con visiones de incontinencia.

Entonces vi a alguien por el rabillo del ojo, una figura morena que avanzaba a grandes pasos hacia la puerta del País del Mañana. Giré en redondo y corrí detrás de él, sujetándole por el antebrazo y obligándole a volverse a mí.

—¡Eh! ¿Tiene usted algún problema, señor?

Llevaba un uniforme de Disneylandia y una reluciente insignia.

—No, no. Me he equivocado.

Retrocedí nuevamente hasta el centro de la rotonda. A mis espaldas, un hombre con sombrero de paja y una mona en el hombro tocaba el organillo y vendía palomitas de maíz.

—¿Está buscando a alguien? —me preguntó.

—Sí.

—Llámele por los altavoces. En la entrada. —Señaló hacia la oficina de información.

—Gracias.

Fui hasta allí y hablé cortésmente con el empleado.

—Sonya Lieberman o Jacob Wine —le dije. Pero el hecho de utilizar nombres judíos en Disneylandia tenía algo que aumentaba mi inquietud. En un momento así, no quería aparecer como un forastero en Orange County. Habría querido ser un Phillips, un Johnson o un Jones. Incluso Haldeman o Ehrlichman habría resultado aceptable. Cualquier cosa, con tal de ver de nuevo a mis hijos.

Las palabras rugieron en el altavoz:

—Sonya Lieberman o Jacob Wine, preséntense en información, por favor.

Hice una mueca y esperé diez minutos. El empleado me contemplaba en silencio mientras yo paseaba por la sala con pasos cada vez más grandes, hasta que llegué a cruzar de una pared a otra en dos zancadas, descargando mi puño sobre su escritorio y tocando un retrato del Pato Donald a cada pasada. No venía nadie.

—¿Qué demonios le pasa a este cacharro? —Señalé su micrófono—. ¿Es que no se oye en todas partes?

—Desde luego. Menos en el interior de las atracciones.

—¿Hay alguna atracción que dure tanto tiempo?

—Desde luego.

—¿Cuáles?

—La Casa Encantada, el Submarino y los Piratas del Caribe.

Salí corriendo de la oficina. Ya habían estado en la Casa Encantada el día anterior. Sonya nunca aceptaría subir al

submarino. Quizás se hubieran decidido por los Piratas. Crucé el portal del País de las Aventuras y pasé ante la Aldea Tiki, las galerías de tiro y la casa del árbol al estilo de los Robinsones Suizos, hasta llegar a las balaustradas de falso hierro forjado del Barrio Francés. Al final de la calle se veían las colas para entrar en los Piratas del Caribe.

Me hice con una entrada y esperé tras un grupito de adolescentes, viendo serpentear la cola a través del torniquete de la entrada. Delante de mí, una familia ocupó una de las largas canoas y emprendió el viaje, deslizándose por la rampa. Salté a la siguiente canoa y me abrí paso hacia la proa, sintiendo la aceleración cuando soltaron el cable y el bote plano descendió por la rampa como una exhalación, internándose en el territorio de los piratas.

Forcé la vista, tratando de distinguir algo concreto en aquella negrura, pero no se veía nada ni se oía más que el suave golpeteo del agua sobre el casco. ¿Podía ser que ya les hubiera capturado? ¿Estaría ya a su lado, clavando el cañón de su pistola en las costillas de Sonya? ¿Les tendría atados y amordazados en algún lugar oculto tras los decorados? ¡El hijo de la grandísima puta!

Estaba cada vez más rígido, aferrado a la borda, con toda mi atención en la mirada, cuando doblamos una esquina. Luciérnagas suspendidas de cables eléctricos danzaron en el aire ante nosotros, y nos llegó el leve eco de una canción de piratas: «¡Ho, ho, ho, y una botella de ron!». Y entonces apareció todo: cañones, fuertes, galeones y el saqueo de Nueva Orleans. Me puse de pie en la proa y atisbé hacia las otras canoas. Había una media docena, avanzando en fila hacia los límites del puerto incendiado. Y entonces les vi. Iban en la primera, y estaban a punto de perderse de vista. Sonya, Jacob y Simon estaban delante, y el cubano de bigotillo tres asientos detrás de ellos.

Salté por la borda, resbalando en el agua que, para mi sorpresa, solo me llegaba hasta las rodillas, y me apoyé en la pared mientras avanzaba dando traspiés hacia ellos. La gente empezó a gritar a mi alrededor cuando salí del agua y me incliné sobre la popa de la

canoa, aferrando al cubano y arrojándole tras el decorado. Trató de escapar, pero le tenía sujeto por el cuello con una llave capaz de romperle las vértebras, y le derribé sobre el hormigón por detrás de una sirena con los pechos al descubierto.

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón hijo de puta!

Le machaqué a puñetazos con una fuerza que yo mismo ignoraba poseer, le di una patada en la entrepierna y le aplasté la nariz con el dorso de la mano. Se desplomó sobre el cemento húmedo, y trató nuevamente de huir; pero al instante me abalancé sobre él y empecé a golpearle la cabeza contra el suelo. Estaba completamente fuera de mí. El cubano tenía la cara desfigurada, con la boca y la nariz ensangrentadas y algunos dientes flojos.

—¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar! —le grité, cogiéndole por las orejas y sacudiéndole hasta que estuvo a punto de perder el conocimiento.

Y le habría matado, sin duda. Pero al ver su mirada turbia algo cedió en mi interior. La furia se desvaneció.

Mis hijos estaban a salvo y el hombre, de pronto, pareció volverse banal, como un pobre desecho humano.

Volví atrás y abracé a mis hijos.

—¿ME CREERÍA si le dijera que yo era dentista?

—¿Que era qué?

—En La Habana. Yo era dentista, y tenía una buena clientela. Vivía con mi mujer en el distrito de Miramar.

El cubano acababa de recobrar el sentido. Eran las ocho de la tarde y nos hallábamos de camino hacia Los Ángeles; Simon iba dormido sobre el regazo de Sonya en el asiento de atrás.

—Le creería —respondí.

¿Quién coño no lo haría? Eché una buena ojeada al pobre *shlub*. Se llamaba Félix Ribera y vivía en la calle Vendôme. Todo esto lo supe por su cartera. A la luz de los automóviles que pasaban por la carretera, daba la impresión de haberse caído de cabeza desde lo más alto del edificio Occidental, para luego ser pasado por la centrifugadora de Cal Tech. Nunca había vapuleado a nadie tan minuciosamente como a él. Esperaba no volver a hacerlo nunca.

—¿Quiere creer que no la dejaron salir? —prosiguió, medio farfullando, mientras se arrancaba una costra de sangre de los labios—. No dejaron salir a mi esposa. ¡Malditos fidelistas! Me fui, y ellos me prometieron que la dejarían marchar al cabo de seis meses. Pero no vino nunca. Dice que le gusta vivir allí... ¡Le han hecho un lavado de cerebro, esos malditos fidelistas!

—¿Está seguro de que le han lavado el cerebro? —preguntó Sonya, enrojeciendo de ira.

—¿Seguro? Pues claro...

—Puede que conociera a un simpático y joven revolucionario —añadió Sonya.

—¿Dónde está Santiago? —les interrumpí. No tenía tiempo para discusiones políticas.

—¿Eh?

—¿Dónde está Santiago Martín? ¿Se acuerda de él?

—Oh, sí... En el Club Continental. Pero no me lleve allí en este estado. Por favor. Tendría problemas. Deje al menos que me limpie un poco...

El Club Continental. Conocía el lugar, un gran salón de baile en Sunset, frecuentado por cubanos. Antes de ir hacia allí, me dirigí primero a casa para dejar a Sonya y los niños. Ribera gemía y trataba de lavarse la cara mientras yo abrazaba y besaba a mis hijos un buen rato, poco dispuesto a partir. Aún no acababan de comprender por qué me había enfadado tanto; supongo que a ellos debía de parecerles que no había ocurrido nada especial. Pero Jacob estaba verdaderamente contento de verme, y me ayudó a acostar a Simon. Al salir, me aseguré de que Sonya cerraba la puerta con dos vueltas de llave.

Diez minutos después subía los peldaños de la entrada del Club Continental, arrastrando a Ribera tras de mí como la carcasa de un animal muerto. Santiago estaba en el bar con sus compinches, bebiendo cócteles y bromeando con las camareras. Ni siquiera pestañeó cuando sostuve la cabeza de Ribera a quince centímetros de su rostro.

—Oh, señor Wine, por fin. Me ha traído las cintas.

—¿Se parece esto a una cinta, Santiago?

—Las lleva en el bolsillo.

—No existe ninguna cinta, Santiago. Su Jefe las ha destruido. Él mismo me lo dijo.

—¿Él?

—Frank Dichter, su Jefe, destruyó las cintas. También asesinó a Jock Hecht y a Deborah Frank, es probable que con sus propias manos, y pienso encargarme personalmente de que pague por ello.

—Arrojé el cuerpo casi yerto de Ribera contra la barra. Pobre diablo —. Y si todavía sigue creyendo que trabajo para él, deberían enviarle a un centro de reciclado y echar su cerebro con todas las latas viejas de aluminio.

Se me quedó mirando. Su expresión, usualmente arrogante, reflejaba confusión. En el fondo, un par de bailarines se deslizaban sobre el piso mientras el timbal de la orquesta punteaba un marcado ritmo de merengue.

Me dirigí hacia las escaleras.

—Ya nos veremos, Santiago. —No dijo nada—. Y mantenga a sus *gusanos* lejos de mis hijos. Puesto que no trabajo para el fiscal general, me encantaría denunciarle por secuestro.

Cerré con un golpe la puerta del salón de baile y me encaminé al coche con la idea de acercarme al Marmont para ver a Nancy. La circulación era más fluida y pude conducir velozmente a través de Fountain, y luego por Fairfax hacia el Strip. En el hotel reinaba un silencio notable, sin periodistas, jueguistas ni curiosos. Nancy estaba en su *bungalow*, sentada ante el escritorio de Jock corrigiendo exámenes. Un estudiante de primer año llamado Ed Shuttlesworth había merecido una C por su estudio sobre Kafka.

—Me parece que ya lo tengo resuelto.

Alzó la vista hacia mí y dejó la pluma a un lado.

—Frank Dichter asesinó a tu marido.

—¿Frank Dichter? ¿Tienes alguna prueba?

—Nada concluyente. Pero sé por qué. Jock estaba enterado de las relaciones de Dichter con un grupo de gánsteres cubanos que dirigen la Liga para la Liberación Sexual, una compañía que controla la mitad de los clubs sexuales de Los Ángeles, desde los salones de masaje más cutres hasta el Instituto de Liberación. Sospecho que Dichter les cedió el negocio porque eran antiguos compañeros de la invasión de Bahía de Cochinos. Probablemente, todo esto quedaba expuesto en una serie de cintas que Dichter le robó a Jock después de asesinarle. A Dichter le interesaba hacerlas desaparecer porque

los cubanos están pasados de moda y él tiene sus miras puestas en un cargo más elevado.

—¿De dónde sacó Jock esas cintas?

—Lo ignoro.

—¿Todavía existen?

—Dichter las destruyó. Prácticamente me lo dijo él mismo.

—Sí, supongo que las destruiría... ¿Y Deborah Frank?

—Creo que también la mató él. Los dos trabajos fueron hechos por alguien de dentro, como dicen en la tele.

Nancy sonrió.

—¿Quieres decir que ambos conocían a su asesino?

—O bien lo conocían, o bien se trataba de un hombre lo bastante famoso para ganarse su confianza.

—Un hombre o una mujer.

—¿Cómo?

—Que igualmente podría ser una mujer lo bastante famosa. También hay mujeres famosas, ¿sabes?

—Sí... Claro. —Empezaba a hablar igual que Alora.

—Pero no acabo de entenderlo. ¿Por qué mató a Deborah Frank?

—Debía de saber algo acerca de las cintas. Después de todo, era un personaje de los medios de comunicación. Dirigía un programa de entrevistas. Era peligrosa.

—Creía que Jock y ella estaban enemistados.

—Es posible. Pero eso no impediría que se utilizaran mutuamente para hacerse publicidad.

Me miró con aire escéptico. Tampoco a mí me convencía mucho la explicación.

—De modo que Dichter la mató, y luego a Jock, y luego a Meiko, ocultándola dentro de un conducto de aire acondicionado en un estudio de la Twentieth Century Fox. ¿Es eso?

—Sí, bueno, dudo mucho que se encargara personalmente de esta última parte. —La historia resultaba cada vez más complicada.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—El hombre que perseguimos en Topanga, tal vez. Acaban de encontrar su cadáver en el cañón. Lo he oído por la radio mientras venía hacia aquí. Dicen que trabajaba para la policía.

—¿Un policía de paisano?

—O un policía de nudista... como quieras. —Solté el chistecito barato con una sonrisa, pero a ella no le pareció divertido.

—¿Qué prueba eso? ¿Que la policía estaba investigando el Instituto de Liberación?

—O tratando de tapar algo.

—¿Tienes alguna prueba de que fuera así?

—Todavía no.

—Entonces, no tienes ninguna prueba sustancial que comprometa a Dichter.

Sacudí la cabeza.

—Es demasiado importante para lanzarle una acusación a ciegas.

—Sí, lo sé. Ya lo he intentado.

Me volvió la espalda y siguió escribiendo sus comentarios sobre el trabajo de Ed Shuttlesworth. Yo tomé asiento en el sofá y la contemplé. Sus dedos apretaban con fuerza un corto lápiz rojo, y tenía la frente arrugada como si estuviera concentrándose más de lo necesario.

—Naturalmente, queda la cuestión de sus coartadas...

—¿Qué les pasa?

—Son muy endebles... Cuando asesinaron a Jock, dice que estaba en el hotel con su mujer. Cuando apuñalaron a Deborah Frank, tiene una estúpida excusa acerca de que estaba cenando con el gobernador, en Sacramento.

—¿Estúpida?

Extendí la mano hacia el teléfono.

—¿Operadora? ¿Podría indicarme el número de teléfono del *Bee*, en Sacramento? Es el periódico local.

Me dio un número y lo marqué inmediatamente. La operadora de la centralita me comunicó con la sala de redacción.

—Sala de redacción. Alberts al aparato.

—Hola, Alberts. ¿Hay alguien por ahí que pueda informarme del paradero del fiscal general Frank Dichter durante la noche del viernes 28?

—Esto es un periódico, no un servicio de investigaciones.

—Ya lo sé, pero se trata de algo importante. Si me facilitan la información adecuada, podría darles una exclusiva.

—¿Qué clase de exclusiva?

—No puedo decírselo hasta que no tenga la información, pero le aseguro que será algo tremendo.

—Bueno, nosotros no...

—Si no me lo dice, llamaré al *Times* de Los Ángeles.

—Muy bien... Muy bien... No cuelgue.

Al otro extremo, el auricular resonó sobre un escritorio. Al cabo de unos segundos volví a oír la voz de Alberts.

—No sé dónde durmió, pero entre las ocho y las once de esa noche, más o menos, estuvo cenando con el gobernador en un establecimiento llamado el Zorro Amarillo, en la calle Jay.

—¿Está seguro?

—¡Y tanto! En la portada del periódico sale una foto de todo el grupo. El gobernador, su esposa, los Dichter y Art Linkletter con las copas de champán en alto. Están brindando por una nueva campaña contra el consumo de drogas por los adolescentes.

Sostuve el auricular en el aire y me quedé mirándolo, contando el número de agujeros que había en el micrófono. Eran quince en total incluyendo uno más grande en el centro del círculo.

—¿Sigue ahí?

—Sí, aún estoy aquí.

—¿Y la exclusiva?

—No hay exclusiva. La información que me ha dado no es la adecuada.

Deposité el auricular en su sitio.

—Decía la verdad, ¿eh? —observó Nancy.

Asentí y hurgué en los bolsillos en busca de un porro. Pero no había traído ninguno. Me puse en pie y paseé la vista por la habitación.

—¿Queda algo de Wild Turkey, o se lo acabó todo Gunther?

—Hay otra botella allí encima. —Señaló hacia la repisa de la chimenea. Fui por la botella y tomé un buen latigazo. Después, me dejé caer en el sofá.

—Aún es posible que lo hiciera él —dijo Nancy—. Quizás envió a alguien para que eliminara a Deborah y se deshizo de Jock él mismo.

—Supongo que es posible...

—O quizás fue alguien completamente distinto. —Vino a mi lado y me quitó la botella vacía de la mano—. Alguien con un motivo que todavía no conocemos. —Se sentó en el sofá junto a mí, nuestros hombros en contacto. Luego, se volvió y me dio un beso—. Ojalá puedas meter a Dichter en la cárcel. Es una rata.

—A mí también me gustaría. —Nos miramos a los ojos unos instantes—. ¿Sabes una cosa? He estado pensando en Nueva York.

—¿Qué has pensado?

—En irme allí.

—Vamos, hombre.

—No, en serio. Este oficio de detective es fatal para los niños. Tengo que dejarlo antes de que salgan malparados.

—¿Y qué tiene eso que ver con Nueva York?

—No lo sé. Me imaginó que allí habrá muchas oportunidades para un tipo graduado en inglés y con seis meses de estudios de derecho.

—Sí, como vendedor de hamburguesas en la estación de metro de la calle 59.

—Eso suena estupendo.

—Estás loco.

—Sí, supongo que sí... Supongo que me preocupa.

—¿El qué?

—Que vuelvas a Nueva York.

No dijo nada.

—Hace que se me quiten las ganas de atrapar a Dichter. Hace que me entren ganas de alargar la situación tanto como pueda, para retenerte aquí.

—Me voy mañana.

Me enderecé y la miré fijamente.

—¿Qué has dicho?

—Me voy mañana. Por la tarde. Tengo que dar una clase.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Pide un permiso. En estas circunstancias, tienes derecho a él.

—Eres un romántico.

—¡Oye, oye! ¡Espera un momento! Hace apenas un día me dijiste que, sin contar a tu marido, yo era el primer hombre con el que te ibas a la cama desde hace diez años.

—¿Y?

—¿No ha significado nada para ti?

—Estás pasado de moda.

—No me vengas con esa mierda. ¿No ha significado nada para ti?

No respondió.

—¿Qué coño está pasando aquí?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada... Trataré de quedarme.

—Muy bien —concluí.

La miré con el ceño fruncido. Ella también lo frunció, pero al cabo de unos instantes vio algo en mi hosca expresión que le pareció muy gracioso y se echó a reír, estrechándome entre sus brazos. Esbocé una sonrisa. Caímos sobre el sofá, entrelazados, y empezamos a hacer el amor furiosamente. No salí del *bungalow* hasta las tres de la madrugada.

ME DESPERTÓ LA MÚSICA de los Beach Boys, cantando «*Surfin' Safari*». Jacob había puesto el tocadiscos a todo volumen y estaba bailando animadamente una especie de versión infantil del *boogaloo*. Desde que fuimos a ver *American Graffiti*, había quedado fascinado por la música de los años cincuenta. Me comía los nervios verle revolver entre mi colección de viejos álbumes, seleccionando los discos de Chuck Berry y Little Richard que yo había comprado cuando iba a la escuela secundaria.

—Oye, papi, ¿dónde está el *Bo Diddley is a Gunslinger*? Me parece que se ha perdido.

—No se ha perdido... ¿Quieres apagar ese trasto? Esta mañana no estoy de humor.

—Muy bien, papi. —Se acercó al tocadiscos, aún danzando, y pulsó el botón de paro—. Hoy estás un poco gruñón.

Conseguí levantarme de la cama y fui al cuarto de baño, mirándome borrosamente en el espejo. Había dormido mal, con pesadillas y despertando a menudo. Tenía un moderado dolor de cabeza y los ojos inyectados en sangre. Había hebras grises en mis sienes y en torno a la boca comenzaban a formarse nuevas arrugas. A mis treinta y un años me sentía viejo, un fósil de la Generación Actual, tan quemado como cualquiera de los viejos luchadores de la cafetería de Topanga. Si Gunther quería sacarme en la portada de *Rolling Stone*, más le valía que se diera prisa, antes de que perdiera todo mi atractivo para el mercado juvenil.

Abrí el grifo de la ducha y esperé a que se calentara el agua contemplando a Jacob, que se había tendido en el suelo de la sala a leer las notas de la portada de un manoseado álbum de Buddy Holly, silabeando en voz alta las palabras.

—¿Quieres que vayamos a Nueva York? —le pregunté, pero el ruido del agua impidió que me oyera.

Probé la temperatura y me metí bajo el chorro, sin enjabonarme, dejando que las gotas resbalaran sobre mí. La causa de mi malestar era evidente. No quería que Nancy se fuera tan pronto. Apenas la conocía, pero ya me sentía rechazado. Era como si yo le importara un comino. Me daba igual quién hubiera matado a su marido. No venía al caso, ni figuraba para nada en su contrato matrimonial según lo había publicado la revista *Ms.* en su primer número.

La situación me enfurecía. Ya le enseñaría yo, pensé, cogiendo el jabón y empezando a frotarme el cuerpo. Tuve otra erección involuntaria, pero hice caso omiso. Había pasado unas cuantas cosas por alto, eso estaba claro. No había examinado a fondo la relación entre ambos asesinatos. De hecho, no tenía ni la menor idea de por qué habían apuñalado a Deborah Frank.

Me enjuagué con agua fría y pensé en acercarme al Beverly Wilshire a echar una ojeada a la escena del crimen. Pero ¿qué ganaría con eso? Ya había leído los informes de la prensa. Además, la policía ya había registrado hasta el último centímetro de la habitación, y, a estas alturas, lo que ellos hubieran podido dejar ya habría sido barrido y fregado. Sin duda la habitación estaría ocupada por un nuevo huésped, probablemente algún dignatario de la industria cinematográfica italiana —Dino de... lo que sea— o un derrochador hombre de negocios de Texas.

No. Tenía que haber otro enfoque. ¿Qué había dicho Jock en su nota de suicidio? ¿Qué motivos le había imputado su asesino? Había sido «incapaz de alcanzar mis objetivos». La divergencia entre sus principios y sus acciones había llegado «más allá de toda posible rectificación». ¿Y cuáles eran sus principios? La libertad

sexual. ¿Cuál era su objetivo? Liberarse. Pero ¿qué tenía eso que ver con el asesinato de Deborah Frank?

Cerré la ducha y salí a la alfombrilla, secándome con una toalla de playa mientras contemplaba un póster de los Hermanos Marx adherido a la puerta del baño. A continuación, pasé a la sala, descolgué el teléfono y marqué el número del Marmont.

—Chateau Marmont... Buenos días, cariño.

—Nada de bromas hoy, Grace. Limítese a ponerme con el *bungalow* cinco.

—Muy bien... Muy bien... Espere un momento.

El teléfono sonó seis veces. Estaba empezando a sudar cuando Nancy descolgó al séptimo timbrazo.

—Hola.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—¿Que cómo estoy? Moses, ¿sabes qué hora es?

—Las siete y cuarto.

—¡Dios mío! ¿Qué quieres?

—Solo quería asegurarme de que... de que todavía sigues ahí.

—Aquí estoy.

—Me alegro. No te vayas... ¿de acuerdo?

No respondió.

—¿Nancy?

—Sí.

—Te llamaré luego.

Colgué y fui a la cocina a preparar el desayuno de los niños: tortitas de trigo integral con levadura y leche descremada. Era mi contribución a la buena salud. Después fui a hacer otra llamada telefónica. Esta vez, el destinatario era tan madrugador como yo.

—Buenos días... y ojalá este sea el primer día del resto de su vida.

—Buenos días, Cindy. Soy Moses Wine.

—Oh, Moses, cuánto me alegra oírle. Espero que haya llamado para decirme que vendrá a hacer otra visita al Instituto. Es una pena que su primer contacto fuera en tan desagradables circunstancias.

—Sí, bueno, en realidad llamaba para pedirle una pequeña ayuda.

—Moses, ya sabe que siempre estoy dispuesta a ayudar a la gente que desea vivir plenamente todo su potencial humano.

—No me refiero a esa clase de ayuda, Cindy. Se trata de Jock. Todavía estoy intentando aclarar el asunto.

—¿Qué asunto?

—El de Jock. Los asesinatos. ¿Recuerda? Jock Hecht y Deborah Frank.

Hubo un silencio.

—¿Está ahí?

—Sí, por supuesto. Siempre estoy aquí.

—Entonces, dígame lo que sepa.

—Oh, Dios mío. Fue una cosa terrible, ¿verdad?

—¿Qué?

—El policía que vino a husmear por aquí el otro día.

—Sí.

—Se llevó su merecido.

—Sí. Esto... Cindy...

—Las fuerzas de la reacción no dejan nunca de acosarnos, Moses. Tratan de desanimar a los auténticamente liberados.

—Lo entiendo perfectamente. Mire, Cindy...

—No sé nada de Jock, Moses. ¡Ni quiero saberlo!

—¿Sabe si alguna vez estuvo con Deborah Frank en el Instituto?

—Es posible. No divulgamos los nombres de nuestros visitantes. No sería muy profesional.

—¿Y quién la acusaría? ¿La Liga?

—No empiece a ponerse desagradable.

—Muy bien, Cindy. —Comenzaba a estar harto—. Creo que no sabe usted quiénes son sus verdaderos amigos. ¿Y si le dijera que el auténtico propietario de su bienamado Instituto es el fiscal general de este estado, y que muy probablemente no desearía nada mejor que cerrarlo en el más breve plazo posible? ¿Qué pensaría usted de eso?

—Esto... Eh... suena un poco descabellado, pero, eh... — tartamudeó Cindy.

—Pero... Eh... pruebe a decírselo al grupito de la sauna, a ver cómo se lo toman.

De nuevo quedó en silencio.

—Lo único que le pido es una pequeña indicación, una pista. Una mujer en su posición se entera de muchas cosas. Como decía mi abuelo, una polla tiesa no tiene conciencia.

—¡Qué vulgaridad! Pero lo cierto es que no sé nada. Aunque una cosa sí puedo decirle, Moses. Si existe alguna persona que sepa todo lo que se puede saber de Jock Hecht, más incluso que su... querida Nancy, esa es Marcia Lynn...

—¿Y quién es ella?

—Su agente... de World Management Associates.

—Gracias, Cindy. Es usted una amiga. Si encuentro a alguien con una disfunción primaria o secundaria, se lo enviaré inmediatamente.

Colgué y arreglé a los chicos para salir, preparando el almuerzo de Jacob y recogiendo unos cuantos pañales de recambio para Simon. Luego, los reuní a los dos y nos dirigimos hacia la puerta.

Estábamos saliendo cuando cayó una carta por la ranura del correo. Parecía un folleto publicitario y no había forma de saber cuánto tiempo llevaba allí, pero la recogí de todos modos. Me arrepentí de haberlo hecho.

UNA EXPERIENCIA INOLVIDABLE LE AGUARDA
EN LA ÚNICA
MANSIÓN DE DISCIPLINA
DE LOS ÁNGELES
3218 VISTA DEL MAR, REDONDO BEACH
LLAME AL 463-3848 PARA CONCERTAR
UNA CITA DISCRETA
«¡BAJO EL SIGNO DE LA GARRA!»

Debajo había un par de látigos cruzados bajo una garra de gato. En la parte superior, alguien había garrapateado «Vea a Dolores.

¡Nunca defrauda!» con lápiz de labios color magenta.

Emití un gruñido y embutí el folleto en mi bolsillo de atrás.

—LA SEÑORA LYNN está reunida.

—¿Cuándo terminará la reunión?

—A las once. Y entonces tiene otra reunión con Gore Vidal y Sam Peckinpah.

—¿Y luego?

—Una conferencia con David Lean, Warren Beatty y Lawrence Durrell.

—¿Y luego?

—Un almuerzo con el vicepresidente de Paramount Pictures y el editor en jefe de Simon & Schuster.

—¿Qué hará después de almorzar?

—Después de almorzar se va en avión a Londres, donde estará una semana.

La recepcionista de World Management Associates me miró por encima de su máquina Selectric con una sonrisa de profunda condescendencia.

—Dígame, ¿la señora Lynn se toma algún momento para ir a cagar?

—La señora Lynn no está en absoluto disponible.

Retrocedí y comencé a pasear por la sala de espera. Una joven actriz, muy nerviosa, ocupaba una butaca de terciopelo dorado en espera de ser llamada por uno de los agentes. Me miró de soslayo, tratando de decidir si yo era lo bastante importante para merecer una sonrisa, y luego desvió la mirada. Contemplé el busto de

Conrad Epstein, el bigotudo caballero que había fundado la agencia en 1898. Aun en bronce, presentaba la imperturbable y en apariencia desinteresada expresión de un hábil jugador de póquer.

—¿Puedo usar su teléfono? —pregunté a la recepcionista.

—¿Larga distancia?

—Tan larga como de aquí a los estudios de la Fox.

—Use el ocho —respondió, empujándolo hacia mí.

Pareció molestarse un poco cuando saqué el teléfono al pasillo y marqué el número del estudio, pidiendo por la extensión 312.

—Hola, Gruskow. Soy Moses Wine.

—Ah, hola, Moses. Es una mierda, todavía seguimos atascados con esa película de gánsteres. Lars amenaza con volverse a Malmö.

—Ya sé cómo es eso... Escucha, ¿cuánta influencia tienes en la industria del cine?

—Bueno, hay quien dice que...

—Quiero decir auténtica influencia. Peso.

—No ando mal.

—¿Puedes conseguir que me reciba Marcia Lynn?

—Claro.

—Quiero decir inmediatamente. Antes de cinco minutos.

—Bueno...

—No me jodas, Gruskow. Esto va en serio. Si me haces este favor, me tendrás como consejero gratuito por el resto de tu vida. Todo lo que necesites saber: detectives, gánsteres, policía, los métodos... Incluso te presentaré a un corredor de apuestas gay que asegura que asesinó al expresidente de Argentina.

—Pero...

—Cinco minutos, Gruskow.

Colgué y devolví el teléfono al escritorio. Luego me quedé en el extremo del pasillo, contemplando a los aprendices que entraban y salían del cuarto del correo, apretando contra su pecho sobres de papel manila, con adustas expresiones de importancia.

Al cabo de tres minutos, la recepcionista me dio un golpecito en el hombro.

—La señora Lynn le recibirá ahora mismo.

—Ya era hora.

La seguí pasillo abajo, percibiendo la mirada de sorpresa de la joven actriz cuando pasamos ante ella.

La señora Lynn no estaba en su despacho cuando la recepcionista me abrió la puerta. Me acomodé en un sillón Eames de cuero negro y miré a mi alrededor. La habitación era amplia y hogareña, llena de plantas en jardineras. Helechos y *Ficus benjamina*. Los muros estaban cubiertos de fotografías de clientes famosos. Reconocí una de Hecht en la ceremonia de entrega del Premio Nacional de Literatura y otra en una conferencia del PEN Club Internacional celebrada en Viena, sosteniendo una raqueta de tenis al lado de Heinrich Böll. Antes de que hubiera podido examinarlas todas, entró Marcia Lynn y se sentó frente a mí sin decir palabra. Era una mujer imponente de unos cuarenta y tantos años, con el cabello color siena quemada y un pañuelo naranja en torno al cuello. Su mano sostenía una cajetilla de Balkan Sobranies.

—Usted trabaja para Nancy Hecht —comenzó—. Cuenta usted con mi simpatía. Es una mujer muy difícil.

—¿Difícil?

—Casada con un hombre de genio. Eso siempre crea problemas. Lo he visto repetirse una y otra vez.

—¿Qué ha visto?

—Malentendidos.

Le dirigí una mirada interrogativa.

—No se extrañe tanto, señor Wine. Es evidente. Yo ya se lo advertí. No puede una casarse con un hombre así sin saber a lo que se expone. Los genios tienen sus propios imperativos. No están sujetos a la moral convencional. Hace generaciones que lo sabemos. Marlowe y Kyd en aquella riña de taberna. Rimbaud y Verlaine. Baudelaire. Genet. Si insistiéramos en aplicar nuestras normas a estas personas, la literatura quedaría reducida a meras banalidades... por no hablar de la pintura, la música e incluso la ciencia.

—Tiene usted una opinión elevada de Jock Hecht, señora Lynn.

—¿Elevada? Yo no diría eso. Jock nunca tuvo la posibilidad de realizar todo su potencial. Estoy segura de que su nuevo libro habría sido el mejor. Una obra maestra. Estaba exponiéndose a un considerable riesgo personal, comparable al de... Boswell en *The London Journal*.

—¿Qué clase de riesgo?

—De humillación. Se exponía al ridículo a que podían someterle los bienpensantes... Estaba investigando las mismísimas raíces de nuestra sexualidad, la mismísima... —Se interrumpió y contempló con aire maternal la fotografía del Premio Nacional de Literatura—. La mismísima esencia de las necesidades humanas. —Encendió un cigarrillo y exhaló una bocanada como para subrayar su afirmación. Jock Hecht había muerto, pero no por eso Marcia Lynn había dejado de ser su agente.

—A propósito de Nancy Hecht —pregunté—. ¿Por qué cree que era tan difícil?

—Ingenuidad, querido. Creía haberse casado con un compañero del alma, con alguien que se pasaría la noche en vela a su lado analizando a Proust y la acompañaría a los conciertos de música de cámara. Para eso habría debido casarse con otro profesor, no con un artista.

—Tenía entendido que en su matrimonio existía una buena comunicación.

—Naturalmente.

—Con permiso para acostarse con terceras personas.

—¡Y de qué manera!

—Y un contrato matrimonial.

—¡Por supuesto! —Se echó a reír—. Estoy perfectamente al corriente. Yo misma lo redacté.

—¿Lo redactó usted?

—Bueno, prácticamente. No palabra por palabra, desde luego. Fue ella quien lo escribió. Pero lo sugerí yo. Por entonces, Jock estaba a punto de publicar una antología de sus trabajos iniciales, y

la primera edición de *Ms.* quería algo sensacional. Pero la pobrecilla se lo tomó completamente en serio.

—También yo lo habría hecho —observé. Me dirigió una penetrante mirada, pero, antes de que decidiera dar por terminada nuestra entrevista, me lancé rápidamente a la brecha—. ¿Sabe si Jock estaba trabajando en alguna otra cosa, algún que otro trapo sucio que acompañara a su experiencia personal?

—¿A qué se refiere?

—A destapar un escándalo, tal vez.

—¿De qué clase?

—No lo sé. Una investigación sobre el negocio de la pornografía, por ejemplo.

—Me parece dudoso. Pero constantemente descubría todo tipo de cosas.

—¿Qué puede decirme de Deborah Frank? ¿La conocía?

—Ciertamente.

—¿Bien?

—Bastante bien.

Esbozó una sonrisa burlona y miró hacia la pared, sobre mi cabeza. Me volví y, siguiendo su mirada, descubrí una gran fotografía en color de la difunta Deborah Frank.

La presentadora estaba de pie ante una cámara de televisión, sosteniendo una tablilla con sujetapapeles. Su cabello y sus ojos eran oscuros, y tenía la tez morena; parecía una perfecta princesa judía, tal y como yo me imaginaba a la reina Esther cuando era un adolescente que asistía a la escuela dominical. La dedicatoria rezaba: «A mi Marcia. ¿Dónde estaría yo sin ti?».

—Conque usted era su agente.

—En efecto, lo soy.

—De ella y también de Jock.

—Así es.

—¿No le creaba eso algunas dificultades?

—Claro que no. Fue el propio Jock quien le recomendó que viniera a verme.

—¿Jock la recomendó a usted?

—Los escritores lo hacen constantemente. Por lo general, no cuento con personajes de la televisión entre mis clientes. Soy agente literaria. Pero nos llevábamos estupendamente.

—¡Se llevaban estupendamente! Pero Jock...

Su secretaria llamó por el intercomunicador. Los señores Vidal y Peckinpah estaban esperando fuera.

—Lo siento, señor Wine, pero debo rogarle que se retire. Espero haberle sido útil.

—Un momento, por favor. Aún tengo un par de preguntas. Hay algo que no entiendo... Creía que Jock y Deborah Frank estaban enemistados.

—No quiero hablar de este asunto.

—¿Por qué no?

—Eso no importa, señor Wine. Le he dicho que no quiero hablar del asunto.

—Entonces, no estaban enemistados.

—Bien...

—Solo hay dos alternativas, señora Lynn. Estaban enemistados o no lo estaban.

—¿Usted cree?

—Y yo diría que no lo estaban. Yo diría que todo era un truco.

—¿Con qué fin?

—Publicidad, naturalmente.

—¿Y a quién se le habría podido ocurrir una cosa así?

—A la única persona que tenía algo que ganar por ambas partes. A su agente.

Rodeó el escritorio y me abrió la puerta. Pude ver las celebridades que la esperaban en la antesala. Les dedicó una sonrisa encantadora.

—Una última cosa. ¿Cuánto tiempo hacía que Deborah Frank era cliente suya?

—Nos conocimos hace dos años.

—¿Cuando Jock preparaba su libro sobre la mafia judía?

—Efectivamente.

—Por lo tanto, se conocieron a través de Meyer Greenglass...

—Lo ignoro, señor Wine.

—Ella era sobrina suya.

—Eso me han dicho...

—Sería lo lógico.

—Tal vez... Buenos días, señor Wine. —Pasó ante mí, arrojándose a los brazos abiertos de Sam Peckinpah.

—¿DÓNDE ESTÁN LAS CINTAS?

¡Repetición instantánea de la jugada! Acababa de sentarme al volante del Vega de alquiler, cuando un brazo tan grueso como una tubería de desagüe me rodeó el cuello y empujó hacia arriba. Antes de que estuviera en condiciones de responderle, repitió la pregunta:

—¿Dónde están las cintas?

—¡Las cintas no existen!

—¡Y una mierda!

Tiró de mí hacia atrás, por encima del respaldo, y me colocó boca abajo sobre el suelo del coche. Un puño como una barra de plomo me golpeó en la espalda, unos centímetros más arriba de los riñones.

—¿Dónde están las cintas?

—Estás empezando a repetirme, tío.

—¿Dónde están? —Me hizo probar de nuevo su puño de plomo.

—Las han destruido. ¡Todo el mundo lo sabe!

—¡Bonito cuento!

—¡Vamos, hombre! ¿Es que los cubanos no sabéis cuándo hay que dejar correr las cosas?

—¡Yo no soy ningún jodido cubano! —Y me pegó otra vez.

Volví ligeramente la cabeza, lo justo para comprobar de reojo que me decía la verdad. No era un jodido cubano. Era un rubio anglosajón casi un grande como Godzilla.

Me amenazó de nuevo con el puño y levanté ambas manos en un gesto de autodefensa.

—¡Oye! ¡Si lo dejas correr, te diré lo que les he dicho a los cubanos!

Se detuvo, y dispuse de algo así como seis segundos para explicarme. La verdad era tan buena como cualquier otra cosa.

—Las cintas las robó el fiscal general Frank Dichter y las destruyó en cuanto se apoderó de ellas.

Eso le contuvo.

—¡Levántate! —me ordenó el hombretón.

Me arrodillé penosamente y me levanté apoyándome en el respaldo. Cuando ya lo había conseguido, me golpeó en la barbilla y me derribó otra vez al suelo, con los pies alzados hacia la portezuela posterior. Acto seguido, me sujetó e iba a empezar de nuevo cuando le solté un rápido directo a las costillas. Seguí con un golpe en el cuello con el canto de la mano y una fuerte patada en el bajo vientre. Se dobló hacia adelante, y me disponía a dejar zanjada la disputa cuando sacó un calibre 38 que llevaba oculto bajo la chaqueta y me apoyó el cañón en la frente, al tiempo que me aplicaba un gancho en el plexo solar con la mano libre.

—De acuerdo —dije—. Me hago cargo. Pero puedes arrancarme el ojo izquierdo y picarme las pelotas con una segadora de césped y seguiré sin decirte dónde están las cintas, porque no lo sé. Y si me matas, puedes estar seguro de que no te lo diré.

—¡Me han ordenado que te haga soltar esas cintas!

—¿Y quién te lo ha ordenado?

—¡Eso a ti no te importa! —Volvió a cogerme por el cuello y me lo retorció contra el volante.

—Oye, tío, ¿no podríamos hacer un trato? Yo estoy buscando las cintas. Tú estás buscando las cintas. Tenemos muchas cosas en común. ¿Por qué no me sigues mientras las busco, y te las doy cuando las encuentre?

Godzilla me miró pensativamente. Lucía una cicatriz en el puente de la nariz, que estaba torcida como si tuviera el tabique nasal

desviado. En alguna ocasión debía de haber tropezado con alguien más grande que él. Tal vez Wilt Chamberlain.

Nos contemplamos en silencio un rato más. Él estaba tratando de decidir qué debía hacer, pero le resultaba difícil. Era como contemplar un dinosaurio: un cuerpo descomunal con un cerebro del tamaño de un cacahuete. Ya casi había perdido toda esperanza de que llegara a una decisión cuando se guardó la pistola y salió del coche.

Me senté al volante y me toqué la cara. Me sangraba la nariz y tenía la mandíbula dolorida. A través del retrovisor vi a mi amigo rubio instalándose al volante de un Buick negro. Arranqué en marcha atrás y salí del estacionamiento con el otro coche pegado al mío. Estaba claro que iba a tener compañía. Tuve que sonreír. El sitio al que me dirigía le pondría nervioso, estaba seguro.

Ya era entrada la tarde cuando tomé la autopista de Harbor en dirección a la cárcel. Esta vez Greenglass tendría que verme. Esta vez no habría ningún juego del ratón y el gato. Llevaba demasiado tiempo sentado tras los barrotes, callado como un Buda de la Segunda Avenida, cuando a mí me constaba que poseía las respuestas que podían aclarar todo aquel lío.

El Buick me seguía de cerca cuando aceleré frente al campus de Cal State, en Domínguez Hills. Deborah Frank, Greenglass, Jock Hecht, Dichter, Nancy, Cynthia Hardwick, Marcia Lynn, Santiago Martín. Sus nombres y sus rostros se arremolinaban ante mis ojos. También los de Gruskow y Gunther; no podía olvidarlos. Ni a Meiko. ¿Era una chica codiciosa, como había dicho Santiago, o solamente una masajista con mala suerte? ¿Y qué pensar de Deborah Frank y Jock Hecht? ¿Eran en realidad amigos... incluso amantes? Se habían conocido por mediación de Greenglass y trabajaban ambos con Marcia Lynn. Pero ¿por qué fingían pelearse? ¿A qué venía aquella comedia ante el público? ¿Era por un libro? ¿Para revelar conjuntamente el contenido de las cintas? ¿Y cómo habían llegado las cintas a manos de Hecht, para empezar?

¿Y quién era aquel desecho de la torre de guardia de Auschwitz que llevaba pegado a mis talones? ¿Acaso no le había dicho nadie que las cintas habían sido borradas? Era una vergüenza ser tan ignorante, estar tan fuera de contacto con la vida social. El único de la fiesta que aún no había visto *El exorcista*.

Salí de la autopista en San Pedro, hundiéndome más profundamente en el asiento y notando la presión del folleto de la Mansión de Disciplina en el bolsillo de atrás de los pantalones. También eso era extraño. No lograba comprender cómo, de pronto, me habían incluido en la lista de viejos verdes a los que enviaban esta clase de anuncios. Dios mío, ¿acaso le anotaban a uno automáticamente en cuanto cumplía los treinta y un años? ¿Y quién habría tenido el retorcido sentido del humor de ponerse a escribir «Vea a Dolores. ¡Nunca defrauda!» con un auténtico lápiz de labios? ¿Alguna puta barata de Redondo Beach? No le veía ninguna lógica.

Giré de nuevo, bajo un firmamento todavía claro, para cruzar el puente que unía el puerto con Terminal Island. La lluvia había limpiado el aire, y a la derecha se divisaba la costa de Catalina con la silueta de Long Beach en el horizonte, todos sus edificios recortados nítidamente sobre el azul. Incluso se distinguían los mayores yates atracados en la Costa Dorada de Orange County, con sus banderas multicolores ondeando con orgullo por encima de los clubs náuticos. Era como si los dioses hubieran concedido una segunda oportunidad a la ciudad, como si hubieran borrado los últimos cuarenta años y nos hubiesen dicho que podíamos intentarlo de nuevo. Pero esta vez más nos valía no pifiarla.

Seguí por el borde de Terminal Island, pasando ante la fábrica de conservas de atún, la estación de los guardacostas y los bares para marinos portugueses, hasta llegar ante la entrada de la prisión federal. Godzilla se apartó a un lado de la carretera y aparcó allí mientras el funcionario me hacía pasar a las oficinas de la administración.

El alcaide adjunto no dio muestras de alegría al verme. Tenía un día muy ocupado, me anunció, pues esperaba a unos inspectores

enviados por el gobierno: un congresista del 12.º distrito y un representante del departamento de Sanidad, Educación y Bienestar. Además, Greenglass no se había encontrado muy bien en los últimos días. Había estado enfermo.

—¿Enfermo? —repetí—. Yo le encontré muy bien.

—Ya hace algún tiempo que tiene achaques, día sí y día no.

—¿Qué le pasa?

—Eso es cosa de él.

Pero Greenglass no estaba dispuesto a comentarlo conmigo. De hecho, no estaba dispuesto a hablar conmigo de ningún tema en absoluto.

—¿No podría usted obligarle... siquiera por un minuto?

El alcaide había comenzado a acompañarme a la puerta.

—Absolutamente imposible.

—Pero es un asunto vital. Posee información que podría conducir a la resolución de un delito.

—No me cabe duda de que posee información que podría conducir a la resolución de muchos delitos.

—Un asesinato múltiple —añadí.

—Adiós, señor Wine.

Un funcionario esperaba en la puerta para conducirme al exterior.

Frustrado y deprimido, bajé la rampa hacia el patio de la prisión. Un grupo de internos de raza negra estaban disputando un partido de béisbol. El bateador era un tipo con el pelo a lo Sly Stone. Falló el primer lanzamiento, pero el segundo lo envió limpiamente entre el jugador de la zona de *shortstop* y el de la tercera base. La pelota rebotó en el cemento, más allá del jugador de campo izquierdo, pasó sobre una barandilla baja y un césped donde otros presos jugaban al ajedrez y rodó hacia un bosquecillo de palmas de Castilla. Delante del bosquecillo, en un banco de madera, había un anciano encogido bajo una manta gris, aunque la temperatura ambiente debía de rondar los veinticinco grados. Era Greenglass.

Bajo la mirada de un guardia, eché a andar en dirección a él. Cuando llegué a la barandilla me detuvo otro guardia. Me quedé parado, contemplando al viejo judío desde unos treinta metros de distancia. Su tez se había vuelto de un verde institucional. Su cutis estaba surcado de arrugas que me recordaron la cera que gotea de una vela.

—¡Señor Greenglass! ¡Señor Greenglass! ¡Tengo que hablar con usted!

No dijo nada.

—Señor Greenglass, es acerca de Jock Hecht y de su sobrina Debbie. Tiene que hablarme.

Siguió sin responder.

—¡Señor Greenglass!

No se movió ni reaccionó en modo alguno. Me pregunté si podía oírme. Lo intenté por última vez.

—¡Greenglass, *momzer*, hable de una vez! ¿Qué hubo entre Hecht y Debbie Frank?

Nada. Se alzó un ligero viento que agitaba las palmas. El jugador de campo izquierdo pasó corriendo ante Greenglass, en busca de la pelota. A mis espaldas, oí que se acercaba otro guardia para que me marchara. Sabía que no había nada que hacer, pero no quería irme.

Entonces Greenglass alzó una mano y llamó al jugador de béisbol con un ademán. El joven negro se detuvo —no podía tener más de veintidós años— y se acercó al anciano. Permanecieron unos instantes juntos, como un camafeo congelado de la vida en Norteamérica. Greenglass sacó un pedazo de papel y escribió algo. Luego, se lo tendió al joven y señaló en mi dirección.

El jugador de campo izquierdo cogió el papel y vino hacia mí.

—De parte del cerdo sionista —me informó, depositando el papel en la palma de mi mano. Lo desdoblé y leí: «(212)948-3652. Pregunte por Bathsheba». Procuré aprenderme el número de memoria antes de que el guardia me lo quitara.

Godzilla seguía esperándome.

Abandonamos la isla con nuestros respectivos automóviles pegados el uno al otro, parachoques contra parachoques, como si estuviésemos en mitad de un atasco de tráfico del Día del Trabajo. Por el retrovisor veía al esbirro encorvado sobre su volante, con su deforme nariz sobresaliendo hacia el parabrisas. Tenía que decidir si me lo sacudía de encima antes de meterme en una cabina telefónica para llamar a Nueva York.

Estudié sus fríos ojos grises. Eran como estanques vacíos, las órbitas deleznables del buen soldado de la causa del asesinato, de los que siempre cumplen las órdenes de arriba sin arredrarse jamás, aunque ello signifique estrangular a un bebé o bombardear una aldea de campesinos. Ojos de William Calley. Ojos del siglo xx. Me helaban la sangre, pero no merecían ni mi desprecio.

Crucé el puente, pagué el peaje en el extremo de San Pedro y me desvié hacia la zona comercial. Godzilla me siguió muy de cerca, sin olvidar su deber ni por un instante, completamente ajeno al hecho de que sus órdenes podían tener implicaciones.

Implicaciones. Me detuve en una gasolinera Standard, comprendiendo repentinamente que en ningún momento me había parado a estudiar las implicaciones del caso. Existían otras permutaciones y combinaciones. Quizás había interpretado mal a Greenglass y me había dejado llevar de la mano hacia una especie de vía muerta; cabía la posibilidad de que no fuera tan inocente como parecía haber «demostrado». Ya puestos, cabía también la posibilidad de que Dichter no hubiera asesinado a Jock. Ni a Debbie. Ni a Meiko. Y entonces, ¿qué?

Salí del coche y pasé ante el Buick de Godzilla, dándole unos golpecitos en la carrocería. Hizo ademán de abrir la portezuela.

—No te pongas nervioso —le dije—. Acabo de tener una corazonada sobre la cuarta carrera de Hollywood Park y quiero llamar a mi corredor de apuestas.

Se recostó de nuevo en el asiento, no muy tranquilo, y me siguió con la vista. Entré en la cabina e introduje una moneda de diez

centavos en la ranura, pidiéndole a la operadora que cargara el importe de la llamada de larga distancia al teléfono de mi casa.

—948-3652. —Una mujer con acento inglés respondió en un tono a la vez pomposo y eficiente.

—Desearía hablar con Bathsheba.

—¿Quién llama?

—Mi nombre es Moses Wine.

—¿Le conoce Bathsheba?

—No, no me conoce. Soy un amigo de Meyer Greenglass.

—Creo que no he oído hablar nunca del señor Greenglass.

—Bueno, pues ella sí... Pregúnteselo.

—Un momento.

Oí el murmullo de una breve discusión antes de que la mujer inglesa volviera al teléfono. Comenzaba a sospechar que se trataba de un ama de llaves o una especie de gobernanta.

—Bathsheba no conoce al señor Greenglass.

—Pero estoy seguro...

—Nunca ha oído hablar de él.

—Oiga, se trata de un asunto muy importante. Le aseguro que debo hablar con ella. Solo por un minuto.

—No tengo ninguna manera de saber quién es usted, señor.

—Oiga, ¿con quién habló?

Sonó un «clic» en el otro extremo de la línea.

Me quedé mirando a Godzilla y probé de nuevo, esta vez solicitando una llamada de persona a persona con Bathsheba. No fue aceptada.

Salí a la gasolinera Standard, sintiendo un vahído por los gases de los automóviles y el sol de la tarde. Tenía que existir otro medio mejor para comunicarme con aquella mujer, pero aunque consiguiera hacerlo, no tenía ni idea de qué preguntarle ni de qué podía decirme ella.

Habían dado ya las tres, y conduje de vuelta a la ciudad, saliendo de la autopista de Harbor en dirección a Hollywood y virando luego por la avenida de Echo Park. Me dirigí directamente a

mi casa y aparqué justo en frente, con Godzilla a mi espalda. Pasé al interior, cerré la puerta durante un segundo y volví a asomar la cabeza.

—¡Tengo las cintas! —grité. El hombretón saltó precipitadamente de su automóvil, y le arrojé un rollo de cinta adhesiva a los pies—. ¡Inocente! —añadí, y le cerré la puerta en las narices.

Acto seguido, me senté ante el teléfono y marqué directamente el número de Nueva York. Y hete aquí que esta vez me respondió Bathsheba en persona. Tenía una vocecita dulce y aguda, y calculé que tendría unos nueve años.

—Hola, Bathsheba, me llamo Moses Wine.

—Ya sé quién es. Es el detective. Está trabajando para mamá. Me habló de usted por teléfono.

—¿Ah, sí?

—Sí, ayer... Perdone que no me haya puesto antes, pero la vieja Spreckles es muy estirada. No ha querido decirme quién llamaba hasta después de colgar. Creía que era usted uno de esos, ya sabe, esos que llaman para molestar.

—Yo no llamo para molestar. Al menos, creo que no.

—A mí me suena usted bien.

Quizás le sonara bien, pero no me sentía así en absoluto. Me hundí más en el sofá, claramente alterado, como si fuera Alicia y estuviera sumergiéndome sin saberlo a través del espejo.

—¿Te dijo tu mamá cuál era mi trabajo? —pregunté.

—Ayudarla.

—Ayudarla, ¿en qué?

—Ayudarla a descubrir lo de papá.

—A descubrir, ¿qué?

—Si lo asesinaron o si se mató él.

Su voz apenas tembló. La señorita Spreckles la había educado muy bien.

—¿Y tú qué crees que pasó?

—No lo sé... ¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Qué opina tu mamá?

—Tampoco lo sabe.
—¿Conoces a un hombre que se llama Meyer Greenglass?
—No.
—¿Y Frank Dichter?
—No.
—¿Y Santiago Martín?
—No.
—¿Y una mujer llamada Deborah Frank?
—No.
—¿Has oído hablar de alguna de estas personas?
—No.
—¿Y de Sal Gruskow, Cynthia Hardwick o Gunther Thomas?
—No, no y no... ¿Por qué me hace todas estas preguntas?
—No lo sé.
—No es una explicación muy buena.
—No, desde luego... Porque alguien me lo ha dicho.
—¿Quién?
—Meyer Greenglass.
—Pero si yo no le conozco.
—Era un amigo de tu papá.
—¿Conocía usted a papá? —quiso saber.
—Había hablado con él.
—¿Creía usted que era un gran hombre?

No supe cómo contestar a eso. Permanecí un rato en silencio, sosteniendo el auricular y hundiéndome cada vez más a través del espejo. Mis párpados se cerraron y me vi dando volteretas en un oscuro vacío. La voz de Bathsheba interrumpió las visiones.

—¿Sigue ahí, señor Wine?
—Sí, aquí estoy.
—Echo de menos a mamá.
—Ya me lo imagino. Es una magnífica persona.
—Hoy no hemos podido ir al concierto infantil.
—Pronto volverá.
—Ya lo sé. Volverá esta noche, cuando yo me haya dormido.

—¿Ah, sí?

—Me lo ha dicho Spreckles.

—Entonces será verdad.

—Lleva fuera desde el viernes.

—Quieres decir desde el sábado. Se fue de ahí el sábado.

—No, no. Desde el viernes. Esa tarde hice fiesta en la escuela porque fui a acompañarla al aeropuerto.

—¿Para ir adónde? ¿A San Francisco?

—No, a Los Ángeles. Para estar con papá.

—Pero... —Busqué algo que decir, pero no pude completar la frase. Me palpitaba el corazón y las manos empezaban a ponerse pegajosas. Me quedé mirando el teléfono. Estaba deritiéndose ante mis ojos como un cuadro de Dalí.

—¿Señor Wine?

—Sí, Bathsheba.

—¿Quiere preguntarme alguna otra cosa?

—No, Bathsheba. Creo que no.

—Espero que algún día podamos vernos.

Era verdaderamente encantadora. Tal y como iban las cosas, dentro de diez años Jacob podría llamarla...

—Quizás nos veamos. —Apenas conseguí articular las palabras —. Dile a Spreckles que te cuide muy bien, Bathsheba. Buenas noches.

Colgué el aparato, saqué unos papeles y empecé a liar un porro. Pero volví a guardarme la china en el bolsillo de la chaqueta y salí lentamente hacia el coche, con ánimo deprimido.

—NO PODEMOS FACILITAR esta clase de información, señor, sin una autorización previa.

—¡No te vayas por las ramas, amigo! —Cogí al recepcionista del Marmont por su estrecha corbata negra y retorcí con fuerza.

—¿Qu-qué?

—¡Ya me has oído! ¿Dónde está?

—Ha salido hacia el aeropuerto.

—¿Cuándo?

—Hace veinte minutos.

—¿Cómo se ha ido? ¿Se ha llevado la limusina?

—No lo sé, señor.

—¡Pues piensa, gilipollas! ¡Piensa!

—Me parece que se la ha llevado, señor. Sí.

—¿En qué compañía viaja?

—No puedo saberlo, señor.

—¿No puedes saberlo?

El recepcionista asintió nerviosamente.

—¿Estás seguro?

—Se lo juro.

Solté la corbata y el empleado trastabilló hacia el mostrador, frotándose el cuello. Salí disparado del vestíbulo y salté a mi coche, acelerando hacia el aeropuerto.

Era la hora punta y la circulación estaba colapsada en todo Century Boulevard. Avancé con desesperante lentitud,

esforzándome por ver a Nancy y repasando mentalmente todas las compañías que volaban a Nueva York: American, United, TWA. La primera que encontré fue la United. Entré en la zona de embarque de pasajeros y empecé a buscar a Nancy. No estaba en la sala de espera, y faltaban dos horas para el próximo vuelo a Nueva York.

Probé en la TWA. Los pasajeros del vuelo de las cinco ya estaban subiendo al avión. Repasé la lista de embarque. Nancy no figuraba en ella. Salí precipitadamente del edificio en dirección al de American Airlines. La sala de espera estaba atestada. Chicago, Nueva York, Boston... Una larga lista de vuelos centelleaba en el monitor de circuito cerrado. Junto a la acera había aparcadas varias limusinas. Me abrí paso entre el gentío, tratando de encontrarla, recorriendo una y otra vez un círculo entre el vestíbulo y la zona de recogida de equipajes. Los altavoces anunciaron un vuelo a Atlanta y otro con destino a Houston. Un grupo de jóvenes con mochilas pasó junto a mí, depositando su carga en el mostrador de facturación.

Me detuve a recobrar el aliento. Estaba pensando en volver otra vez a la United cuando por fin la vi, a cincuenta metros de distancia, avanzando por un pasillo móvil en dirección a las puertas de embarque. Llevaba una bolsa de viaje bajo el brazo.

Salté al pasillo móvil y anduve a paso vivo tras ella. Cuando estaba a tres metros, percibió mi presencia y volvió la cabeza.

—Ah, hola —me saludó.

—Hola.

—No tenías que haber venido. Quiero decir, no hacía falta que vinieras.

—¿Ah, no?

—Ya te dije que volvía a Nueva York. Debo irme. Ya he perdido dos clases.

Esperó mi reacción, pero no la hubo. Me limité a quedarme quieto en el pasillo móvil, un par de pasos por detrás de ella.

—Adiós —se despidió, y me besó en la mejilla.

Llegamos al final del pasillo. Me dirigió una mirada de inquietud y echó a andar hacia la escalera automática de la puerta de embarque, pero la sujeté por la muñeca antes de que pudiera alejarse.

—Oye, ¿qué significa esto? —Forzó una sonrisa—. ¿Una brutal demostración de fuerza viril? ¿Un matrimonio por derecho de captura? No te creía tan anticuado.

—¿Dónde estuviste el viernes por la noche?

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente, esto: ¿dónde estuviste el viernes por la noche?

—No comprendo.

—¿No sabes responder a una pregunta sencilla?

—Tengo que tomar el avión. —Trató de desasirse, pero no la solté.

—¿Dónde estabas? —repetí.

Vaciló.

—En Nueva York, supongo... No sé.

—¿Supones? Solo han pasado cuatro días.

—Han ocurrido muchas cosas. Estoy un poco confusa.

—Permíteme que te refresque la memoria. Tu hija Bathsheba dice que te acompañó al aeropuerto el viernes por la tarde.

—¿Bathsheba?

—Venías hacia aquí. Contando las tres horas de diferencia, llegaste a Los Ángeles sobre las seis, hora más o menos.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—No nos conocimos hasta veinticuatro horas más tarde, a los pocos minutos de haber encontrado yo el cuerpo de Jock, y me hiciste creer que acababas de bajar de un avión.

Los altavoces anunciaron la última llamada para el vuelo a Nueva York. Nancy se volvió hacia la escalera mecánica.

—¿Dónde estuviste, Nancy?

—Tengo que irme, Moses, en serio.

—Dímelo, Nancy. Tienes que decírmelo.

—Te llamaré desde Nueva York. Lo aclararemos todo.

—¿Cómo sé que me llamarás?

—¿Qué?

—¿Cómo sé que te quedarás en Nueva York?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? Creía que trabajabas para mí.

—Explícamelo, Nancy, por favor. Entonces habrá terminado todo y podrás irte tranquilamente.

Me volví, obligándola a que me mirase de nuevo. Ella desvió la vista.

—Nancy, por favor.

—¿Qué quieres de mí?

—¡Que nos ayudes a los dos a salir de esto!

—¿Y si no puedo?

La solté y di un paso atrás. Un par de monjas con maletas pasaron por nuestro lado y se dirigieron hacia la escalera mecánica.

—Creo que será mejor que nos vayamos de aquí —dije al fin.

—Muy bien.

La cogí del brazo y, sin decir nada, regresamos por el pasillo hacia la salida de viajeros. Cuando subimos al coche, otra limusina estaba arrancando. Cerré las portezuelas y nos pusimos en marcha, dejando atrás el aeropuerto, en dirección a Century Boulevard.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—¿Acaso importa?

El sol se ponía a nuestras espaldas; del océano se alzaba una cortante neblina, fría y gris. Me detuve ante un semáforo y la miré.

—¿Adónde fuiste el viernes, Nancy, cuando llegaste a Los Ángeles?

No dijo nada.

—¿Al hotel Beverly Wilshire?

Asintió.

—¿A la habitación de Debbie Frank?

Volvió a asentir.

Se encendió la luz verde, pero no valía la pena seguir conduciendo. Giró hacia la acera y aparqué. Una farola callejera

iluminaba su perfil. Estaba mordiéndose el labio inferior, conteniendo las lágrimas.

—¿Por qué lo hiciste, Nancy?

—Yo no quería hacerlo. Pero salió así. Solo quería atraparles juntos.

—Y él no estaba en el hotel; estaba con Meiko.

—Eso no me lo esperaba. Cuando encontré a Deborah sola, me dijo que todo había terminado entre Jock y yo. Que iba a casarse con él. Que él nunca me había querido. Por eso había insistido en el matrimonio abierto desde un principio, me dijo, porque se aburría conmigo.

—¿Y tú la creíste?

—No. Pero sabía que entre ellos había algo especial. Jock siempre me lo contaba todo, hasta el menor detalle de sus aventuras. Así es como lo habíamos acordado. Cada uno de nosotros podía hacer lo que quisiera, siempre y cuando se lo contara al otro. Pero nunca me habló de Deborah. Se tomaba molestias increíbles para mantener sus relaciones en secreto, inventándose la falsa enemistad y mintiendo constantemente acerca de ella.

—¿Qué más te dijo Deborah?

—Que yo era una ingenua, que Jock había tenido muchas aventuras de las que nunca me había dicho nada, que nuestro contrato era papel mojado y que yo era una estúpida.

—¿Y qué hiciste?

—No hice nada... La mesa de su habitación estaba dispuesta para dos, con una botella de champán francés. Dijo que Jock iría allí cuando terminara sus investigaciones con Meiko, que cenarían y que luego se escaparían juntos.

—¿Decía la verdad?

—No lo sé. Sobre la cama había unas bolsas de viaje... Y ella estaba allí sentada, burlándose de mí. Hubiera querido irme, pero estaba como alelada. Y entonces llegó Jock.

—¿Qué dijo?

—Nada.

—¿Nada?

Un autobús pasó rugiendo, haciendo vibrar las ventanillas del coche. Nancy vaciló, esforzándose por mantener la compostura.

—Él... él se limitó a entrar y saludarme con un beso, como si fuera la cosa más normal del mundo. Luego abrazó y besó a Deborah delante de mí. Le metió la mano por la cintura de la falda y la atrajo hacia sí. No supe cómo reaccionar. Tiré de él para separarles y le exigí una explicación, pero se negó a dármele. En vez de eso, nos cogió a las dos de la mano y nos llevó hacia la cama. Yo no quería ir, pero él siguió arrastrándome hasta que conseguí desasirme. Me fui al otro extremo de la habitación, muy enfadada, y le reproché a gritos que hubiera roto nuestro contrato. Pero Deborah y él no hacían más que sonreír. Me decían que no debía ser tan neurótica y posesiva, que me relajara y liberase mi cuerpo... Luego, se pusieron de pie y vinieron de nuevo hacia mí, sonriendo, abrazándome y acariciándome, tratando de quitarme la ropa. Empezaron a desvestirse, manoseándose el uno al otro delante del espejo. Se lamían los labios. Se tocaban los genitales. Jock me llamó, pero no quise ir... No podía soportarlo... Comencé a tirar los objetos, la plata y las copas, aullando y chillando. Pero ya no me escuchaban... perdidos en su mutua excitación... perdidos... tocándose abrazándose... luego, Deborah se arrodilló, cogió el pene de Jock en sus manos y abrió la boca. Se lo metió dentro. Empujando. Fue horrible. Yo grité «¡No!», pero no me oían. Ellos... Ellos... Yo no... Grité y corrí hacia la mesa, cogí un cuchillo... No sabía lo que estaba haciendo... No lo sabía... Yo... yo...

La rodeé con mi brazo y la atraje hacia mí, estrechándola contra mi pecho mientras ella rompía en sollozos. El sol casi había desaparecido por completo y nos envolvía la niebla del océano; algo más lejos, parpadeaba el neón verde de una licorería. Un vagabundo alcohólico salió dando traspiés, con una botella de moscatel en la mano, y se perdió en la noche. Cerré los ojos y traté de no pensar en lo que había ocurrido, traté de pensar únicamente

en el cuerpo de Nancy junto al mío. Apreté con más fuerza los párpados, deseando poder borrarlo todo, deseando que todo hubiera desaparecido cuando los abriera de nuevo.

No sirvió de nada. Pero cuando al fin los abrí, estuve a punto de echarme a reír. A través del retrovisor vi algo sórdidamente cómico: Godzilla había aparcado detrás de nosotros a no más de tres metros, y estaba encorvado sobre el volante como un monstruoso ángel oscuro.

Accioné el encendido y puse el coche en marcha. Nancy no se movió, dejando su cabeza sobre mi pecho. Al poco rato, sentí la humedad de sus lágrimas a través de la camisa.

—¿Vas a llevarme a la policía? —preguntó al fin.

—Ahora no.

Giré a la izquierda y comencé a subir hacia La Ciénaga.

—¿Adónde vamos, pues?

—Regresamos al Marmont. Quiero que vuelvas a tomar tu antiguo *bungalow*, que cierres la puerta con llave y te quedes allí hasta que tengas noticias mías.

Asintió. Pasé la mano entre sus cabellos.

—¿Por qué quisiste que me hiciera cargo del caso?

—Después de lo que ocurrió... Me sentía muy culpable. Quería saber si Jock se había suicidado o no. Luego, cuando descubriste que le había matado Dichter, quise volver a Nueva York antes de que tú...

—No lo hizo Dichter. —Alzó la vista hacia mí, intrigada—. Jock se suicidó... Me envió un mensaje de entre los muertos.

Saqué el sobre del bolsillo de los pantalones y se lo mostré. No supo qué pensar del folleto.

Después, la dejé en su alojamiento y me fui apresuradamente. Tenía que moverme deprisa. No había tiempo para llorar.

CADA VEZ QUE VOY a Redondo Beach, pienso en los Beach Boys. En mi mente, están tan estrechamente relacionados con esta población como Mozart con Salzburgo o Wagner con Bayreuth. Así pues, empecé a tararear «*Help Me, Rhonda*» para mis adentros, a fin de conservar el equilibrio mientras conducía hacia el sur por la carretera de la costa, más allá de Playa del Rey.

A mis espaldas, Godzilla estaba perplejo, preguntándose qué diablos estaría yo haciendo allí en mitad de la noche, atravesando una desierta ciudad playera. *Help me, Rhonda. Help, help me, Rhonda. Help me, Rhonda. Help, help me, Rhonda. Help me, Rhonda, yeah, get her out of my heart!*^[2]

Paré en un Denny's, junto al muelle, y me metí en la cabina telefónica. La imagen de las quemaduras de cigarrillo en la espalda de Meiko me venía una y otra vez a la cabeza mientras hacía primero una llamada y luego otra, organizando la confrontación definitiva. Godzilla me miraba con suspicacia desde el mostrador. Fuera se oía el quejumbroso graznido de la sirena de niebla y el rumor de las olas que rompían en la escollera.

Mi sombra se acercó a la cabina y abrió la puerta.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó.

—Lo he arreglado todo para esta noche.

—¿Qué?

—¿Te han pegado alguna vez con un látigo de cuero mientras eyaculabas?

—¿Eh?

—¿Te han quemado con un cigarrillo mientras te morreabas una mujer?

—No entiendo.

—¿No entiendes?

—No.

—Hay que probarlo todo al menos una vez. Eso es lo que decía Jock Hecht... ¡Vamos!

Abandonamos la cafetería y salimos a la calle, junto a la escollera, para seguir por la acera de cemento como el doctor Frankenstein y su monstruo. En el paseo marítimo no había nadie más. La bruma lo había envuelto todo, dejando únicamente los halos en torno a las farolas callejeras y unas cuantas ventanas débilmente iluminadas en las casas de la playa. Cruzamos varias callejuelas angostas que terminaban en la arena, y por fin giramos a la derecha por Vista del Mar, una ruinoso calle bordeada de casas revestidas con tablas de chilla que parecían estar esperando la demolición. La Mansión de Disciplina quedaba al final, como un último puesto avanzado del embaucamiento sexual.

Nos encaminamos a ella y llamamos a la puerta.

—¿Esto es una casa de putas? —preguntó Godzilla.

—No exactamente.

—¿Qué significa «no exactamente»?

—Lo más probable es que no hagan nada, en realidad. Solo montar un número y quedarse con tu dinero.

—Pues no entro.

—Tú mismo —respondí—. Pero podrías perderte más de lo que te figuras.

Godzilla me dirigió otra mirada llena de suspicacia. Llamé de nuevo a la puerta. No contestaba nadie.

Godzilla me cogió por la pechera de la camisa.

—Oye, tú, ¿es que quieres jugármela?

—¿A qué viene eso?

—¡Este sitio ni siquiera está abierto! —Me señaló un cartel de «Se vende» en la fachada del edificio. Con la niebla, me había pasado por alto.

—Ya veo a qué te refieres.

—¡Y ahora vas a decirme qué te traes entre manos, judío chupapollas!

—Nada especial.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Me has traído hasta aquí en mitad de la noche y ahora me dices que no hemos venido por nada?

—Te pagan para que me sigas, ¿no?

—¡Me pagan para que encuentre las cintas!

Me alzó en vilo y trató de arrojarme contra la pared del edificio. Caí por tierra con un fuerte chasquido, que podía proceder de mis costillas o de las tablas de la casa. El hombretón se agachó y cogió un buen pedrusco, disponiéndose a machacarme la cara.

De pronto sonó un chirrido de neumáticos y un anticuado T-bird dobló la esquina seguido de un Continental azul pólvora. Los dos coches se detuvieron ante nosotros y de su interior salieron tres hombres con metralletas.

—¡Cuba libre, regresamos! —gritó uno de ellos—. ¿Dónde están las cintas?

Godzilla giró en redondo, sacando su calibre 38 y disparando instantáneamente. Tirando casi a quemarropa, no tenía mala puntería. Acertó a los dos primeros en la cabeza, destrozando sus rostros y haciéndoles salir despedidos hacia el Continental entre una lluvia de sangre y sesos. El tercero recibió un balazo mortal en el pecho. Zigzagueó por la acera en una danza de la muerte, bamboleándose hacia atrás y hacia adelante, hasta que se echó a un lado, se aferró a una farola y se volvió a nosotros. Su cuerpo temblaba y se sacudía como el de un toro con la yugular seccionada. Creí que iba a desplomarse cuando, con un último esfuerzo hercúleo, levantó su metralleta y abrió fuego, desparramando las tripas de Godzilla por toda la puerta de la Mansión de Disciplina. Luego, también él cayó al suelo. Di unos

pasos hacia él, el último cubano muerto. Era Santiago Martín. Había respondido a mi llamada telefónica.

Respiré hondo y me apoyé contra la farola, examinando el caos que me rodeaba. Era un mar de protoplasma mal encaminado; un montón de padres y madres que habían hecho un asqueroso papel. Luego miré la Mansión de Disciplina, contemplando lúgubrementemente la puerta salpicada de sangre. Estaba tratando de decidir si debía entrar en la casa cuando llegó la policía.

—Muy bien, ¿quién nos ha llamado? —Era Koontz—. ¡Oh, es usted! El detective favorito del presidente Mao.

—Al presidente Mao no le gustan los detectives privados, Koontz. Son todos unos individualistas pequeño burgueses.

—Propaganda —replicó—. ¿Quiénes son estos bichos?

—Se han matado entre ellos.

—Eso ya se ve. Le he preguntado quiénes eran.

—Esos tres son unos cubanos que dirigían un negocio conocido como la Liga para la Liberación Sexual. El otro de allí, el monstruo rubio, trabajaba para el fiscal general.

—¿Qué?

—He dicho que trabajaba para el fiscal general.

—¿Qué clase de mierda trata de esparcir, fisgón? ¿Quiere que le meta en chirona?

—No, pero si quiere puede darme un bofetón^[3].

Koontz no entendió la broma.

—Muy bien —prosiguió—. Basta ya de acusaciones paranoicas. Explíqueme qué pinta usted en todo esto.

—Yo... eh... pasaba por aquí.

—¿Pasaba por aquí? Alguien ha llamado a mi oficina hace media hora diciendo que tenía algo sensacional...

—Podría ser.

—¿Podría ser? ¡Más le vale que lo sea!

Señalé con la cabeza hacia la Mansión de Disciplina.

—¿Y si hiciéramos un pequeño allanamiento de morada, Koontz? Estrictamente entre amigos.

—Espere un momento...

—Venga, hombre. El presidente no se echó atrás ante tan poca cosa, ¿verdad? No vamos a echarnos atrás nosotros.

Me miró de mala manera, pero se abstuvo de intervenir cuando levanté la pierna y de una patada hice saltar la cerradura de la Mansión, y entró en la casa tras de mí.

—¿Qué se supone que estamos buscando?

—A Dolores.

—¿Dolores?

—Vea a Dolores. ¡Nunca defrauda!

—Pero aquí no hay nadie.

Tenía toda la razón. El edificio estaba desnudo y abandonado, bien a causa de la campaña de Dichter o bien por su propia mala suerte. Ni siquiera quedaban muchos indicios del tipo de negocio al que se habían dedicado. Nada de látigos. Nada de pinchos. Nada de cuero. Los reservados habían sido desmantelados. Los armarios estaban vacíos.

Pasamos al cuarto trasero, una especie de galería de servicio con una lavadora estropeada, un fregadero y un calentador de agua. La habitación estaba mohosa y deteriorada. Empezaba a temer que lo había entendido todo mal cuando Koontz señaló hacia el suelo.

—¡Idiota! ¡Ahí está su Dolores! —Seguí el dedo que apuntaba hacia un rincón. Junto a la puerta de atrás habían dejado un platito para la comida del gato que tenía escrito el nombre «Dolores» bajo la figura de un minino sonriente—. ¡Esta vez la ha cagado bien, Wineberg!

—¿Ah, sí? —repliqué, agachándome sobre el plato. Guiñándole un ojo a Koontz, lo levanté y dejé al descubierto tres casetes Memorex de color negro. Tuve que admitir que a Hecht no le faltaba sentido del humor, incluso antes de pegarse un tiro.

23

—¿PODEMOS SEGUIR ADELANTE, señor Dichter?

—¿Seguir adelante?

—Sí, ya sabe, con los salones de masaje en Playa del Rey.

—Yo diría que sí.

—¿Pero ya lo ha arreglado todo con la policía?

—¿Cómo?

—Si ya lo ha arreglado todo con la policía, tal como hizo en Newport y Corona del Mar.

—Sí, naturalmente... ¿No confían en mí?

—¿Confiar en usted, señor? ¡Siempre confiaremos en usted!

—Bien.

—Porque estamos grabando esta conversación.

—¿Están grabando...! ¿Qué...?

Estaba en la comisaría con el sargento Koontz, escuchando las cintas. Las conversaciones de Dichter hacían que John Erlichman pareciese un San Francisco de Asís. Con un poco de suerte, se llevaría una severa reprimenda y le retirarían la licencia para la práctica de la abogacía en San Bernardino.

Mientras pasábamos la última cinta, hice una rápida llamada a Alberts, del *Bee* de Sacramento, y le di la exclusiva que le había prometido por si acaso Koontz o algún «secretario» borraba accidentalmente las pruebas.

Luego me fui a casa. Estaba completamente a oscuras y la canguro se había dormido delante del televisor, donde Johnny Carson mantenía una charla insustancial con el autor de un libro acerca de cómo seducir a las plantas neuróticas. El tipo sostenía la portada frente a las cámaras y seguramente estaba vendiendo ejemplares como si fueran rosquillas. Este atisbo de la industria

editorial me hizo pensar de nuevo en Jock y Deborah... y en Nancy, de pie ante ellos, recibiendo una lección sobre la liberación sexual. Tuve que sentarme en un rincón de la sala y cogerme la cabeza entre las manos, obligándome a afrontar lo que había sucedido. Me pregunté si la reacción de Nancy había sido la propia de un demente o, al contrario, una respuesta casi normal a lo que ocurría ante sus ojos. En Italia, un hombre sería probablemente absuelto de este «crimen pasional», y quizás ni llegara a ser juzgado. Pero Nancy era una mujer en una sociedad que negaba a las mujeres los excesos emocionales de los hombres, con sus consiguientes privilegios. ¿Y qué pensar de Jock? Su comportamiento era repulsivo, pero me resultaba difícil odiarle. Ya se había odiado bastante él mismo y había sentido la culpa suficiente para quitarse la vida, además de tener la decencia de querer destapar la corrupción pública, enviándome la pista que necesitaba.

La liberación sexual era una cabrona de mucho cuidado. Lo sabía por experiencia propia, por mis celos y mi afán de posesión. Recordé cómo, al principio de mi matrimonio, no podía soportar que Suzanne me hablara de los otros tipos con los que se había acostado, y cómo, más tarde, no era capaz de consentir a Alora las mismas libertades que yo me tomaba. Nunca dejaba de percibir mi propio miedo, mi pavor incluso, a enfrentarme con los prejuicios sexuales que me habían sido imbuidos desde la infancia, más difíciles de erradicar que las más profundas necesidades de poder y posesiones materiales.

Incapaz de conciliar el sueño, permanecí toda la noche en vela intentando decidir lo que debía hacer con Nancy. Era inútil tratar de ocultar su papel. Koontz se había metido hasta el cuello en este caso, y hasta él sería capaz de descubrir lo sucedido en un lapso relativamente corto. Y luego, con Reagan en Sacramento reclamando una venganza ejemplar...

A primeras horas de la madrugada había llegado a la conclusión de que solo me quedaban dos alternativas. La primera, huir del país los dos juntos. Recoger nuestros pasaportes e ir a Sudamérica

antes de que Koontz pudiera sentarse con el comisionado de la policía y resolver todas las incógnitas de aquel delicado caso. Las complicaciones que acarrearía esta decisión eran abrumadoras. ¿Qué sería de nuestros hijos, de nuestras vidas? ¿Cómo podríamos organizarlo todo en las pocas horas de que disponíamos?

La segunda alternativa era entregarla a la policía y confiar en la benevolencia de los tribunales. La perspectiva era cualquier cosa menos grata. Entonces me acordé de Diana Fields, una vieja amiga de la facultad de derecho que tenía su bufete en Los Ángeles. Se había labrado una brillante reputación como criminalista, y si alguien sabía cómo podía reaccionar un jurado era ella. Marqué su número y la desperté a las cuatro de la madrugada. Tras una serie de disculpas y explicaciones, le relaté toda la historia. En seguida se hizo cargo de la situación. Según ella, si lográbamos presentar a Hecht como el peor tipo del último decenio, y si Nancy se entregaba voluntariamente antes de que la policía la detuviera, cabía la posibilidad de alegar locura temporal u homicidio involuntario. Diana consideraba que Nancy podía volver a ser una mujer libre dentro de cuatro o seis años.

Me sentí renacer. Le pregunté a Diana si aceptaría encargarse de la defensa, pero estaba muy atareada con unas cuantas violaciones y un caso de abusos deshonestos con un chiquillo que, según me dijo, iba a sentar jurisprudencia. Pero insistí y finalmente aceptó.

Me di una ducha rápida y empecé a pasearme arriba y abajo por la sala esperando el amanecer. Cuando por fin llegó, desperté a la canguro y le pedí que se quedara un poco más, diciéndole que volvería al cabo de un rato. Luego me dirigí apresuradamente hacia el Marmont y llegué al *bungalow* de Nancy antes de que tocaran las siete.

Llamé a la puerta y me abrió bastante deprisa. A juzgar por sus ojeras, estaba claro que la noche anterior no había dormido mucho. Nos dimos un breve abrazo y pasé a la cocinilla a preparar un poco de café. Luego, nos sentamos en la sala ante un par de tazas y le

conté lo que Diana me había dicho por teléfono tres horas antes. Si Nancy se entregaba, Diana podría moverse rápidamente y presentarse en la comisaría a firmar las declaraciones adecuadas antes de que Koontz se nos echara encima.

Nancy aceptó. Terminé mi café mientras ella se lavaba y se vestía. Cuando salió del cuarto de baño, ataviada con un sobrio traje negro y sin maquillaje, me pareció casi diez años más joven, pálida y pelirroja como una irlandesa de dieciocho años disponiéndose a pronunciar sus votos en el convento. Me puse en pie y fui con ella hacia la puerta, preguntándome qué pensaríamos el uno del otro dentro de cuatro o cinco años, cuando saliera de la cárcel.

—Tienes buen aspecto —observé.

—Gracias.

—¿Te encuentras bien?

—Mejor.

—Yo también.

Abrimos la puerta y salimos fuera. Era una mañana soleada, y el patio del Chateau Marmont estaba inundado de la clara luz del sur de California. Nos alejamos del *bungalow*, caminando por el sendero entre macizos de azaleas hasta dejar atrás la piscina. Entonces giramos hacia la derecha, en dirección al Vega de alquiler que había dejado aparcado en Marmont Lane. Me detuve unos segundos y me despecé, tratando de sacudirme el letargo de una noche sin dormir. Nancy se adelantó unos pasos y se detuvo también, dirigiéndome una sonrisa.

—¡Qué hermoso día! —comentó.

Asentí y comencé a avanzar hacia ella.

En ese mismo instante lo oí: un ruido sordo y grave, como el sonido de una de esas pelotas grandes y pesadas al chocar contra la lona del gimnasio. Pero lejano, remoto. Nancy se retorció, se irguió sobre la pierna izquierda como si tratara de hacer una pirueta y profirió un gemido sofocado e inaudible, desplomándose repentinamente de espaldas en dirección a la piscina. De la parte delantera del cuello le brotó un chorro de sangre.

Grité y corrí hacia ella, tomándola en mis brazos, buscando frenéticamente a su atacante entre los árboles y las casas de enfrente. Pero en el tupido y verde paisaje no se veía a nadie. La bala podía haber salido de cualquier parte. Era una ejecución muy profesional.

Me volví y estreché el cuerpo de Nancy, su cabeza yerta sobre mi hombro, como un pavo silvestre abatido desde cuatrocientos metros.

ESTA VEZ GREENGLASS consintió en verme. Estaba en la biblioteca, sentado en una silla de ruedas, y sobre el regazo tenía un ejemplar de *Barron's*, el semanario del mundo de los negocios. Parecía aún más verde que antes.

—Así que ha estado utilizándome como un peón desde el primer momento.

—Digamos que nos ayudábamos mutuamente.

—¿Que nos ayudábamos, dice?

—Necesitaba a alguien fuera de la prisión para poner a prueba mis teorías. Alguien despierto. Un buen chico judío como usted.

—Muchas gracias, Greenglass.

—Un buen *boychick* como usted —repitió, sin hacer caso de mi sarcasmo.

—¿O como Jock Hecht?

—Jock también era un buen *boychick*. Quizás un poco loco, pero bueno. Mejor de lo que él mismo creía... Lástima que no se entendieran.

—¿Debbie y él?

Meyer asintió, empezando a toser. Se cubrió la boca con la manga de su bata carcelaria.

—Fue usted quien les presentó, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Sabía qué clase de chica era ella. Necesitaba a alguien grande, alguien importante, como un congresista, un senador o un escritor célebre. Si no, no habría hecho nada. No habría querido casarse.

—¿Tanto le importaba que se casara o no?

Comenzó a responder, pero sufrió un nuevo acceso de tos, este más violento. Apretó con fuerza los dedos sobre la manta con que se cubría y se obligó a contenerse. Era evidente que aquel hombre poseía una voluntad de hierro.

—Perdóneme... —se disculpó—. ¿Qué me decía?

—No tiene importancia... Respóndame a esto: ¿Cómo supo que Meiko estaba dentro del conducto del aire acondicionado?

—¿Cree que la hice matar yo?

—No. Pero me gustaría saberlo.

Sonrió.

—¿Para dejar constancia?

—Para dejar constancia.

—Bueno, yo no estaba muy seguro de quién había matado a Deborah. Hubiera podido ser la *shikse*, hubiera podido ser cualquier otro. Sabía que no la había matado Jock; él nunca habría hecho tal cosa. Así que, cuando dejó esa nota, comprendí que solo había dos posibilidades: o estaba protegiendo a su esposa, o era completamente falsa. También comprendí que, si era falsa, tendrían que ir a por Meiko. Y como sabía que Meiko trabajaba en esa película, y como leo los periódicos de la industria cinematográfica, y como recuerdo unas cuantas cosas de los viejos tiempos acerca de la forma de deshacerse de los cadáveres...

—Dedujo que era Meiko la que había paralizado la producción.

Greenglass asintió.

—Pero la nota era auténtica. Al menos, la escribió él realmente y se suicidó realmente... conque ¿quién mató a Meiko?

—¿A usted qué le parece?

Me detuve a reflexionar unos instantes.

—No lo sé. Alguien que se vio obligado a hacerlo.

—¿Por qué?

—La torturaron, probablemente allí mismo, en el estudio. Y luego tuvieron que liquidarla rápidamente, después de obtener lo que querían y antes de que pudiera delatarlos.

—¿Y qué querían?

—Lo mismo que todos: las cintas. Y ella sabía dónde estaban, o al menos lo supo en un momento dado.

—¿Cómo lo sabía? —Su pregunta fue brusca y acerba. Tenía la impresión de estar siendo catequizado por un Sócrates del hampa.

—Conocía la operación y la Liga. Trabajaba en el Frontisterio. Y conocía a Hecht. Yo diría que fue ella quien le dio las cintas, probablemente a cambio de dinero, y luego fue torturada y asesinada como recompensa.

—¿Por qué diría eso?

—Tiene sentido. La única persona del mundo que en aquellos momentos podía saber que Hecht tenía las cintas era la persona que se las había entregado. A ella la torturan y, en cuestión de horas, los archivos de Hecht aparecen forzados.

—Muy bien, *boychick*. Entonces, ¿quién la mató?

—Santiago. ¿Quién si no? Y eso explica por qué Rhonda se puso tan nerviosa cuando mencioné a Meiko en mi primera visita al Frontisterio.

—Muy agudo. —Dobló la revista y me miró fijamente—. Pero no debería trabajar como detective. No debería perder su tiempo con eso. En este mundo, no cuenta para nada. Debería ser médico o abogado. Dedicarse a la política o los negocios. Aprovechar su talento para algo que valiera la pena... Y no tontee con las *goyim*. Hágame caso, sé bien lo que le digo. En este mundo, solo hay dos clases de personas: los judíos y los antisemitas.

—¡Cuando quiera su consejo, Greenglass, ya se lo pediré! —exclamé.

—¿Está enfadado conmigo?

—¿Por qué la mató, Greenglass?

—¿A quién? ¿A la *shikse*?

—¡Sí, a la *shikse*!

—¿Usted qué piensa? ¿Que debía dejar que se ocuparan de ella los tribunales? Desde el primer día que vinieron aquí me di cuenta de que estaba enamorado de ella. Lo vi al instante. La habría sacado de la cárcel en seis meses para que jugara con su hija pequeña. Y cuando me enteré de que la había llevado de vuelta al Marmont...

—¡Oh, vamos!

—¿No conoce la ley mosaica? ¡Ojo por ojo y diente por diente!

—Pero ¿quién se ha creído que es? ¿Jehová?

Hizo una pausa y meneó la cabeza.

—Moses... Moses... Deje que le cuente una historia.

—¡No quiero oír más historias de las tuyas, Meyer!

—Esta sí que quiere oírla.

—No. No quiero.

—Le digo que sí. Escuche... escuche... —Alzó su frágil mano en el aire. Sentí ganas de abalanzarme sobre él, pero me contuve—. Allá en Las Vegas, en el 47 o el 48, más o menos, había una cantante llamada Rose Green, de Filadelfia. Por entonces, yo dirigía el Palm Casino... y el Silver Fox. Ella cantaba en el Silver Fox con un conjunto que se llamaba Los Injunaires. Tuvimos una aventura. Era una época estúpida, ¿se acuerda?, y nadie sabía nada sobre anticonceptivos. Los condones se rompen, ya sabe lo que es eso... Rosie quedó embarazada. Quería irse a México a abortar, y yo estaba dispuesto a enviarla. Pero me ocurrió algo extraño. Nunca había tenido un hijo. Ya sabe cómo es la vida de un gánster... No se va uno a la cama para tener hijos... Sea como fuere, le pagué cinco mil dólares para que diera a luz en Inglaterra. Cuando regresó, me hice cargo de la niña y se la entregué a mi cuñado Maxie, que estaba en el negocio del cine, para que la educara correctamente. Para que la criara en Beverly Hills. Para que recibiera una buena educación. Una carrera. Que se casara. Conque... ya se lo imagina. Era Deborah Frank. La *shikst* mató a mi hijita, mi única hija... Y permítame que le diga otra cosa, por si le hace sentirse mejor. Esta

piel amarillenta que tengo, esta tos... Tengo cáncer de páncreas. Los médicos dicen que no viviré más de cinco o seis meses. Y esa es otra razón para que la matara. No tenía tiempo de esperar a ver qué pasaba.

Greenglass empezó a toser de nuevo, esta vez más suavemente, y se le humedecieron los ojos. Me volví y salí de la biblioteca.

EL SÁBADO SIGUIENTE fui a recoger mi coche. Habría debido hacerlo antes, pero no me sentía de humor para regresar a Topanga. Había pasado unos días bajo de moral, y la excursión me habría recordado demasiado a Nancy y el caso, y no había tenido ánimos para enfrentarme con eso.

Pero era un día caluroso, casi en los treinta grados, y no teníamos nada mejor que hacer, de modo que tomé el autobús de Santa Mónica en compañía de los niños y luego hicimos autostop hasta que un VW descapotable nos subió por la carretera de la costa. Bajamos en el cruce de Topanga, donde los *hippies* venden brazaletes de cuero y alfombras persas de imitación, y conseguimos que una furgoneta Dodge naranja, cargada de tablas de surf, nos llevara hacia el centro comercial. El conductor era un chico de pelo muy rubio, de unos diecisiete años, con los cabellos todavía húmedos y vestido con un traje de baño; no parecía tener mucha prisa, así que le convencí para que se desviara un poco de su camino y subiera por Fernwood en dirección al Instituto.

Al poco rato llegamos junto al Jag. Parecía en buen estado, teniendo en cuenta lo sucedido, pero antes de despedirme del bañista me instalé en el asiento del conductor y puse en marcha el motor. El chico se alejó agitando la mano y haciendo sonar un par de veces la bocina de su furgoneta. Bajé nuevamente del coche, abrí el maletero y le di el gato a Jacob, mientras extraía la rueda de recambio y la depositaba junto a la segunda rueda que había traído

desde la ciudad. Luego, me agaché y apilé unas cuantas piedras bajo las ruedas delanteras. La rueda de recambio original parecía bastante pelada, pero probablemente aguantaría hasta el garaje. Volví a la parte de atrás y comencé a levantar el coche, tratando todo el tiempo de no pensar en Nancy ni en aquel último momento en el Marmont, cuando se volvió con una sonrisa para decirme qué hermoso día hacía, justo antes de la sorda detonación que no parecía provenir de ninguna parte.

Lo intentaba, pero en vano. Una y otra vez la veía caer de espaldas, con el cuello manchado de sangre, como no había dejado de verla en toda la semana, a cualquier hora del día y de la noche.

Dejé de accionar el gato y contemplé hoscamente el asiento posterior del automóvil.

—¿Estás de mal humor, papá? —preguntó Jacob.

—Sí, estoy de mal humor.

—¿Qué te pasa?

—A veces las cosas salen bien, y a veces no —contesté, y volví a darle al gato. Jacob me contempló sin darse por satisfecho con mi respuesta. Jacob me conocía bastante bien, pero yo no tenía ganas de explicarle la situación; no en aquel momento, por lo menos. Accioné el gato con más ímpetu. Cuando la parte trasera del coche estaba medio levantada, Jacob me tiró nuevamente de la manga.

—Mira —dijo.

Me detuve y seguí su mirada, pero no logré ver nada.

—¿Qué hay?

—Nudistas.

—¿Nudistas?

Apuntó en dirección a un bosquecillo de robles en lo más alto de la cresta. Tenía razón: había como una docena de personas desnudas que bajaban hacia nosotros por la ladera. Cuando estuvieron más cerca, vi que todos llevaban guirnaldas de flores en el cuello e iban cogidos de la mano, danzando al son de los madrigales que una mujer tocaba en su grabadora portátil. Entre ellos estaban Cindy, Gruskow, Lars Gundersen, Gunther, Anthony y

varias caras que me resultaban conocidas del Instituto. Contemplamos cómo descendían hasta que Gruskow se fijó en mí.

—¡Es Moses Wine, el detective privado! —gritó, bajando hacia nosotros a la carrera—. ¡Hurra por Moses Wine! ¡Ya nos hemos enterado de que has resuelto el caso Hecht y metido a Dichter entre rejas!

—Absolutamente brillante —añadió Lars Gundersen—. Su manera de orquestar la muerte de los bandidos me recuerda *They Drive By Night*, de Ray y las primeras películas de Howard Hawks.

—Es curioso. Yo creía que era gente de carne y hueso.

—Me ha inspirado, señor Wine.

—Lars ya ha decidido el marco de su película —le interrumpió Gruskow—. La corrupción en el negocio de la pornografía. Un importante político que controla los salones de masaje asesina a un *chicano* muerto de hambre que intentaba sacarlo todo a relucir.

—Es un símbolo de su sociedad en este momento de la historia —explicó el director sueco—. De arriba abajo, todo es pornográfico.

—Tuvimos que darle la patada a Zimmerman —añadió Gruskow confidencialmente—. No estaba a la altura. Pero hemos conseguido el escritor perfecto para la tarea... ¡Nada menos que el gran doctor Gunther Thomas en persona!

—Me tienen en exclusiva, tío —se disculpó Gunther—. La entrevista para el *Rolling Stone* tendrá que esperar. —La mujer que llevaba la grabadora puso otro madrigal—. No te importa, ¿verdad?

Negué con la cabeza y los demás empezaron a bailar de nuevo, dando palmadas y formando un círculo a nuestro alrededor como en una escena de Fellini. Simon les miró un momento y comenzó a dar palmadas también. Pero Jacob y yo nos limitamos a permanecer inmóviles.

—¡Vamos! —exclamó Cindy—. ¿Por qué está tan deprimido?

—Es por Nancy Hecht —dijo Gunther—. Es eso lo que le tiene preocupado.

—¡Oh, al diablo con todo! —intervino uno de los otros—. ¡No se puede estar deprimido toda la vida!

El ritmo de la música se aceleró, y con él el de la danza. Empezaron a describir círculos cada vez más rápidos en torno a mí, cantando:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Anthony se separó del grupo y me tendió una botella de vino.

—No seas gilipollas, tío. Ya hace una semana que murió. ¡Que esto sea su funeral polaco!

Tomé un sorbo de la botella.

—¡Hurra! —gritó Cindy. Los demás aplaudieron—. ¡Y ahora, a bailar! —prosiguió, cogiéndonos de la mano a Jacob y a mí y tirando de nosotros hacia el círculo, que se abrió para hacernos un lugar.

—¡Baila, hombre! ¡Baila! —gritaban todos. Y bailé, de mala gana al principio, pero más deprisa cada vez, agitando incontinentemente los pies, sintiendo el peso del sol sobre mis hombros. Me eché otro sorbo de vino al gaznate y empecé a reír, alzando el rostro hacia el cielo. Abracé a los que tenía a mi lado y les besé; luego, levanté en vilo a mis hijos y les hice girar en el aire. Por la espalda y por la frente me corrían gotas de sudor. El sol era cada vez más ardiente. No tardé en comenzar a quitarme la ropa.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff
18. *LA HUIDA*, Charles Williams

19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey
25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill
27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis
33. *CAÍDA MORTAL*, B. M. Gill
34. *SECRETOS PELIGROSOS*, William P. McGivern
35. *CAMINO DEL MATADERO*, Ruth Rendell
36. *CUIDADO CON ESA MUJER*, David Goodis
37. *UN CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR QUEEN*, Ellery Queen
38. *ME MUERO POR CONOCERTE*, B. M. Gill
39. *SU ALTEZA Y EL JOCKEY*, Peter Lovesey
40. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS*, Anthony Berkeley
41. *ETERNA DESPEDIDA*, Ruth Rendell
42. *LA VIUDA*, Nicholas Freeling
43. *AMOR DE MADRE*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *MISTERIO PARA TRES DETECTIVES*, Leo Bruce
45. *EL JURADO NÚMERO DOCE*, B. M. Gill
46. *TRAPOS SUCIOS*, Roger L. Simon
47. *LOS CONDENADOS*, Malcolm Bosse
48. *CAUSAS NO NATURALES*, Thomas Noguchi

49. *ESTACIÓN TÉRMINO*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *ARRASTRADO POR EL VIENTO*, Janwillem Van de Wetering



ROGER L. SIMON (1943). Roger Lichtenberg Simon nació en Nueva York (EEUU) en 1943. Se graduó en el Dartmouth College en Inglés en 1964 y obtuvo un máster en escritura de guiones en la Yale School of Drama en 1967. Se trasladó a Los Ángeles y publicó su primera novela en 1968 y la primera de Moses Wine en 1973. La realización del guión de la película le abrió las puertas de Hollywood en 1978. Viajó por Cuba, China (en 1977) y la Unión Soviética, que acabó odiando. Fue autor de los guiones de *Enemigos, a love story*

en 1989, *Escenas en una galería* en 1991 y *Dueto en Praga* que también dirigió, en 1998.

Ha sido presidente de la Costa Oeste de PEN y vicepresidente de la International Association of Crime Writers.

Su pensamiento político sufrió una profunda transformación tras el 11-S convirtiéndose a partir de ese momento en un neoconservador. Cree que este hecho ha provocado su inclusión en la lista negra del Hollywood actual.

Bloguero desde 2003, es director de Pajamas Media, una web donde vuelca sus opiniones y de Pajamas TV, una televisión por internet.

Ha estado casado tres veces, actualmente con la guionista Sheryl Longin.

[Detectives de libro](#)

Notas

[1] *Wild Turkey*, marca de un conocido *whisky* norteamericano, significa literalmente «pavo silvestre». <<

[2] *Ayúdame, Rhonda. Ayuda, ayúdame, Rhonda. Ayúdame, Rhonda. Ayuda, ayúdame, Rhonda. Ayúdame, Rhonda, sí, a sacarla de mi corazón. <<*

[3] Juego de palabras intraducible entre *slap in the can* («meter en chirona») y *slap in the face* («abofetear»). <<